







SISTEMA

DE LAS

CONTRADICCIONES ECONÓMICAS

OBRAS DE P. J. PROUDHON

— TRADUCIDAS POR F. PÍ Y MARGALL —

IMP. DE T. FORTANET

P.-J. PROUDHON

— TRADUCCION Y PRÓLOGO DE F. PÍ Y MARGALL —

SISTEMA

DE LAS

CONTRADICCIONES

ECONÓMICAS

ó

FILOSOFÍA DE LA MISERIA

Destruam et ædificabo.

DEUTERON., C. 32.

I

PRIMERA PARTE



MADRID
LIBRERIA DE ALFONSO DURAN
CARRERA DE S. GERÓNIMO, 2
—
1870

PRÓLOGO

Antes de entrar en la materia que constituye el objeto de estas nuevas memorias, necesito dar cuenta de una hipótesis que parecerá sin duda extraña, pero que es de todo punto indispensable para que pueda pasar adelante y ser comprendido: refiérome á la hipótesis de un Dios.

Suponer á Dios, se dirá, es negarle. ¿Por qué no le afirmais?

¿Tengo yo la culpa de que la fé en la divinidad se haya hecho una opinion sospechosa, de que el simple hecho de sospechar la existencia de un sér supremo esté considerado como señal de debilidad de espíritu, y sea ésta la única de las utopias filosóficas que el mundo no tolera? ¿Tengo yo la culpa de que en todas partes se abriguen bajo este santo rótulo la imbecilidad y la hipocresía?

Viene un doctor, y supone en el universo una fuerza desconocida que arrastra los soles y los átomos, y pone en movimiento la gran máquina; y esta suposicion, aunque del todo gratuita, no parece sino muy natural, tanto que es de todos aceptada y alentada: testigo la atraccion, hipótesis que no llegará jamás á verificarse, y constituye, sin embargo, la gloria de su inventor. Pero cuando para explicar la marcha de las cosas humanas supongo, con todas las re-

servas imaginables, la intervencion de un Dios, estoy seguro de sublevar la gravedad científica y áun de ofender los oidos severos: tanto y tanto ha desacreditado nuestra piedad la Providencia, y tantas truhanerías hace por medio de este dogma ó de esta ficcion el charlatanismo de todos colores. He visto á los deistas de mi tiempo, y he sentido errar por mis labios la blasfemia; he examinado la fé del pueblo, de ese pueblo que Brydaine llamaba el mayor amigo de Dios, y me he estremecido por la negacion que de mis labios iba á escaparse. Atormentado de contrarios sentimientos, he recurrido á la razon, y es la razon la que entre tantas contraposiciones dogmáticas hace que me atenga á la hipótesis. Aplicado á Dios, el dogmatismo *à priori* ha sido estéril; ¿quién sabe á dónde la hipótesis nos conducirá á su vez?

Voy, pues, á decir cómo estudiando en el silencio de mi corazon, y léjos de toda consideracion humana, el misterio de las revoluciones sociales, ha venido Dios, la grande incógnita, á ser para mí una hipótesis, es decir, un instrumento dialéctico necesario.

I

Si al través de sus trasformaciones sucesivas sigo la idea de Dios, encuentro que esta idea es ante todo social; quiero decir con esto, que es más un acto de fé del pensamiento colectivo que una concepcion del individuo. Ahora bien, ¿cómo y en qué ocasion se verifica este acto de fé? Importa determinarlo.

Bajo el punto de vista moral é intelectual, la sociedad, ó el hombre colectivo, se distingue del individuo principalmente por la espontaneidad de accion, por otro nombre el instinto. Mientras que el indivi-

duo no obedece, ó se figura no obedecer, sino á motivos que conoce plenamente y es árbitro de aceptar ó de rechazar; mientras que, en una palabra, se cree libre, y tanto más libre, cuanto más razonador se siente y más instruido se halla, la sociedad tiene movimientos involuntarios, donde á la primera ojeada no vemos cosa que nos indique deliberacion ni proyecto prévios, y poco á poco, sin embargo, nos parece ver la accion de un consejo superior que existe fuera de la sociedad y la empuja con irresistible fuerza hácia un término desconocido. El establecimiento de las monarquías y de las repúblicas, la distincion de castas, las instituciones judiciales, etc., son otras tantas manifestaciones de esa espontaneidad social, cuyos efectos es fácil notar, pero cuyo principio y cuya razon de sér son de difícil descubrimiento. Los esfuerzos de todos los que se han dedicado á la filosofía de la historia, áun de los que lo han hecho despues de Vico, Bossuet, Herder y Hegel, se han reducido hasta aquí á dejar consignada la existencia del destino providencial que dirige y preside todos los movimientos humanos. Y observo, á propósito de esto, que la sociedad ántes de obrar no deja nunca de invocar su genio, como si quisiese hacerse ordenar por el cielo lo que espontáneamente ha resuelto. Los sortilegios, los oráculos, los sacrificios, las aclamaciones populares, las plegarias públicas son la más ordinaria forma de esas deliberaciones ya deliberadas de la sociedad.

Esa facultad misteriosa, toda intuitiva, y por decirlo así sobre-social, que aunque poco ó nada palpable en las personas, se cierne sobre la humanidad como un genio inspirador, es el hecho primordial de toda psicología.

Ahora bien, á diferencia de las demás especies animales, sometidas como él á la vez á apetencias in-

dividuales y á impulsos colectivos, el hombre tiene el privilegio de percibir é indicar á su propio pensamiento el instinto ó *fatum* que le dirige, y tambien, como veremos más tarde, la facultad de penetrar y hasta de influir en sus decretos. Y el primer movimiento del hombre, embelesado y animado por el entusiasmo (el aliento divino), es adorar la invisible Providencia de que se siente depender; Providencia que llama DIOS, es decir, Vida, Sér, Espíritu, ó más simplemente Yo : palabras todas que en las antiguas lenguas son sinónimas y homófonas.

Yo soy YO, dice Dios á Abraham, y yo trato *contigo*... Y á Moisés: Yo soy el Sér. Hablarás á los hijos de Israel, y les dirás: El Sér me envía á vosotros. Estas dos palabras, el Sér y Yo, tienen en la lengua original, la más religiosa que hayan hablado los hombres, la misma característica (1). En otra ocasion, cuando Jehovah, haciéndose legislador por órgano de Moisés, atestigua su eternidad y jurá por su esencia, dice, como fórmula de juramento: Yo; ó bien redoblando la energía: Yo, el Ser. Así el Dios de los hebreos es el más personal y el más voluntarioso de todos los dioses, y nadie mejor que él expresa la intuicion de la humanidad.

Dios se presenta por lo tanto al hombre como un yo, como una esencia pura y permanente que se pone ante él como un monarca ante su vasallo, y habla, ya por boca de los poetas, los legisladores y los adivinos, *musa*, *nomos*, *numen*, ya por medio de la aclamacion popular: *Vox populi*, *vox Dei*. Esto puede servir, entre otras cosas, para explicar como hay oráculos verdaderos y oráculos falsos; porque los individuos á quienes se aisla desde su nacimiento no llegan por sí solos á la idea de Dios, al paso que se apoderan de ella con avidez en cuanto se la presenta el alma colectiva; como, por fin, las razas es-

tacionarias, tales como la de los chinos, acaban por perderla (2). Por de pronto, respecto de los oráculos, es óbvio que toda su certidumbre nace de la conciencia universal que los inspira; y en cuanto á la idea de Dios, es tambien fácil comprender por qué el aislamiento y el *statu quo* le son igualmente mortales. Por una parte la falta de comunicacion mantiene el alma absorbida en el egoismo animal; por otra la falta de movimiento, como va cambiando poco á poco la vida social en rutina y mecanismo, elimina al fin la idea de voluntad y de providencia. ¡Cosa extraña! la religion que muere por el progreso, muere tambien por la inmovilidad.

Observemos por lo demás, que con referir á la conciencia vaga y por decirlo así objetivada de una razon universal la primera revelacion de la divinidad, no prejuzgamos absolutamente nada sobre la realidad ó la no realidad de Dios. Admitamos, en efecto, que Dios no sea otra cosa que la razon universal ó el instinto colectivo: faltará todavía saber lo que esa razon universal sea en sí misma. Porque, como demostraremos más tarde, la razon universal no la encontramos en la razon individual; ó para mejor expresarnos, no es sino enteramente empírico, ni hubiera sido jamás adquirido *à priori* por via de deduccion, induccion ni síntesis, el movimiento de las leyes sociales, ó sea la teoría de las ideas colectivas, por más que sea una deduccion de los conceptos fundamentales de la razon pura. De donde se sigue que la razon universal á la que referimos esas leyes considerándolas como su propia obra; la razon universal que existe, razona y trabaja en una esfera que le es propia y como una realidad distinta de la razon pura, del mismo modo que el sistema del mundo, por más que esté creado segun el sistema de las matemáticas, es una realidad distinta de las matemáticas, de la cual no habria sido

posible deducir ni la existencia de las matemáticas mismas: la razon universal, digo, es precisamente en lenguaje moderno lo que llamaron Dios los antiguos. La palabra ha cambiado: ¿qué sabemos de la cosa?

Prosigamos ahora las evoluciones de la idea divina.

Una vez sentado el Sér Supremo por un primer juicio místico, el hombre generaliza inmediatamente este tema con otro misticismo, la analogía. Dios, por decirlo así, no es aún más que un punto: llenará dentro de poco el mundo.

Del mismo modo que al sentir su yo social habia el hombre saludado á su autor; así al descubrir deliberacion é intencion en los animales, las plantas, las fuentes, los meteoros y el universo todo, atribuye á cada objeto en particular, y luégo al todo, un alma, espíritu ó genio que los preside, prosiguiendo esa induccion deificante desde la más elevada cima de la naturaleza, que es la sociedad, á las más humildes existencias, á las cosas inanimadas é inorgánicas. Desde su yo colectivo, tomado por polo superior de la creacion, hasta el último átomo de materia, el hombre extiende por lo tanto la idea de Dios, es decir, la idea de personalidad y de inteligencia, como nos cuenta el Génesis que *extendió* el mismo Dios *el cielo*, es decir, creó el espacio y el tiempo, capacidades de todas las cosas.

Así, sin un Dios, artífice supremo, no existirian el universo ni el hombre: tal es la profesion de fé social. Pero tampoco sin el hombre habria sido pensado Dios—saltemos este foso—no sería Dios nada. Si la humanidad necesita de un autor, Dios, los dioses, no necesitan ménos de un revelador: la teogonía, las historias del cielo, del infierno y de sus moradores, esos sueños del pensamiento humano, son el reverso del mundo, que ciertos filósofos han llamado en cambio el sueño de Dios. Y ¡qué de magnificencia en esa

creacion teológica, obra de la sociedad! Quedó eclipsada la creacion del *demiurgos*, vencido el que llamamos el Todopoderoso; y durante siglos dejó de fijarse la encantada imaginacion de los mortales en el espectáculo de la naturaleza por contemplar las maravillas olímpicas.

Bajemos de esta region fantástica. La implacable razon llama á la puerta: es preciso responder á sus formidables preguntas.

¿Qué es Dios? dice; ¿dónde está? ¿cuántos es? ¿qué quiere? ¿qué puede? ¿qué promete? Y hé aquí que ante la antorcha de la análisis, las divinidades todas de la tierra, del cielo y de los infiernos quedan reducidas á un no sé qué incorpóreo, impasible, inmóvil, incomprensible, indefinible, á la negacion, en una palabra, de todos los atributos de la existencia. Y sea, en efecto, que el hombre atribuya á cada objeto un espíritu ó genio especial; sea que conciba el universo como gobernado por un poder único, no hace nunca sino SUPONER una entidad incondicional, es decir, imposible, para deducir de ella una explicacion tal cual de fenómenos que de otro modo le parecen inconcebibles. ¡Misterio de Dios y de la razon! A fin de hacer cada vez más *racional* el objeto de su idolatría, el creyente le vá despojando poco á poco de todo lo que podia hacerle *real;* y despues de prodigios de lógica y de genio, resulta que ha dado al Sér por excelencia los mismos atributos de la nada. Esta evolucion es inevitable y fatal: el ateismo está en el fondo de toda teodicea.

Veamos si podemos hacer comprender ese progreso.

Apenas ha creado nuestra conciencia á Dios, creador de todas las cosas; en otros términos, apenas hemos elevado á Dios de la idea de yo social á la idea de yo cósmico, cuando nuestra reflexion se pone á

demolerle so pretexto de perfeccionarle. ¡Perfeccionar la idea de Dios! ¡Depurar el dogma teológico! Esta fué la segunda alucinacion del género humano.

El espíritu de análisis, Satanás infatigable que interroga y contradice sin cesar, debia tarde ó temprano buscar la prueba del dogmatismo religioso. Ahora bien, determine el filósofo la idea de Dios, ó declárela indeterminable; acérquese á su razon ó aléjese de ella, sostengo que esa idea no deja de sufrir quebranto: y como es de todo punto imposible que la especulacion se detenga, la idea de Dios no puede ménos de desaparecer á la larga. El movimiento ateo es, pues, el segundo acto del drama teológico; y este segundo acto nace del primero, como el efecto de la causa. *Los cielos cuentan la gloria del Eterno*, dice el salmista; añadamos: y su testimonio le destrona.

En efecto, á medida que el hombre observa los fenómenos, cree distinguir cosas intermedias entre la naturaleza y Dios: relaciones de número, de sucesion, de figura; leyes orgánicas, evoluciones, analogías; cierto encadenamiento, por fin, con que se manifiestan ó se provocan unas á otras las manifestaciones de la vida. Observa hasta que en el desarrollo de esa sociedad de que forma parte, entran por algo las voluntades particulares y las deliberaciones comunes; y se dice que el Supremo Espíritu no obra directamente, ni por sí mismo sobre el mundo, ni de un modo arbitrario y por capricho, sino mediatamente, por resortes ú órganos sensibles y en virtud de ciertas y determinadas reglas. Y subiendo mentalmente por la cadena de los efectos y de las causas, coloca en la extremidad, como en un volante, á Dios.

Más allá de los cielos todos,
El Dios de los cielos mora,

ha dicho un poeta. Así, del primer salto que da la teoría, queda reducido el Sér Supremo á la funcion

de fuerza motriz, clavija maestra, clave de bóveda, ó si se me permite una comparacion áun más vulgar, á la funcion de soberano constitucional que reina, pero no gobierna, jurando obedecer á la ley y nombrar ministros que la ejecuten. Pero impresionado por la ilusion que le fascina, el deista no vé en ese ridículo sistema más que una nueva prueba de la sublimidad de su ídolo, que hace segun él servir á sus criaturas de instrumentos de su poder, y redundar en su gloria la sabiduría de los mortales.

Pronto, no satisfecho el hombre con limitar el imperio del Eterno, por un respeto cada vez más deicida pide participacion en él.

Si soy un espíritu, un yo sensible que emito ideas, continúa diciendo el deista, yo participo tambien de la existencia absoluta; soy libre, creador, inmortal, igual á Dios. *Cogito, ergo sum;* pienso, luego soy inmortal: este es el corolario, esta la traduccion del *ego sum qui sum:* la filosofía está de acuerdo con la Biblia. La existencia de Dios y la inmortalidad del alma son producto de la conciencia en un solo y mismo juicio; allí habla el mortal en nombre del universo, á cuyo seno trasporta su yo; aquí habla en su propio nombre, sin advertir que en esa ida y venida no hace más que repetirse.

La inmortalidad del alma, verdadera escision de la divinidad, que en el momento de su primera promulgacion, verificada despues de un largo intervalo, se presentó como una herejía á los ojos de los fieles del dogma antiguo, no por esto fué ménos considerada como el complemento de la majestad divina, como el postulado necesario de la bondad y la justicia eterna. Sin la inmortalidad del alma no se comprende á Dios, dicen los deistas, y son en esto parecidos á los teóricos de la política, para los que son condiciones esenciales de la monarquía una repre-

sentacion suprema y funcionarios en todas partes inamovibles. Mas tan exacta es la paridad entre las doctrinas, como flagrante la contradiccion entre las ideas: así el dogma de la inmortalidad del alma fué pronto la piedra de escándalo de los teólogos filósofos, que desde los tiempos de Pitágoras y de Orfeo se esfuerzan inútilmente en armonizar la razon con la fé, y los atributos divinos con la libertad humana. ¡Motivo de triunfo para los impíos!... Pero la ilusion no podia desaparecer tan pronto: el dogma de la inmortalidad del alma, precisamente porque era una limitacion del sér increado, era un progreso. Si el espíritu humano se ilumina con la adquisicion parcial de la verdad, no retrocede jamás, y esta perseverancia en su marcha es la prueba de su infalibilidad. Vamos á adquirir de este aserto una nueva prueba.

Haciéndose el hombre parecido á Dios, hacía á Dios parecido á sí mismo; y esa correlacion, calificada de execrable durante muchos siglos, fué el invisible resorte que determinó el nuevo mito. En tiempo de los patriarcas, Dios celebraba pactos de alianza con el hombre; ahora, y para mejor cimentar el pacto, Dios vá á humanizarse. Tomará nuestra carne, nuestro semblante, nuestras pasiones, nuestras alegrías y nuestras penas; nacerá de una mujer, y morirá como nosotros. Luégo, despues de esa humillacion de lo infinito, pretenderá aún el hombre haber agrandado el ideal de su Dios, haciendo por una conversion lógica del que habia hasta entónces llamado creador, un conservador, un redentor. No dice aún la humanidad: soy yo quien soy Dios, porque se horrorizaria en su piedad de usurpacion tamaña; pero dice ya: Dios está conmigo, EMMANUEL, *nobiscum Deus*. Y en el momento en que la filosofía con orgullo y la conciencia universal con espanto

exclamaban unánimes: los dioses se van, *excedere Deos*, se abria un período de ferviente adoracion y de fé sobrehumana que debia durar diez y ocho siglos.

Pero se acerca el término fatal. Toda monarquía que se deja circunscribir acaba por la demagogia; toda divinidad que se define, es decir, que se determina, vá á perderse en un pandemonio. La cristolatría es el último término de esa larga evolucion del pensamiento humano. Los ángeles, los santos, las vírgenes, reinan con Dios en el cielo, dice el catecismo; los demonios y los réprobos están en los infiernos sufriendo eternos suplicios. La sociedad ultramundana tiene su izquierda y su derecha: es hora ya de que la ecuacion se consuma, es hora ya de que esa jerarquía mística baje á la tierra y se manifieste en toda su realidad.

Cuando Milton representa á la primera mujer mirándose en una fuente y tendiendo con amor los brazos á su propia imágen como para abrazarla, pinta rasgo por rasgo al género humano.—Ese Dios que tu adoras, ¡oh hombre! ese Dios que tú has hecho bueno, justo, todopoderoso, sabio, inmortal y santo, eres tú mismo; ese ideal de perfecciones es tu imágen depurada en el espejo ustorio de tu conciencia. Dios, la naturaleza y el hombre son el triple aspecto del sér uno é idéntico; el hombre es el mismo Dios, que llega por mil evoluciones á adquirir la conciencia de sí mismo; se ha sentido Dios en Jesucristo, y el cristianismo es verdaderamente la religion del Dios-Hombre. No hay otro Dios que el que desde un principio ha dicho: YO; no hay otro Dios que TÚ.

Tales son las últimas conclusiones de la filosofía, que espira rasgando el velo que cubria el misterio de la religion y el suyo propio.

II

No parece desde entónces sino que todo haya concluido; no parece sino que cesando la humanidad de adorarse y de mistificarse á sí misma, queda para siempre jamás descartado el problema teológico. Los dioses se han ido: el hombre no tiene ya otra cosa que hacer sino aburrirse y morir en su egoismo. ¡Qué espantosa soledad no se extiende en torno mio y se abre en el fondo de mi alma! Mi elevacion se parece al aniquilamiento; desde que me he hecho Dios, no me veo ya sino como una sombra. Es posible que sea un yo, pero se me hace difícil tomarme por lo absoluto; y si no soy lo absoluto, no soy más que la mitad de una idea.

Un poco de filosofía aparta de la religion, ha dicho no sé qué razonador irónico, y mucha filosofía nos lleva de nuevo á su seno. Observacion de una verdad que humilla.

Toda ciencia se desarrolla en tres épocas sucesivas, que podemos llamar, comparándolas con las grandes épocas de la civilizacion, época religiosa, época sofística, época científica (*). Así la alquimia constituye el período religioso de la ciencia llamada más tarde química, cuyo plan definitivo no hemos todavía encontrado; del mismo modo que la astrología forma el período religioso de otra construccion científica, la astronomía.

Y bien; hé aquí que despues de habernos burlado durante sesenta años de la piedra filosofal, llevados de sus experimentos, no se atreven ya los químicos á

(*) Véase entre otros á AUGUSTO COMTE, *Curso de filosofía positiva*, y á P. J. PROUDHON, *Creacion del órden en la humanidad*.

negar la trasmutabilidad de los cuerpos; al paso que los astrónomos se sienten tambien obligados por la mecánica del mundo á sospechar un organismo del mundo, es decir, algo precisamente como la astrología. ¿No se está en el caso de decir, á imitacion del filósofo que hace poco he citado, que si un poco de química aparta de la piedra filosofal, un mucho de química á la piedra filosofal nos vuelve; y si un poco de astronomía nos hace reirnos de los astrólogos, un mucho de astronomía nos haria creer en los astrólogos (3)?

Tengo á buen seguro mucha ménos propension á lo maravilloso que muchos ateos; pero no puedo ménos de pensar que las historias de milagros, de predicciones, de hechizos, etc., no son más que relatos desfigurados de efectos extraordinarios producidos por ciertas fuerzas latentes, ó como se decia en otro tiempo, por potencias ocultas. Nuestra ciencia es aún tan brutal y está tan llena de mala fé; nuestros doctores se muestran tan impertinentes con lo poco que saben, y niegan tan impudentemente los hechos que les estorban, á fin de proteger las opiniones que explotan, que desconfio á la verdad de esos espíritus fuertes, tanto como de los supersticiosos. Sí, tengo esta conviccion; nuestro grosero racionalismo es la inauguracion de un período que á fuerza de ciencia llegará á ser verdaderamente *prodigioso:* el universo no es á mis ojos sino un laboratorio de mágia donde es preciso estar preparado para todo..... Dicho esto, vuelvo á entrar en materia.

Grande engaño se padeceria, pues, si se fuese á imaginar, despues de la rápida exposicion que llevo hecha de las evoluciones religiosas, que la metafísica ha dicho su última palabra sobre el doble enigma contenido en estas cuatro palabras: existencia de Dios, inmortalidad del alma. Aquí como allí, las con-

clusiones de la razon más adelantadas y mejor establecidas, las que parecen haber cortado para siempre jamás la cuestion teológica, nos retrotraen al misticismo primordial é implican los nuevos elementos de una inevitable filosofía. La crítica de las opiniones religiosas nos hace sonreir hoy de las religiones y de nosotros mismos; y sin embargo, el resúmen de esta crítica no es más que una reproduccion del problema. El género humano, en el momento en que escribo, está en vísperas de reconocer y afirmar algo que equivaldrá para él á la antigua nocion de la divinidad; y esto no ya como en otro tiempo, por un movimiento espontáneo, sino con reflexion y en virtud de una dialéctica invencible.

Voy á ver si en pocas palabras me doy á entender.

Si hay un punto sobre el cual los filósofos, á pesar suyo, hayan concluido por ponerse de acuerdo, es á no dudarlo la distincion entre la inteligencia y la necesidad, entre el sugeto y el objeto del pensamiento, entre el yo y el no yo; en términos vulgares, entre el espíritu y la materia. Sé bien que esos términos nada significan de real ni de verdadero; que no indica cada uno de ellos sino una escision de lo absoluto, única cosa verdadera y real; y que tomados separadamente, implican tanta contradiccion los unos como los otros. Pero no es tampoco ménos cierto que lo absoluto nos es completamente inaccesible, y sólo le conocemos por sus términos contrarios, únicos que caen bajo el dominio de nuestro empirismo; no es ménos cierto que si sólo la unidad puede obtener nuestra fé, la dualidad es la primera condicion de la ciencia.

Así, ¿quién piensa y quién es pensado? ¿qué es un alma y qué es un cuerpo? Desafío á quien quiera que sea á que salga de ese dualismo. Sucede con las ciencias lo que con las ideas: se presentan las pri-

meras separadas en la naturaleza, como las segundas en el entendimiento; y del mismo modo que las ideas de Dios y de inmortalidad del alma, á pesar de su identidad, se han ido presentando y estableciendo sucesiva y contradictoriamente en la filosofía, así á pesar de su fusion en lo absoluto, el yo y el no yo se van presentando sucesiva y contradictoriamente en la naturaleza, y tenemos á la vez séres que piensan y otros que no piensan.

Ahora bien, cualquiera que se haya tomado el trabajo de reflexionar sobre esto, sabe que una distincion tal, por realizada que esté, es lo más ininteligible, lo más contradictorio y lo más absurdo que puede encontrar la razon humana. No se concibe más el sér sin las propiedades de la materia que sin las del espíritu; de suerte que si se niega el espíritu, porque no entrando en ninguna de las categorías de tiempo, de espacio, de movimiento, de solidez, etc., se nos presenta despojado de todos los atributos que constituyen lo real, negaré á mi vez la materia, que no ofreciéndome de apreciable sino su pasividad, ni de inteligible sino sus formas, no se manifiesta en ninguna parte como causa voluntaria y libre, y se sustrae enteramente á mi vista como sustancia; y llegaremos al idealismo puro, es decir, á la nada. Pero la nada repugna á yo no sé qué cosas que viven y raciocinan, reuniendo en sí mismos en cierto estado, no puedo decir cuál, de síntesis incipiente ó de escision inminente, todos los atributos antagonistas del sér. Forzoso nos es, pues, empezar por un dualismo cuyos términos nos consta perfectamente que son falsos, pero que siendo para nosotros la condicion de la verdad, se nos imponen de una manera irrecusable; forzoso nos es, en una palabra, empezar con Descartes y con el género humano por el yo, es decir, por el espíritu.

Mas despues que las religiones y los sistemas filosóficos, disueltos por la análisis, han venido á fundirse en la teoría de lo absoluto, no sabemos tampoco qué es el espíritu, y no nos diferenciamos en esto de los antiguos sino por la riqueza de lenguaje con que decoramos la oscuridad que nos rodea. No hay sino que al paso que para los hombres de otros tiempos el órden revelaba una inteligencia *fuera* del mundo, á los de ahora les parece que la revela mejor *dentro* del mundo mismo. Póngasela, con todo, dentro ó fuera, desde el momento en que se la reconoce á causa del órden, es preciso admitirla donde quiera que el órden se manifieste, ó no admitirla en ninguna parte. No hay más razon para atribuir inteligencia á la cabeza que produjo la *Iliada*, que para concederla á una masa de materia que cristaliza en forma de octaedros; y recíprocamente, es tan absurdo atribuir el sistema del mundo á leyes físicas, sin tener para nada en cuenta el yo ordenador, como atribuir la victoria de Marengo á combinaciones estratégicas, sin tener para nada en cuenta al primer cónsul. Toda la diferencia que cabria hacer sería la de que en este caso el yo pensante estaria localizado en el cerebro de Bonaparte, mientras que con relacion al universo, el yo no ocuparia un lugar especial y estaria derramado por todas partes.

Los materialistas han creido deshacerse de la opinion contraria, con decir que habiendo el hombre asimilado el universo á su cuerpo, terminó su comparacion dando á ese universo un alma parecida á la que suponia ser el principio de su vida y de su pensamiento; y así todos los argumentos sobre la existencia de Dios estaban reducidos á una analogía tanto más falsa, cuanto que el mismo término de comparacion era hipotético.

No vengo ciertamente á defender el viejo silogismo

de: todo arreglo supone una inteligencia ordenadora; es así que existe en el mundo un órden admirable; luego el mundo es obra de una inteligencia. Este silogismo, tan repetido desde Job y Moisés, léjos de ser una solucion, no es más que la fórmula del enigma que trata de descifrarse. Conocemos perfectamente lo que es el órden; pero ignoramos en absoluto lo que pretendemos decir con la palabra Alma, Espíritu ó Inteligencia: ¿cómo podemos por lo tanto deducir de la presencia del uno la existencia de la otra? Rechazaré, pues, hasta más ámplia instruccion la pretendida prueba de la existencia de Dios, sacada del órden del mundo; y veré á lo más en ella una ecuacion propuesta á la filosofía. De la concepcion del órden á la afirmacion del espíritu hay por cegar todo un abismo de metafísica: no es, repito, mi ánimo tomar por una demostracion el problema mismo.

Pero no se trata de eso en este momento. He querido dejar consignado que la razon humana estaba fatal é inevitablemente condenada á la distincion del ser en yo y no yo, espíritu y materia, alma y cuerpo. ¿Quién no vé ahora que la objecion de los materialistas prueba precisamente lo que tiene por objeto negar? Con distinguir en sí mismo un principio espiritual y un principio material, ¿qué otra cosa es el hombre que la naturaleza misma, proclamando sucesivamente su doble esencia y dando testimonio de sus propias leyes? Y nótese la inconsecuencia del materialismo: niega y se vé forzado á negar que el hombre sea libre, y cuanta ménos libertad tenga el hombre, más importancia ha de tener su palabra, y más debe ser considerada como la expresion de la verdad. Cuando oigo esa máquina que me dice: yo soy alma y soy cuerpo; por más que semejante revelacion me pasme y me con-

funda, aparece á mis ojos revestida de una autoridad incomparablemente mayor que la del materialista, que corrigiendo la conciencia y la naturaleza, trata de hacerlas decir: Yo soy materia, y nada más que materia, y la inteligencia no es más que la facultad material de conocer.

¿Qué se diria si, tomando á mi vez la ofensiva, demostrase cuán insostenible es la existencia de los cuerpos, ó en otros términos, la realidad de una naturaleza puramente corpórea?—La materia, se dice, es impenetrable.—Impenetrable ¿para con qué? pregunto. Para consigo misma, sin duda, pues no se atreveria nadie á decir que para con el espíritu, cuando esto sería admitir precisamente lo que se trata de descartar; sobre lo cual yo hago esta doble pregunta: ¿qué sabeis vosotros de esto? ¿ni qué es lo que esto significa?

1.° La impenetrabilidad, por la cual se pretende definir la materia, no es más que una hipótesis de físicos poco observadores, una conclusion grosera deducida de un juicio superficial. Manifiesta la experiencia en la materia una divisibilidad hasta lo infinito, una dilatabilidad hasta lo infinito, una porosidad sin límite asignable, una permeabilidad para con el calor, la electricidad y el magnetismo, y al mismo tiempo una facultad de retenerlos indefinida; afinidades, influencias recíprocas y trasformaciones sin número: cosas todas incompatibles con la existencia de un *aliquid* impenetrable. La elasticidad, que mejor que ninguna otra propiedad de la materia podia conducir por la idea de resorte ó de resistencia á la de impenetrabilidad, varía á merced de mil circunstancias, y depende por completo de la atraccion molecular; y ¿qué más inconciliable con la impenetrabilidad que esa atraccion? Existe por fin una ciencia que se podria definir en rigor diciendo, que

es la *ciencia de la penetrabilidad de la materia:* es la química. ¿En qué difiere efectivamente de una compenetracion lo que se llama una composicion química? (4) Por último, no se conoce de la materia sino sus formas; de su sustancia, nada. ¿Cómo se ha de poder, pues, afirmar la realidad de un sér invisible, impalpable, incoercible, siempre tornadizo, fugitivo siempre, impenetrable sólo para con el pensamiento, para el cual no son visibles sino sus disfraces? ¡Materialistas! os permito que justifiqueis la realidad de vuestras sensaciones: en cuanto á lo que las ocasiona, cuanto digais implica esta reciprocidad: algo (que vosotros llamais materia) es la causa ocasional de las sensaciones que van á otro algo (que yo llamo espíritu).

2.° Mas ¿de dónde procede entónces esa suposicion de impenetrabilidad de la materia que ninguna observacion externa justifica, ni es verdadera? ¿cuál es su significacion, su sentido?

Aquí es visible el triunfo del dualismo. La materia ha sido declarada impenetrable, no como se figuran los materialistas y el vulgo, por el testimonio de los sentidos, sino por la conciencia. Es el *yo*, naturaleza incomprensible, el que sintiéndose libre, distinto y permanente, y encontrando fuera de sí mismo otra naturaleza igualmente incomprensible, pero distinta tambien y permanente, á pesar de sus metamorfosis, declara en virtud de las sensaciones y de las ideas que esa esencia le sugiere, que el no yo es extenso é impenetrable. La impenetrabilidad es una palabra figurada, una imágen bajo la cual el pensamiento, escision de lo absoluto, se representa la realidad material, que es otra escision de lo absoluto; mas esa impenetrabilidad, sin la cual la materia se desvanece, no es en último análisis sino un juicio espontáneo del sentido íntimo, un *à priori*

metafísico, una hipótesis no verificada del espíritu.

Así, sea que la filosofía, despues de haber destruido el dogmatismo teológico, espiritualice la materia ó materialice el pensamiento, idealice el sér ó realice la idea; sea que identificando la *sustancia* y la *causa*, sustituya en todas partes la FUERZA, frases todas que nada explican ni significan, nos vuelve á conducir siempre al eterno dualismo, y requiriéndonos á que creamos en nosotros mismos, nos obliga á creer en Dios, si ya no es en los espíritus. Es verdad que con haber hecho entrar el espíritu en la naturaleza, á diferencia de los antiguos, que le separaban de ella, la filosofía ha venido como por la mano á esa conclusion famosa, que casi resume todo el fruto de sus investigaciones: En el hombre, el espíritu *se sabe;* mientras que en los demás séres nos parece que *no se sabe.*— «Lo que vela en el hombre, dormita en el animal y duerme en la piedra,» ha dicho un filósofo.

La filosofía en su postrera hora no sabe más de lo que sabía al nacer: como si no hubiese venido al mundo más que para hacer buena la palabra de Sócrates, nos dice, envolviéndose solemnemente en su sudario: Sé que no sé nada. ¿Qué digo? La filosofía sabe hoy que todos sus juicios descansan en dos hipótesis igualmente falsas, igualmente imposibles, y, sin embargo, igualmente necesarias: la materia y el espíritu. De suerte que, al paso que en otro tiempo la intolerancia religiosa y las discordias filosóficas, derramando por todas partes las tinieblas, permitian la duda y hasta cierta voluptuosa indolencia, el triunfo de la negacion en todo no permite ya ni esa duda: el pensamiento, libre de toda traba, pero vencido por sus propios progresos, se vé obligado á afirmar lo que le parece evidentemente contradictorio y absurdo. Los salvajes dicen que el mundo es un gran fetiche guardado por un gran mónstruo. En treinta

siglos los poetas, los legisladores y los sabios de la civilizacion no han escrito nada más sublime que esta profesion de fé. Y hénos aquí con que al fin de esa larga conspiracion contra Dios, que se ha dado á sí misma el nombre de filosofía, la razon emancipada dice como la razon salvaje: El Universo es un no yo objetivado por un yo.

La humanidad supone, pues, fatalmente la existencia de Dios; y si durante el largo período que se está cerrando ha creido en la realidad de su hipótesis; si ha adorado el inconcebible objeto que la motiva; si despues de haberse conocido en este acto de fé persiste á sabiendas, pero no libremente, en su opinion de un Sér Supremo, que sabe bien no ser más que una personificacion de su propio pensamiento; si está en vísperas de volver á empezar sus invocaciones mágicas, preciso es creer que su portentosa alucinacion contiene algun misterio que merece ser objeto de profundo estudio.

Alucinacion y misterio, digo, sin que pretenda negar por esto el contenido sobrehumano de la idea de Dios, ni admita tampoco la necesidad de un nuevo simbolismo, quiero decir, de una nueva religion. Porque si es indudable que la humanidad, afirmando á Dios, ó lo que se quiera, bajo el nombre de yo ó de espíritu, no se afirma sino á sí misma, no se puede por otra parte negar que se afirma entónces como distinta de lo que se conoce: resulta esto de todas las mitologías como de todas las teodiceas. Y puesto que por otro lado esta afirmacion es irresistible, procede, á no dudarlo, de relaciones secretas que conviene, si es posible, determinar científicamente.

En otros términos, el ateismo, por otro nombre humanismo, verdadero en toda su parte crítica y negativa, si se detuviese en el hombre tal cual es en la

naturaleza, si descartase como juicio abusivo esa afirmacion primera de la humanidad, de que es hija, emanacion, imágen, reflejo ó verbo de Dios, si renegase así de su pasado, no sería sino una contradiccion más, una de tantas contradicciones. Forzoso nos es, por lo tanto, emprender la crítica del humanismo, es decir, verificar si la humanidad, considerada en su conjunto y en todos los períodos de su desarrollo, satisface á la idea divina, hecha deduccion hasta de los atributos hiperbólicos y fantásticos de Dios; si satisface á la plenitud del sér, si se satisface á sí misma. Forzoso nos es, en una palabra, examinar si la humanidad *tiende* á Dios, segun el dogma antiguo, ó si *pasa á ser* Dios, como dicen los modernos. Quizá encontremos al fin que los dos sistemas, á pesar de su aparente oposicion, son verdaderos á la vez, y en el fondo idénticos: quedaria en este caso altamente confirmada la infalibilidad de la razon humana, así en sus manifestaciones colectivas como en sus especulaciones.—En una palabra, hasta que hayamos verificado en el hombre la hipótesis de Dios, la negacion atea no tiene nada de definitiva.

Lo que por lo tanto falta hacer es una demostracion científica, es decir, empírica de la idea de Dios, demostracion que no se ha ensayado nunca. Dogmatizando la teología sobre la autoridad de sus mitos y especulando la filosofía, ayudada de sus categorías, ha quedado Dios en el estado de concepcion *trascendental*, es decir, inaccesible á la razon, y subsiste siempre la hipótesis.

Subsiste, digo, esta hipótesis más viva, más implacable que en ningun otro tiempo. Hemos llegado á una de esas épocas fatídicas, en que la sociedad, desdeñosa de lo pasado y atormentada por lo futuro, tan pronto abraza con frenesí lo presente, dejando á algunos pensadores solitarios el cuidado de preparar

la nueva fé, como llama á Dios desde el abismo de sus placeres, y pide una señal de salvacion, ó busca en el espectáculo de sus revoluciones, como en las entrañas de una víctima, el secreto de sus destinos.

¿A qué insistir más? La hipótesis de Dios es legítima, porque se impone á todo hombre á pesar suyo: no puede ser, pues, censurada por nadie. El que cree, no puede ménos de permitirme la suposicion de que Dios existe; el que niega, no puede tampoco ménos de permitírmelo, puesto que él mismo lo ha hecho ántes que yo, no siendo posible negacion alguna sin una afirmacion prévia; el que dude, basta que reflexione un instante para comprender que su duda supone necesariamente un yo no sé qué, que tarde ó temprano acabará por llamar Dios.

Mas si poseo, por la misma naturaleza de mi penmiento, el derecho de *suponer* á Dios, debo conquistar el derecho de *afirmarlo*. En otros términos, si mi hipótesis se impone de una manera invencible, es todo lo que puedo pretender por el momento. Porque afirmar, es determinar; y toda determinacion, para ser verdadera, debe ser empírica, Quien dice, en efecto, determinacion, dice relacion, condicionalidad, experiencia. Puesto, pues, que la determinacion de la idea de Dios debe salir entre nosotros de una demostracion empírica, debemos abstenernos de todo lo que en la investigacion de esa alta incógnita pueda ir más allá de la hipótesis, sin suministrárnoslo la experiencia, pues de lo contrario volveríamos á caer en las contradicciones de la teología, y por consecuencia á suscitar de nuevo las protestas del ateismo.

III

Fáltame decir ahora por qué, en un libro de economía política, he debido tomar por punto de partida la hipótesis fundamental de toda filosofía.

He tenido ante todo necesidad de la hipótesis de Dios para fundar la autoridad de la ciencia social.— Cuando el astrónomo, para explicar el sistema del mundo, apoyándose exclusivamente en la experiencia, supone, con el vulgo, abovedado el cielo, la tierra plana, el sol del tamaño de un globo, describiendo en el aire una curva de Oriente á Occidente, supone la infalibilidad de los sentidos, reservándose rectificar más tarde, á medida que la observacion se lo permite, el dato de que se vé obligado á partir. Depende esto de que la filosofía astronómica no podia admitir *à priori* que los sentidos nos engañasen ni que viésemos lo que no vemos: ¿qué vendria á ser, despues de sentarse un principio tal, la certidumbre de la astronomía? Pero pudiendo, en ciertos casos, los datos de los sentidos ser rectificados y completados por los sentidos mismos, permanece firme la autoridad de los sentidos, y la astronomía es posible.

La filosofía social no admite tampoco *à priori* que la humanidad pueda en sus actos engañar ni ser engañada: sin esto, ¿qué vendria á ser tampoco la autoridad del género humano, es decir, la autoridad de la razon, sinónima en el fondo de la soberanía del pueblo? Cree, empero, la filosofía social que los juicios humanos, siempre verdaderos en lo que tienen de actual y de inmediato, se pueden completar y aclarar sucesivamente los unos á los otros á medida que se van adquiriendo ideas, de manera que se vaya

siempre poniendo la razon general de acuerdo con la especulacion individual, y se extienda indefinidamente la esfera de la certidumbre: lo cual es afirmar siempre la autoridad de los juicios humanos.

Ahora bien, el primer juicio de la razon, el preámbulo de toda constitucion política que busca una sancion y un principio, es necesariamente esta: *hay un Dios;* lo cual equivale á decir: la sociedad está gobernada con consejo, premeditacion, inteligencia. Este juicio, que excluye el mal, es el que hace posible una ciencia social: y, no hay por qué dudarlo, todo estudio histórico y positivo de los hechos sociales, emprendido con un objeto de mejora y de progreso, debe empezar por suponer con el pueblo la existencia de Dios, salvo siempre el darse más tarde cuenta de este juicio.

Así la historia de las sociedades no es ya para nosotros sino una larga determinacion de la idea de Dios, una revelacion progresiva del destino del hombre. Y al paso que la sabiduría antigua lo hacía depender todo de la accion arbitraria y fantástica de la divinidad, oprimiendo la razon y la conciencia, y deteniendo el movimiento con el terror de un soberano invisible; la nueva filosofía, invirtiendo el método, destrozando la autoridad de Dios del mismo modo que la del hombre, y no aceptando otro yugo que el del hecho y la evidencia, lo hace converger todo hácia la hipótesis teológica, por considerarla como el último de sus problemas.

El ateismo humanitario es, pues, el último término de la emancipacion moral é intelectual del hombre, y por consiguiente la última fase de la filosofía, que sirve de paso para la reconstruccion ó verificacion científica de todos los dogmas demolidos.

Necesito de la hipótesis de Dios, no sólo, como acabo de decir, para dar sentido á la historia, sino

tambien para legitimar las reformas que hay que hacer en el Estado á nombre de la ciencia.

Ya consideremos á Dios como exterior á la sociedad, cuyos movimientos modera desde lo alto (opinion del todo gratuita y muy probablemente ilusoria); ya le reputemos inmanente en la sociedad é idéntico á esa razon impersonal y sin conciencia de sí misma, que como un instinto hace marchar la civilizacion (aunque la impersonalidad y la ignorancia de sí mismo repugnan á la idea de inteligencia); ya creamos, por fin, que cuanto sucede en la sociedad resulta de la relacion de sus elementos (sistema cuyo mérito consiste todo en cambiar un activo en pasivo, en convertir la inteligencia en necesidad, ó, lo que viene á ser lo mismo, en tomar la ley por la causa); tendremos siempre, que presentándosenos necesariamente las manifestaciones de la actividad social, ó como signos de la voluntad del Sér Supremo, ó como una especie de lenguaje típico de la razon general é impersonal, ó por fin, como linderos de la necesidad, no dejarán esas manifestaciones de ser siempre para nosotros de una autoridad absoluta. Estando tan encadenada su série en el tiempo como en el espíritu, los hechos realizados determinan y legitiman los por realizar; la ciencia y el destino están de acuerdo; procediendo cuanto sucede de la razon, y no juzgando la razon sino por la experiencia de lo que sucede, tiene derecho la ciencia á participar del gobierno, y lo que establece su incompetencia como consejo, justifica su intervencion como soberano.

La ciencia, calificada, reconocida y aceptada por el voto de todos como divina, es la reina del mundo. Así, gracias á la hipótesis de Dios, toda oposicion conservadora ó retrógrada, toda excepcion dilatoria propuesta por la teología, la tradicion ó el egoismo, queda perentoria é irrevocablemente descartada.

Tengo además necesidad de la hipótesis de Dios para manifestar el lazo que une la civilizacion con la naturaleza.

En efecto, esta admirable hipótesis, por la cual el hombre se asimila á lo absoluto, implicando como implica la identidad de las leyes de la naturaleza y las de la razon, nos permite que veamos en la industria humana el complemento de la creacion, hace solidarios el hombre y el globo en que habita, y en los trabajos de explotacion de este patrimonio en que nos ha colocado la Providencia, patrimonio que es hasta cierto punto obra nuestra, nos hace concebir el principio y el fin de todas las cosas. Si, pues, la humanidad no es Dios, continúa á Dios: lo que hoy la humanidad, hablando en otro estilo, hace reflexivamente, es lo mismo que empezó á hacer por instinto, y la naturaleza parece hacer por necesidad. En todos estos casos, y cualquiera que sea la opinion que se escoja, una cosa permanece indudable, la unidad de accion y de ley. Séres inteligentes, actores de un drama desarrollado con inteligencia, podemos deducir atrevidamente de nosotros mismos el Universo y el Eterno, y cuando hayamos organizado definitivamente entre nosotros el trabajo, decir con orgullo: La creacion está explicada.

Así el campo de exploracion de la filosofía se encuentra determinado; la tradicion es el punto de partida de toda especulacion sobre lo futuro; la utopia está para siempre jamás descartada; el estudio del yo, trasladado de la conciencia del individuo á las manifestaciones de la voluntad social, adquiere el carácter de objetividad de que habia hasta aquí carecido; y hecha la historia psicológica, la teología antropológica, y las ciencias naturales metafísicas, no se deduce ya la teoría de la razon de la vacuidad de nuestro intelecto, sino de las innumerables for-

mas de una naturaleza ámplia y constantemente observable.

Necesito tambien de la hipótesis de Dios á fin de atestiguar mi buena voluntad para con una multitud de sectas, de cuyas opiniones no participo, pero cuyos rencores temo: —para con los deistas, porque de tal sé que por la causa de Dios estaria dispuesto á tirar de la espada, y como Robespierre haria jugar la guillotina hasta destruir el último ateo, sin sospechar siquiera que ese ateo fuese él mismo; —para con los místicos, cuyo partido, compuesto en gran parte de estudiantes y de mujeres, marchando á la sombra de las banderas de Lamennais, Quinet, Leroux y otros, ha tomado por mote: *Tal amo, tal criado;* tal Dios, tal pueblo; y, para arreglar el salario de un obrero, empieza por restaurar la religion; —para con los espiritualistas, porque si desconociese los derechos del espíritu me acusarian de fundar el culto de la materia, contra el cual protesto con todas las fuerzas de mi alma; —para con los sensualistas y materialistas, para los cuales el dogma divino es el símbolo de la represion y el principio de la servidumbre de las pasiones, fuera de las cuales, dicen, no hay para el hombre ni placer, ni virtud, ni génio; —para con los eclécticos y los escépticos, libreros-editores de todos los viejos sistemas filosóficos, que, sin embargo, no filosofan y están coaligados en una vasta cofradía, con aprobacion y privilegio del gobierno, contra todo el que piensa, cree ó afirma sin su permiso; —para, por fin, con los conservadores, los retrógrados, los egoistas y los hipócritas, que predican el amor de Dios por ódio al prójimo, y desde el diluvio están acusando á la libertad de las desgracias del mundo, y calumniando la razon por el despecho que su propia nulidad les inspira.

¿Sería, pues, posible que se condenara una hipótesis que, léjos de blasfemar de los venerados fantasmas de la fé, no aspira sino á presentarlos á la luz del dia; en vez de rechazar los dogmas tradicionales y los prejuicios de la conciencia, trata tan sólo de verificarlos; y, sin por esto dejarse llevar de opiniones exclusivas, toma por axioma la infalibilidad de la razon, y, gracias á tan fecundo principio, no ha de concluir jamás contra ninguna de las sectas antagonistas? ¿Sería posible que los conservadores religiosos y políticos me acusasen de turbar el órden de las sociedades, cuando parto de la hipótesis de una inteligencia suprema, fuente de todo sentimiento de órden; que los demócratas semi-cristianos me maldijesen como enemigo de Dios, y por consiguiente, como traidor á la República, cuando busco el sentido y el contenido de la idea de Dios; que los mercaderes universitarios, finalmente, me imputasen á impiedad la demostracion del ningun valor de sus productos filosóficos, precisamente cuando sostengo que hay que estudiar la fisolofía en su objeto, es decir, en las manifestaciones de la sociedad y de la naturaleza?.....

Necesito aún de la hipótesis de Dios para justificar mi estilo.

Ignorante como estoy de todo lo que toca á Dios, al mundo, al alma, al destino; obligado á proceder como el materialista, por la observacion y la experiencia, y á expresar mis conclusiones en el lenguaje de los fieles, porque no existe otro; no sabiendo si mis fórmulas, á mi pesar teológicas, deben ser tomadas en sentido propio ó en sentido figurado; habiendo de pasar en esa perpétua contemplacion de Dios, del hombre y de las cosas, por la sinonimia de todos los términos que abrazan las tres categorías del pensamiento, la palabra y la accion, y no que-

riendo con todo afirmar nada ni por un lado ni por otro: exigia el rigor de la dialéctica que supusiese, ni más ni ménos, esa incógnita que se llama Dios. Estamos llenos de la divinidad, *Jovis omnia plena;* nuestros monumentos, nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras ideas, nuestras lenguas y nuestras ciencias, todo está infectado de esa indeleble supersticion, fuera de la cual no podemos hablar ni obrar, y sin la cual ni siquiera pensamos.

Tengo, por fin, necesidad de la hipótesis de Dios para explicar la publicacion de esas nuevas Memorias.

Nuestra sociedad se siente preñada de acontecimientos y está inquieta por su porvenir: ¿cómo dar razon de esos vagos presentimientos con la sola ayuda de una razon universal, inmanente y permanente, si se quiere, pero impersonal y por consecuencia muda; ó bien con la idea de una necesidad, si implica contradiccion que la necesidad se conozca, y tenga por lo tanto presentimientos? Aquí, pues, no queda áun más que la hipótesis de un agente ó incubo, que pesa sobre la sociedad y le dá visiones.

Ahora bien, cuando la sociedad profetiza, se pregunta por boca de unos y se contesta por boca de otros. Y dichoso y sabio entónces el que sabe escuchar y comprender, porque ha hablado Dios mismo, *quia locutus est Deus.*

La Academia de Ciencias morales y políticas ha propuesto la cuestion siguiente:

Determinar los hechos generales que arreglan las relaciones de los beneficios con los salarios, y explicar sus oscilaciones respectivas.

Hace algunos años preguntaba la misma Academia: *¿Cuáles son las causas de la miseria?* Nace esto de que el siglo XIX no tiene más que un pensamiento: igualdad y reforma. Pero el espíritu sopla donde me-

jor le parece: pusiéronse muchos á estudiar la cuestion, y no contestó nadie. El colegio de los arúspices ha repetido por lo tanto su pregunta en términos más significativos. Quiere saber si reina el órden en el taller, si son equitativos los salarios, si la libertad y el privilegio están justamente compensados, si la nocion de valor, que determina los hechos todos del cambio, es en las formas bajo que la han presentado los economistas suficientemente exacta, si el crédito protege el trabajo, si la circulacion es regular, si las cargas de la sociedad pesan por igual sobre todos los ciudadanos, etc., etc.

Y en efecto, teniendo la miseria por causa inmediata la insuficiencia del producto del trabajo, conviene saber cómo, fuera de los casos de desgracia ó mala voluntad, es insuficiente el producto del trabajo del obrero. Es esta siempre la misma cuestion sobre la desigualdad de fortunas que tanto ruido metió hace un siglo, y por una extraña fatalidad se reproduce incesantemente en los programas académicos, como si ahí estuviese el verdadero nudo de los tiempos modernos.

La igualdad, pues, su principio, sus medios, sus obstáculos, su teoría, los motivos de que se la aplace, la causa de las iniquidades sociales y providenciales: esto es lo que hay que explicar al mundo, á pesar de los sermones de los incrédulos.

Sé bien que las miras de la Academia no son tan profundas, y tiene horror á lo nuevo al igual de un concilio; pero cuanto más se vuelve hácia lo pasado más nos refleja el porvenir, y más, por consiguiente, debemos creer en su inspiracion; porque los verdaderos profetas son los que no comprenden lo que anuncian. Escuchad ante todo:

¿Cuáles son, ha dicho la Academia, *las más útiles aplicaciones que pueden hacerse del principio de la*

asociacion voluntaria y privada para el alivio de la miseria?

Y despues:

Exponer la teoría y los principios del contrato de seguros, hacer su historia, y deducir de la doctrina de los hechos el desarrollo de que sea susceptible este contrato, y las diversas aplicaciones útiles que de él puedan hacerse en el estado de progreso en que se encuentran actualmente nuestro comercio y nuestra industria.

Convienen los publicistas en que el seguro, forma rudimentaria de la asociacion comercial, es una asociacion en las cosas, *societas in re*, es decir, una sociedad cuyas condiciones, fundadas en relaciones puramente económicas, escapan á la arbitrariedad del hombre. De suerte que una filosofía del seguro ó de la garantía mútua de los intereses, que se dedujese de la teoría general de las sociedades reales, *in re*, contendria la fórmula de la conciencia universal, en que no cree ningun académico. Y cuando, reuniendo en un mismo punto de vista el sugeto y el objeto, pide la Academia, al lado de una teoría sobre la asociacion de los intereses, otra sobre la asociacion voluntaria, nos revela lo que ha de ser la sociedad más perfecta, y afirma por ahí todo lo más contrario á sus convicciones. ¡Libertad, igualdad, solidaridad, asociacion! ¿Por qué inconcebible yerro un cuerpo tan eminentemente conservador ha propuesto á los ciudadanos ese nuevo programa de los derechos del hombre? Así Caifás profetizaba la redencion negando á Jesucristo.

Sobre la primera de estas cuestiones ha recibido la Academia, en dos años, cincuenta y cinco memorias: prueba de que el tema estaba maravillosamente acomodado al estado de los ánimos. Pero no habiendo sido ninguna considerada digna de premio, la Aca-

demia ha retirado la cuestion, alegando la insuficiencia de los concurrentes, pero en realidad porque no habiéndose propuesto otro objeto que el que el concurso no tuviera éxito, le convenia, sin esperar más, declarar desnudas de fundamento las esperanzas de los partidarios de la asociacion.

Así pues, esos señores de la Academia desmienten en su salon de sesiones lo que han anunciado desde el trípode. No me admira una contradiccion tal, y líbreme Dios de imputárseles á crímen. Creian los antiguos que las revoluciones se anunciaban con signos espantosos, y que entre otros prodigios los animales hablaban. Era esta una figura con la que designaban esas ideas repentinas y esas palabras extrañas que circulan de improviso por las masas en los momentos de crísis, y parecen haber venido sin antecedentes humanos: tanto se apartan del círculo del juicio comun. En la época en que vivimos no podia dejar de reproducirse el fenómeno. Despues de haber proclamado la asociacion, por un instinto fatídico y una espontaneidad maquinal, *pecudesque locutæ*, esos señores de la Academia de Ciencias morales y políticas han recobrado su prudencia de costumbre, viniendo la rutina á desmentir su inspiracion. Sepamos, pues, discernir los avisos del cielo de los juicios interesados de los hombres, y tengamos por cierto que en los discursos de los sabios, lo principalmente indudable, es aquello en que ha tenido ménos parte su reflexion.

La Academia, con todo, rompiendo tan bruscamente con sus instituciones, parece haber sentido remordimientos. En lugar de una teoría de la asociacion en que cuando reflexiona no cree, pide un *Exámen crítico del sistema de instruccion y de educacion de Pestalozzi, considerado principalmente en sus relaciones con el bienestar y la moralidad de las clases*

pobres. ¿Quién sabe? puede que la relacion de los beneficios á los salarios, la asociacion, la organizacion del trabajo, parezcan al fin en el fondo de un sistema de enseñanza. La vida del hombre, ¿no es acaso un perpétuo aprendizaje? La filosofía y la religion, ¿no constituyen acaso la educacion de la humanidad? Organizar la instruccion sería por lo tanto organizar la industria y hacer la teoría de las sociedades: la Academia, en sus intervalos lúcidos, vuelve siempre á esta misma idea.

¿Qué influencia ejercen sobre la moralidad de un pueblo, habla aún la Academia, *los progresos y el gusto por el bienestar material?*

Tomada en su más notorio sentido, esa nueva cuestion de la Academia es banal y propia á lo más para ejercitar las facultades de un retórico. Pero la Academia, que ha de ignorar hasta el fin el sentido revolucionario de sus oráculos, ha descorrido la cortina en su glosa. ¿Qué cosas tan profundas habrá visto en esa tésis epicúrea?

« El gusto por el lujo y los goces, nos dice, el singular amor que por ellos siente la mayor parte de los hombres, la tendencia de las almas y la inteligencia á no preocuparse de otra cosa, el acuerdo entre los particulares y el ESTADO para hacer de ellos el móvil y el objeto de todos sus proyectos, de todos sus esfuerzos y de todos sus sacrificios, engendran sentimientos generales é individuales que, buenos ó nocivos, son principios de accion quizá más poderosos que los que en otros tiempos han dominado á los hombres. »

No se habia jamás ofrecido á los moralistas mejor coyuntura para denunciar el sensualismo del siglo, la venalidad de las conciencias y la corrupcion erigida en medio de gobierno; mas en lugar de esto, ¿qué hace la Academia de Ciencias morales? Con la

más automática calma del mundo establece una série en que el lujo, proscrito durante tanto tiempo por los estóicos y los ascetas, esos maestros de santidad, ha de aparecer á su vez como un principio de conducta tan legítimo, tan puro y tan grande como todos los invocados en otro tiempo por la religion y la filosofía. Determinad, nos dice, los móviles de accion (sin duda ya viejos y gastados) á que sucede providencialmente en la historia el DELEITE; y por los resultados de los primeros, calculad los efectos del último. Probad, en una palabra, que Aristipo no ha hecho más que adelantarse á su siglo, y que su moral debia tener su dia de triunfo, como la de Zenon y la de A. Kempis.

Tenemos, pues, que entendérnosla con una sociedad que no quiere ya ser pobre; que se burla de todo lo que le fué un tiempo querido y sagrado, la libertad, la religion y la gloria, ínterin no tiene la riqueza; que para obtenerla arrostra toda clase de afrentas y se hace cómplice de toda clase de bajezas; y sin embargo, esa ardiente sed de placeres, esa irresistible voluntad de llegar al lujo, síntoma de un nuevo período de la civilizacion, es el supremo mandato en cuya virtud hemos de trabajar por la expulsion de la miseria: nos lo dice así la Academia. ¿Qué vienen á ser despues de esto el precepto de la expiacion y de la abstinencia, la moral del sacrificio, de la resignacion y de la afortunada medianía? ¡Qué manera de desconfiar de las compensaciones celestiales en otra vida, y que mentís al Evangelio! Y sobre todo, ¡qué manera de justificar un gobierno que ha tomado la llave de oro por sistema! ¿Cómo hombres religiosos, cristianos, sénecas, han podido proferir de una vez tantas máximas inmorales?

La Academia, completando su pensamiento, vá á contestarnos.

Demostrad cómo los progresos de la justicia crimi-

nal, en la persecucion y el castigo de los atentados contra las personas y las propiedades, siguen y marcan las épocas de la civilizacion desde el estado salvaje hasta el de los pueblos más cultos.

¿Se cree que los criminalistas de la Academia de Ciencias morales han previsto la conclusion de sus premisas? El hecho que se trata de estudiar en cada uno de sus períodos, é indica la Academia con las palabras *progresos de la justicia criminal*, no es otra cosa que la progresiva blandura que se manifiesta, ya en la forma de los procedimientos criminales, ya en la penalidad, á medida que la civilizacion aumenta en libertad, luz y riqueza. De suerte que siendo el principio de las instituciones represivas inverso de todos los que constituyen el bienestar de las sociedades, hay una constante eliminacion de todas las partes constitutivas del sistema penal, así como de todo el aparato judiciario; y la última conclusion de ese movimiento es que ni el terror ni los suplicios son la sancion del órden, y por consecuencia, ni la religion ni el infierno.

¡Qué trastorno tan considerable de las ideas hasta aquí admitidas! ¡Qué negacion tan absoluta de todo lo que tiene la tarea de defender la Academia de Ciencias morales y políticas! Mas si la sancion del órden no está ya en el temor de un castigo que hay que sufrir, ya en esta, ya en otra vida, ¿dónde están las garantías protectoras de las personas y de las propiedades? ó por mejor decir, sin instituciones represivas, ¿qué vá á ser de la propiedad? y sin la propiedad, ¿qué vá á ser de la familia?

La Academia, que no sabe nada de todo esto, responde sin afectarse:

Trazadme las diversas fases por que ha pasado en Francia la organizacion de la familia, desde los tiempos antiguos hasta nuestros dias.

Lo cual significa: Determinad por los anteriores progresos de la organizacion de la familia las condiciones de existencia de la misma, dadas la igualdad de fortunas, la asociacion voluntaria y libre, una solidaridad universal, el bienestar físico y el lujo, el órden público sin cárceles, jurado, policía ni verdugos.

No faltará, tal vez, quien extrañe que despues de haber puesto en tela de juicio, al par de los más audaces innovadores, todos los principios del órden social, la religion, la familia, la propiedad, la justicia, no haya la Academia de Ciencias morales y políticas propuesto tambien este problema: *¿Cuál es la mejor forma de gobierno?* El Gobierno es, en efecto, para la sociedad la fuente de que dimana toda iniciativa, toda garantía, toda reforma. Era, pues, interesante saber si el Gobierno, tal como está formulado en la Constitucion, bastaba para la solucion práctica de las cuestiones de la Academia.

Pero sería conocer mal los oráculos, imaginarse que proceden por induccion y análisis. Precisamente porque el problema político era una induccion ó corolario de las demostraciones que deseaba, no podia la Academia hacerlo objeto de un concurso. Una conclusion tal le habria abierto los ojos, y sin esperar las memorias de los concurrentes se habria apresurado á suprimir por entero su programa. La Academia ha vuelto á tomar la cuestion de más arriba, y se ha dicho:

Las obras de Dios son bellas por su propia esencia, *justificata in semetipsa:* son verdaderas, en una palabra, porque son suyas. Los pensamientos del hombre se parecen á espesos vapores, cruzados por largos y estrechos relámpagos: *¿Qué es, pues, la verdad con relacion á nosotros mismos, y cuál es el carácter de la certidumbre?*

Lo cual es como si la Academia nos dijera: Verifi-

careis la hipótesis de vuestra existencia, la hipótesis de la Academia que os interroga, la hipótesis del tiempo, del espacio, del movimiento, del pensamiento y de las leyes del pensamiento. Y luégo verificareis la hipótesis del pauperismo, la hipótesis de la desigualdad de condiciones, la hipótesis de la asociacion universal, la hipótesis de la felicidad, la hipótesis de la monarquía y de la república, la hipótesis de una providencia.

Esto es toda una crítica de Dios y del género humano.

Apelo al programa de tan respetable compañía: no soy yo quien he fijado las condiciones de mi trabajo, sino la Academia de Ciencias morales y políticas. ¿Y cómo he de poder yo llenar estas condiciones si no estoy tampoco dotado de infalibilidad, en una palabra, si no soy Dios ó adivino? La Academia admite, por lo que se vé, que la divinidad y la humanidad son idénticas, ó por lo ménos, correlativas; pero se trata de saber en qué consiste esa correlacion: tal es el sentido del problema de la certidumbre: tal es el objeto de la filosofía social.

Así pues, en nombre de la sociedad que Dios inspira, una Academia interroga.

En nombre de la misma sociedad, yo soy uno de los videntes que van á ver si contestan. Inmensa es la tarea y no me prometo acabarla; pero iré hasta donde Dios me permita. Cualesquiera que sean con todo mis palabras, no proceden de mi inteligencia: el pensamiento que hace correr mi pluma no me es personal, y no me es imputable nada de lo que escriba. Contaré los hechos todos como los haya visto; los juzgaré por lo que de ellos haya escrito; llamaré cada cosa por su nombre más enérgico, y nadie podrá darse por ofendido. Examinaré libremente y por las reglas de adivinacion que he aprendido, qué es

lo que exige de nosotros el consejo divino que nos viene en estos momentos por la boca elocuente de los sábios, y los inarticulados acentos del pueblo; y áun cuando niegue todas las prerogativas consagradas por nuestra constitucion, no seré faccioso. Señalaré con el dedo á dónde nos empuja el invisible aguijon, y no serán irritantes ni mi accion ni mis palabras. Provocaré la nube, y áun cuando haga caer de ella el rayo, seré inocente. En esta informacion solemne á que me incita la Academia, tengo algo más que el derecho de decir la verdad; tengo el derecho de decir lo que pienso: ¡ojalá que mi pensamiento, la manera de expresarlo y la verdad, sean siempre una misma cosa!

Y tú, lector, porque no hay escritor sin lectores; tú entras por la mitad en mi obra. Sin tí, yo no soy más que un bronce sonoro; con el favor de tu atencion, diré maravillas. ¿Ves ese torbellino que pasa y se llama SOCIEDAD, torbellino de que brotan con terrible brillo y estruendo relámpagos, truenos, voces? Quiero hacerte tocar con el dedo los ocultos resortes que la mueven; mas para esto es preciso que te reduzcas, cuando te lo mande, al estado de pura inteligencia. Los ojos del amor y del placer son impotentes para reconocer la belleza en un esqueleto, la armonía en entrañas expuestas al aire, la vida en una sangre negra y coagulada: así los secretos del organismo social son letra muerta para el hombre cuyo cerebro esté ofuscado por sus pasiones y sus preocupaciones. Sublimidades tales no se hacen visibles sino en medio de una silenciosa y fria contemplacion. Permíteme, pues, que ántes de abrir á tu vista las hojas del libro de la vida, prepare tu alma por medio de esa purificacion escéptica que reclamaron en todos tiempos de sus discípulos los grandes maestros de los pueblos, Sócrates, Jesucristo, San

Pablo, San Remigio, Bacon, Descartes, Galileo, Kant, etc.

Quien quiera que tú seas, ora vayas cubierto con los harapos de la miseria, ora vestido con los suntuosos trajes del lujo, te restituyo á esa luminosa desnudez que no empañan ni los humos de la opulencia, ni los tósigos de la envidiosa pobreza. ¿Cómo persuadir al rico á que la diferencia de condiciones procede de un error de cuenta, ni cómo el pobre en su miseria podrá creer que el propietario posee de buena fé? Enterarse de los sufrimientos del trabajador es para el ocioso la más insoportable de las distracciones, del mismo modo que hacer justicia al afortunado es para el miserable el más amargo de los brevajes.

¿Estás tú constituido en dignidad? yo te destituyo y te hago de nuevo libre. Hay demasiado optimismo bajo ese uniforme de ordenanza, demasiada subordinacion, demasiada pereza. La ciencia exige la insurreccion del pensamiento, y el pensamiento del alto empleado es su sueldo.

Tu novia, bella, apasionada, artista, no está, me complazco en creerlo, sino enamorada de tí. Esto quiere decir que tu alma, tu ingenio, tu conciencia, han pasado al más encantador objeto de lujo que la naturaleza y el arte hayan producido para eterno suplicio de los fascinados mortales. Te separo de esa divina mitad de tí mismo, porque es hoy demasiado querer la justicia y amar á una mujer. Para pensar con claridad y grandeza, es preciso que el hombre desdoble su naturaleza y quede bajo su hipóstasis masculina. Por otra parte, en el estado en que te he puesto, tu novia no te conoceria: acuérdate de la mujer de Job.

¿Qué religion es la tuya?.... Olvida tu fé y hazte, por sabiduría, ateo.—¡Cómo! dirás, ¿ateo á pesar de

tu hipótesis?—No á pesar, sino á causa de mi hipótesis. Es preciso haber tenido largo tiempo el pensamiento levantado por encima de las cosas divinas para gozar del derecho de suponer una personalidad más allá del hombre, una vida más allá de esta vida. Por lo demás, no temas por tu salvacion. Dios no se enoja contra el que le desconoce por efecto de su razon, como no se acuerda del que le adora sobre palabra ajena; y en el estado de tu conciencia, lo más seguro para tí es no pensar nada de Dios. ¿No ves que sucede con las religiones como con los gobiernos, y la más perfecta sería, por lo tanto, la negacion de todas? No se deje, pues, cautivar tu alma por ninguna fantasía política ni religiosa: no existe otro medio para no ser hoy ni renegado ni víctima. ¡Ah! decia yo en los dias de mi entusiasta juventud, ¿será posible que no oiga tocar á las segundas vísperas de la República, ni cantar á la manera dórica por nuestros sarcedotes, vestidos de blancas túnicas, el himno del regreso: *Cambia, oh Dios, nuestra servidumbre, como el viento del desierto, en soplo refrigerante?*... Pero he desesperado de los republicanos, y no conozco ya ni religion ni sacerdotes.

Quisiera aún, para hacer más seguro tu juicio, hacerte el alma insensible á la piedad, superior á la virtud, indiferente á la dicha. Pero sería exigir demasiado de un neófito. Acuérdate tan sólo, y no te olvides jamás, de que la piedad, la dicha y la virtud, así como la patria, la religion y el amor, son máscaras.....

SISTEMA

DE

LAS CONTRADICCIONES

ECONÓMICAS

ó

FILOSOFÍA DE LA MISERIA

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA CIENCIA ECONÓMICA

§ I.—Oposicion del *hecho* y del *derecho* en la economía de las sociedades.

Yo admito la REALIDAD de una ciencia económica. Esta proposicion, hoy puesta en duda por pocos economistas, es tal vez la más atrevida que haya podido sostener un filósofo; y por lo ménos, así lo espero, el curso de estas investigaciones probará que el mayor esfuerzo del espíritu humano será un dia haberla demostrado.

Admito, por otra parte, la *certidumbre absoluta*, al mismo tiempo que el *carácter progresivo* de la ciencia económica, que entre todas las ciencias es, á mi modo de ver, la más comprensiva, la más pura y la mejor formulada en hechos: nueva proposicion que hace de esa ciencia una lógica ó metafísica *in*

concreto, y cambia radicalmente las bases de la antigua filosofía. La ciencia económica, en otros términos, es para mí la forma objetiva y la realizacion de la metafísica, la metafísica en accion, la metafísica proyectada sobre el plano perdido del tiempo; de modo que cualquiera que se ocupe de las leyes del trabajo y del cambio, es real y esencialmente metafísico.

Despues de lo dicho en el *prólogo*, esto no tiene nada de sorprendente. El trabajo del hombre es la continuacion de la obra de Dios, que con crear todos los séres no ha hecho más que realizar exteriormente las leyes eternas de la razon. La ciencia económica es, pues, necesariamente y á la vez una teoría de las ideas, una teología natural y una psicología. Esta observacion general habria bastado por sí sola para explicar por qué, teniendo que tratar de materias económicas, habia de suponer préviamente la existencia de Dios, y con qué título yo, simple economista, aspiro á resolver el problema de la certidumbre.

Pero, impaciente estoy por decirlo, no miro como ciencia el incoherente conjunto de teorías á que se ha dado desde hace unos cien años el nombre *oficial* de *economía política*, conjunto que á pesar de la etimología del nombre no es aún más que el código ó la rutina inmemorial de la propiedad. Esas teorías no contienen sino los rudimentos ó la primera seccion de la ciencia económica; y este es el motivo por qué, del mismo modo que la de la propiedad, son todas contradictorias entre sí y la mitad del tiempo inaplicables. La prueba de este aserto, que es en cierto sentido la negacion de la economía política tal como nos la han trasmitido A. Smith, Ricardo, Malthus y J. B. Say, y tal como la vemos hace medio siglo, período en que no ha adelantado un paso, resultará particularmente de esta memoria.

La insuficiencia de la economía política la han reconocido en todos tiempos los hombres contemplativos que, sobradamente enamorados de sus elucubraciones para profundizar la práctica, y limitándose á juzgarla por sus resultados aparentes, han formado desde el orígen un partido de oposicion al *statu quo*, y se han consagrado á satirizar de una manera perseverante y sistemática la civilizacion y sus costumbres. En cambio la propiedad, base de todas las instituciones sociales, no careció nunca de defensores celosos que, gloriándose del título de *prácticos*, devolvieron golpe por golpe á los detractores de la economía política, y trabajaron valerosa y á veces hábilmente por consolidar el edificio que habian levantado de concierto la libertad individual y las preocupaciones generales. Esta controversia, áun hoy pendiente entre los conservadores y los reformistas, tiene por análoga en la historia de la filosofía la que medió entre los realistas y los nominalistas. Es casi inútil añadir que por una como por otra parte el error y la razon son iguales, y la sola causa de no entenderse ha sido la rivalidad, la estrechez y la intolerancia de las opiniones.

Así dos fuerzas se disputan hoy el gobierno del mundo, y se anatematizan con el furor de dos cultos hostiles: la economía política, ó la tradicion; y el socialismo, ó la utopia.

¿Qué es, pues, en términos más explícitos, la economía política? ¿Qué es el socialismo?

La economía política es la coleccion de las observaciones hechas hasta hoy sobre los fenómenos de la produccion y la distribucion de las riquezas, es decir, sobre las formas más generales, más espontáneas, y por consecuencia más auténticas del trabajo y del cambio.

Los economistas han clasificado de la mejor ma-

nera que han podido esas observaciones; han descrito los fenómenos y consignado sus accidentes y sus relaciones; han observado que estos fenómenos, en muchas circunstancias, presentaban cierto carácter de necesidad y les han dado el nombre de *leyes;* y ese conjunto de conocimientos recogidos de las manifestaciones, por decirlo así, más candorosas de la sociedad, ha venido á constituir la economía política.

La economía política es por lo tanto la historia natural de las costumbres, tradiciones, prácticas y rutinas más visibles y más universalmente acreditadas de la humanidad, en lo que se refiere á la produccion y á la distribucion de la riqueza. Como tal, la economía política se considera legítima de *hecho* y de *derecho:* de hecho, puesto que los fenómenos que estudia son constantes, espontáneos y universales; de derecho, puesto que esos fenómenos tienen en su favor la autoridad del género humano, que es la mayor autoridad posible. Así la economía política se califica de *ciencia*, es decir, de conocimiento razonado y sistemático de hechos regulares y necesarios.

El socialismo, que, parecido al dios Vichnou, siempre muere y siempre resucita, ha hecho habrá como veinte años su diezmilésima encarnacion en la persona de cinco ó seis reveladores, trata de anómala la constitucion presente de la sociedad, y por lo tanto todas sus constituciones anteriores. Pretende y prueba que el órden civilizado es ficticio, contradictorio é ineficaz, y engendra por sí solo la opresion, la miseria y el crímen. Acusa, por no decir calumnia, toda la historia de la vida social, y provoca con todas sus fuerzas la refundicion de las costumbres y de las instituciones.

El socialismo concluye declarando que la economía política es una hipótesis falsa, una lógica sofística inventada para cohonestar el beneficio de los más

por los ménos; y aplicando el apotegma *A fructibus cognoscetis*, acaba de demostrar la incompetencia y el ningun valor de la economía política por el cuadro de las calamidades humanas, de las que la hace responsable.

Mas si es falsa la economía política, falsa es tambien la jurisprudencia, que en todos los países es la ciencia del derecho y de la costumbre, puesto que, estando fundada en la distincion de lo tuyo y de lo mio, supone la legitimidad de los hechos descritos y clasificados por la economía política; falsas son aún las teorías de derecho público é internacional, con todas las varias especies de gobierno representativo, puesto que descansan en el principio de la apropiacion individual y de la soberanía absoluta de las voluntades.

El socialismo acepta todas estas consecuencias. Para él la economía política, considerada por muchos como la fisiología de la riqueza, no es más que la práctica organizada del robo y de la miseria; así como la jurisprudencia, decorada por los legistas con el nombre de razon escrita, tampoco es más que la compilacion de las reglas del bandolerismo legal y oficial, ó sea de la propiedad. Consideradas en sus relaciones esas dos pretendidas ciencias, la economía política y el derecho, constituyen, al decir del socialismo, la teoría completa de la iniquidad y de la discordia. Pasando luego de la negacion á la afirmacion, el socialismo opone al principio de propiedad el de asociacion, y se esfuerza por reconstituir de arriba abajo la economía social, es decir, por establecer un derecho nuevo, una política nueva, é instituciones y costumbres diametralmente opuestas á las formas antiguas.

Así la línea de demarcacion entre el socialismo y la economía política es clara y determinada, y la hostilidad flagrante.

La economía política tiende á la consagracion del egoismo; el socialismo á la exaltacion de la comunidad.

Los economistas, salvas algunas infracciones de sus principios, de las que creen deber acusar á los gobiernos, son optimistas respecto á los hechos realizados; los socialistas respecto á los hechos por realizar.

Los primeros dicen que lo que debe ser *es;* los segundos que *no es* lo que debe ser.—Por consecuencia, al paso que los primeros se presentan como defensores de la religion, del poder y de los demás principios contemporáneos y conservadores de la propiedad, por más que su crítica, no estando fundada más que en la razon, ataque no pocas veces sus propias preocupaciones; los segundos rechazan la autoridad y la fé, y apelan exclusivamente á la ciencia, por más que cierta religiosidad, del todo iliberal, y un desdén muy poco científico de los hechos, constituyan siempre el carácter más ostensible de sus doctrinas.

Por lo demás, ni unos ni otros dejan de acusarse recíprocamente de esterilidad é impericia.

Los socialistas piden cuenta á sus adversarios de la desigualdad de las condiciones, de esas orgías comerciales donde el monopolio y la concurrencia, en monstruoso consorcio, engendran eternamente el lujo y la miseria; acusan las teorías económicas, vaciadas siempre sobre lo pasado, de dejar el porvenir sin esperanza; presentan, en una palabra, el régimen de la propiedad como una alucinacion horrible, contra la cual protesta y forcejea la humanidad hace cuatro mil años.

Los economistas, por su parte, desafian á los socialistas á que formulen un sistema donde sea posible vivir sin propiedad, sin concurrencia y sin policía; prueban, documentos en mano, que todos los

proyectos de reforma han sido siempre sólo rapsodias de fragmentos tomados de ese mismo régimen tan denigrado por el socialismo, más claro, plagios de la economía política, fuera de la cual el socialismo es incapaz de concebir ni de formular una idea.

Cada dia aumentan los autos de ese grave proceso, y la cuestion se embrolla.

Mientras la sociedad marcha y tropieza, mientras la sociedad sufre y se enriquece siguiendo la rutina económica, los socialistas, desde Pitágoras, Orfeo y el impenetrable Hermes, trabajan por establecer su dogma en abierta contradiccion con la economía política. Se ha llegado hasta á hacer acá y acullá algunos ensayos de asociaciones en conformidad á sus miras; pero hasta aquí esas raras tentativas, perdidas en el océano propietario, no han producido resultados; y como si el destino hubiese resuelto agotar la hipótesis económica ántes de empezar la realizacion de la utopia socialista, el partido reformador se vé reducido á devorar los sarcasmos de sus adversarios esperando que le llegue el turno.

Hé aquí el estado del proceso. El socialismo denuncia sin tregua las maldades de la civilizacion, consigna dia por dia la impotencia de la economía política para satisfacer las atracciones armónicas del hombre, y presenta querella sobre querella; la economía política llena sus autos con los sistemas socialistas que pasan unos tras otros, y mueren desdeñados por el sentido comun. La perseverancia del mal alimenta las quejas de los unos, y los constantes descalabros de los reformistas dan materia á la maligna ironía de los otros. ¿Cuándo llegará el dia del fallo? El tribunal está vacío, y en tanto la economía política se aprovecha de su ventaja, y sin dar caucion continúa gobernando el mundo: *possideo quia possideo.*

Si de la region de las ideas bajamos á la realidad

de las cosas, el antagonismo nos aparecerá aún más amenazador, más grave.

En estos últimos años, cuando llamado el socialismo por largas tempestades, hizo entre nosotros su fantástica aparicion, los hombres que hasta entónces habian permanecido indiferentes y libres ante todo género de controversias, se refugiaron con espanto en las ideas monárquicas y religiosas, y fué maldecida y rechazada la democracia, á la que se acusaba de producir sus últimas consecuencias. Esa inculpacion de los conservadores á los demócratas era una calumnia. La democracia es por su naturaleza tan antipática á la idea socialista como incapaz de sustituir la monarquía, contra la cual está condenada á conspirar eternamente sin llegar jamás á destruirla. Esto es lo que pronto se vió, y podemos apreciar todos los dias por las protestas de la fé cristiana y propietaria de los publicistas demócratas, que desde entónces empezaron á verse abandonados por el pueblo.

Por otra parte, la filosofía no se mostró ni ménos extraña, ni ménos hostil al socialismo que la religion y la política.

Porque así como en el órden político la democracia tiene por principio la soberanía del número, y la monarquía la soberanía del principio; así como en las cosas de la conciencia la religion no es otra cosa que la sumision á un sér místico, llamado Dios, y al sacerdote que le representa; así como, por fin, en el órden económico la propiedad, es decir, el dominio exclusivo del individuo sobre los instrumentos de trabajo, es el punto de partida de las teorías; así la filosofía, tomando por base los pretendidos *à priori* de la razon, se ha visto fatalmente conducida á atribuir al solo yo la generacion y la autocracia de las ideas, y á negar el valor metafísico de la experien-

cia, es decir, á poner en todo, en lugar de la ley objetiva, la arbitrariedad, el despotismo.

Ahora bien, una doctrina nacida de improviso en el corazon mismo de la sociedad, sin antecedentes y sin antepasados, que rechazaba el principio de la arbitrariedad de todas las regiones de la sociedad y de la conciencia, y se sustituia como verdad única la relacion de los hechos; una doctrina que rompia con la tradicion y no consentia en servirse de lo pasado, sino como de un punto de apoyo para lanzarse á lo futuro; una doctrina tal, digo, no podia dejar de levantar contra sí las AUTORIDADES establecidas; y es fácil ver hoy cómo, á pesar de sus discordias intestinas, esas AUTORIDADES no constituyen más que una para combatir el mónstruo dispuesto á devorarlas.

A los jornaleros que se quejan de la insuficiencia del salario y de la incertidumbre del trabajo, la economía política les opone la libertad del comercio; á los ciudadanos que buscan las condiciones de la libertad y del órden, los ideólogos les presentan sistemas representativos; á las almas tiernas, que faltas ya de la antigua fé preguntan la razon y el objeto de su existencia, la religion les habla de los insondables decretos de la Providencia, y la filosofía les reserva la duda. ¡Siempre subterfugios! ¡Jamás ideas completas en que descansen el corazon y el entendimiento! El socialismo dice á voz en grito que es tiempo de hacer rumbo hácia la tierra firme y entrar en el puerto; y los antisocialistas contestan: «no hay puerto; la humanidad camina bajo la salvaguardia de Dios y la direccion de los sacerdotes, los filósofos, los oradores y los economistas: nuestra circunnavegacion es eterna.»

Así la sociedad se encuentra desde su orígen dividida en dos grandes partidos: el uno tradicional y esencialmente jerárquico, que segun su diverso

objeto toma sucesivamente el nombre de monarquía ó democracia, filosofía ó religion, en una palabra, propiedad; el otro que, resucitando á cada crísis de la civilizacion, se declara ante todo *anárquico* y *ateo*, es decir, refractario á toda autoridad divina y humana: este es el socialismo.

Ahora bien, la crítica moderna ha demostrado que en un conflicto de esta especie la verdad está, no en la exclusion de ninguno de los términos contrarios, sino tan sólo en la conciliacion de entrambos; que todo antagonismo, tanto en la naturaleza como en las ideas, se resuelve en un hecho más general, ó en una fórmula que pone de acuerdo los elementos contrarios, absorbiendo, por decirlo así, el uno y el otro. ¿No podríamos, por lo tanto, hombres de sentido comun, en tanto que esperamos la solucion que realizará, sin duda, el porvenir, prepararnos para esta gran transicion, por medio del análisis de las fuerzas en lucha, así como de sus cualidades positivas y negativas? Un trabajo de esta índole, hecho con exactitud y conciencia, ya que no nos condujese de golpe á la solucion, tendria cuando ménos la inapreciable ventaja de revelarnos las condiciones del problema, y ponernos por ahí en guardia contra toda utopia.

¿Qué hay, pues, de necesario y de verdadero en la economía política? ¿A dónde vá? ¿Qué puede? ¿qué nos quiere? Esto es lo que me propongo demostrar en esta obra. ¿Qué vale por otra parte el socialismo? Nos lo dirán esas mismas investigaciones.

Porque, puesto que al fin y al cabo el socialismo y la economía política persiguen un mismo objeto, á saber, la libertad, el órden y el bienestar entre los hombres, es evidente que las condiciones que hay que llenar, ó en otros términos, las dificultades que hay que vencer para alcanzar ese objeto, no pueden

ménos de ser para los dos las mismas, y no hay ya más que pesar los medios intentados ó propuestos por una como por otra parte. Mas como por otro lado sólo la economía política ha podido hasta aquí convertir sus ideas en actos, y el socialismo apenas ha hecho más que entregarse á una perpétua sátira, no es ménos óbvio que, con apreciar el mérito de los trabajos económicos, tendremos reducidos á un justo valor las declaraciones socialistas; de suerte que nuestra crítica, especial en la apariencia, podrá tomar conclusiones absolutas y definitivas.

Antes de entrar á fondo en el exámen de la economía política, es indispensable hacer entender mejor esto por medio de algunos ejemplos.

§ II.—Insuficiencia de las teorías y de las críticas.

Empecemos por hacer una observacion importante: los contendientes están de acuerdo en apelar á una autoridad comun, que cada cual cree tener de su parte, la CIENCIA.

Platon, utopista, organizaba su república ideal en nombre de la ciencia, que por modestia y eufemismo llamaba filosofía. Aristóteles, práctico, refutaba la utopia de Platon en nombre de la filosofía misma. Tal es la marcha de la guerra social desde Platon y Aristóteles. Los socialistas modernos se suponen todos al servicio de la ciencia una é indivisible, aunque sin poder ponerse de acuerdo ni sobre el contenido, ni sobre los límites, ni sobre el método de esta ciencia. Los economistas, por su parte, sostienen que la ciencia social no es más que la economía política.

Trátase, pues, por de pronto de conocer lo que pueda ser una ciencia de la sociedad.

La ciencia, en general, es el conocimiento razonado y sistemático de lo que ES.

Aplicando esta nocion fundamental á la sociedad, diremos: La ciencia social es el conocimiento razonado y sistemático, no de lo que *ha sido* la sociedad, ni tampoco de lo que *será*, sino de lo que ES en el curso todo de su vida, es decir, en el conjunto de sus manifestaciones sucesivas: sólo en esto puede haber razon y sistema. La ciencia social debe abrazar el órden humanitario, no sólo en tal ó cual período de su duracion, ni en tales ó cuales de sus elementos, sino tambien en todos sus principios y en la integridad de su existencia, como si la evolucion social, extendida por el tiempo y el espacio, se encontrase de repente reunida y fijada en un estado que mostrase la série de las edades y el curso de los fenómenos, y permitiese por ahí descubrir su encadenamiento y su unidad. Tal debe ser la ciencia de toda realidad viviente y progresiva, y tal es incontestablemente la ciencia social.

Podria suceder, por lo tanto, que la economía social, á pesar de su tendencia individualista y de sus afirmaciones exclusivas, fuese una parte constitutiva de la ciencia social, en la que los fenómenos que describe viniesen á ser como los piquetes primordiales de una vasta triangulacion, y como los elementos de un todo orgánico y complejo. Bajo este punto de vista el progreso de la humanidad, yendo de lo simple á lo compuesto, estaria enteramente conforme con la marcha de las ciencias, y los hechos discordantes y tan frecuentemente subversivos que constituyen hoy el fondo y el objeto de la economía política, deberian ser considerados como otras tantas hipótesis particulares realizadas sucesivamente por la humanidad, en vista de otra superior, cuya realizacion resolveria todas las dificultades, y, sin derogar la economía política, vendria á dar satisfaccion al socialismo. Porque, como he dicho

en el prólogo, en ningun caso podemos admitir que la humanidad se engañe, cualquiera que sea la forma en que se exprese.

Aclaremos esto por medio de hechos.

La cuestion hoy más controvertida es, sin disputa, la *organizacion del trabajo.*

Como San Juan Bautista predicaba en el desierto: *Haced penitencia*, los socialistas van vociferando por todas partes esa novedad, vieja como el mundo: *Organizad el trabajo;* sin que puedan jamás decir qué debe ser, segun ellos, esta organizacion. Como quiera que sea, los economistas han creido ver en ese clamoreo socialista una injuria á sus teorías: era esto, en efecto, como si se les echase en cara que ignoran lo primero que deberian haber conocido, el trabajo. Han contestado á la provocacion de sus adversarios sosteniendo por de pronto que el trabajo está organizado, y no hay otra organizacion del trabajo que la libertad de producir y cambiar, ya por su cuenta personal, ya en compañía de otros, caso en el cual está prescrita por los Códigos civil y de comercio la marcha que debe seguirse. Mas luégo, como este argumento no sirviese más que para hacer soltar la carcajada á sus adversarios, han tomado la ofensiva, y haciendo ver que los mismos socialistas no entendian una palabra de esa organizacion que agitaban como un espantajo, han concluido por decir que no era esta sino una nueva quimera del socialismo, una palabra vacía de sentido, un absurdo. Los escritos más recientes de los economistas están llenos de esos implacables juicios.

Es, sin embargo, cierto que las palabras *organizacion del trabajo* presentan un sentido tan claro y tan racional como las de organizacion del taller, organizacion del ejército, organizacion de la policía, organizacion de la caridad, organizacion de la guerra.

Bajo este aspecto es deplorablemente irracional la polémica de los economistas.—No es ménos cierto que la organizacion del trabajo no puede ser una utopia ni una quimera; porque desde el momento en que el trabajo, condicion suprema de la civilizacion, existe, no puede ménos de estar sometido á una organizacion tal como la presente, que pueden encontrar muy buena los economistas, pero que encuentran los socialistas detestable.

Contra la proposicion de organizar el trabajo, formulada por los socialistas, no vendria á quedar por consecuencia sino la excepcion perentoria de que el trabajo está ya organizado. Pero esto es del todo insostenible, puesto que es notorio que en el trabajo, la oferta, la demanda, la division, la cantidad, las proporciones, el precio, la garantía, todo, absolutamente todo está por regularizar; todo está entregado á los caprichos del libre arbitrio, es decir, de la suerte.

Nosotros, guiados por la idea que nos hemos formado de la ciencia social, sostendremos, contra los socialistas y contra los economistas, no que *conviene organizar el trabajo*, ni que *está organizado*, sino que *se organiza*.

El trabajo, decimos, se organiza, es decir, está en vias de organizarse desde el principio del mundo, y seguirá organizándose hasta el fin. La economía política nos enseña los primeros rudimentos de esta organizacion; pero el socialismo tiene razon al decir que en su forma actual es una organizacion insuficiente y transitoria. La tarea de la ciencia está toda en buscar incesantemente, en vista de los resultados obtenidos y de los fenómenos que se van produciendo, cuáles son las innovaciones inmediatamente realizables.

El socialismo y la economía política, haciéndose

una guerra burlesca, persiguen, pues, en el fondo la misma idea, la organizacion del trabajo.

Pero son ambos infieles á la ciencia y la calumnian recíprocamente, cuando por una parte la economía política, tomando por ciencia sus girones de teoría, se niega á todo progreso ulterior, y cuando por otra el socialismo, abandonando la tradicion, tiende á constituir la sociedad sobre bases que no son para encontradas.

Así el socialismo no es nada sin una crítica profunda y un desarrollo incesante de la economía política. Para aplicar aquí el célebre aforismo de la escuela, *Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu*, no hay nada en las hipótesis socialistas que no se encuentre en las prácticas económicas. En cambio, la economía política no es más que una impertinente rapsodia, desde el momento en que declara absolutamente válidos los hechos recogidos por Adam Smith y J. B. Say.

Otra cuestion, no ménos controvertida que la anterior, es la de la *usura* ó del préstamo con interés.

La usura ó, como si dijéramos, el precio del uso, es todo género de emolumentos que saca el propietario del préstamo de su cosa. *Quidquid sorti accrescit usura est*, dicen los teólogos. La usura, fundamento del crédito, se presenta en primer lugar entre los resortes que la espontaneidad social pone en juego para organizarse, resorte cuya análisis basta para descubrir las leyes profundas de la civilizacion. Los antiguos filósofos y los Padres de la Iglesia, que es preciso considerar aquí como los representantes del socialismo en los primeros siglos de la era cristiana, por una inconsecuencia singular, que procedia de la pobreza de las nociones económicas de su tiempo, admitian el arrendamiento y condenaban el interés del dinero; porque el dinero, segun ellos, era im-

productivo. Distinguian, por consiguiente, el préstamo de las cosas que se consumen por el uso, en cuyo número ponian el dinero, del de las que, sin consumirse, aprovechan al que las usa por lo que producen.

Los economistas no tuvieron gran trabajo en demostrar, generalizando la nocion de arrendamiento, que en la economía de la sociedad la accion del capital, ó sea su productividad, es la misma, ya se le consuma en salarios, ya se le aplique á servir sólo de instrumento, y se hacía por consecuencia preciso ó proscribir el arrendamiento de la tierra, ó admitir el interés del dinero, puesto que lo uno y lo otro eran, bajo un mismo título, la recompensa del privilegio, la indemnizacion del préstamo. Más de quince siglos se necesitaron, con todo, para hacer aceptar esta idea y tranquilizar las conciencias asustadas por los anatemas del catolicismo contra la usura. Mas al fin la evidencia y la opinion general estuvieron por los usureros, y éstos ganaron la batalla contra el socialismo, resultando de esa especie de legitimacion de la usura para la sociedad ventajas tan incontestables como inmensas. En esto el socialismo, que habia intentado generalizar la ley escrita por Moisés sólo para los israelitas, *Non fæneraberis proximo tuo, sed alieno*, fué batido por una idea que habia aceptado de la rutina económica, es decir, la idea de arrendamiento, elevada á la teoría de la productividad del capital.

Pero los economistas á su vez fueron ménos felices, cuando más tarde se les retó para que justificasen el arriendo en sí mismo, y estableciesen esa teoría de la productividad de los capitales. Puede muy bien decirse que en este punto han perdido todo lo que ántes habian ganado contra el socialismo.

Sin duda alguna, soy el primero en reconocerlo,

el arriendo de la tierra, del mismo modo que el del dinero y el de todo valor mueble ó inmueble, es un hecho espontáneo y universal, que tiene su orígen en lo más profundo de nuestra naturaleza, y llega á ser pronto, en virtud de su normal desarrollo, uno de los más poderosos resortes de la organizacion. Probaré hasta que el interés del capital no es más que la materializacion del aforismo: *todo trabajo debe dejar un sobrante.* Mas frente á frente de esa teoría, ó por mejor decir de esa ficcion de la productividad del capital, se levanta otra teoría no ménos cierta, que en estos últimos tiempos ha impresionado á los más hábiles economistas, y es que todo valor nace del trabajo y se compone esencialmente de salarios, ó, en otros términos, que no hay riqueza que proceda originariamente del privilegio ni tenga valor más que por la forma, y por consecuencia que el trabajo es entre los hombres el único manantial de la renta. ¿Cómo, pues, conciliar la teoría del arrendamiento ó de la productividad del capital, teoría confirmada por la práctica de todos los pueblos, que la economía política en su calidad de rutinaria no puede ménos de aceptar, sin que pueda jamás justificarla, con esa otra teoría que nos presenta el valor compuesto normalmente de salarios, y conduce fatalmente, como lo demostraremos, á la igualdad en las sociedades del producto neto y del producto bruto?

Los socialistas no han dejado escapar la ocasion. Apoderándose del principio de que el trabajo es el orígen de toda renta, se han puesto á pedir cuenta á los poseedores de capitales, de sus arriendos y de sus demás emolumentos; y así como los economistas habian ganado la primera victoria, generalizando bajo una expresion comun el arriendo y la usura, los socialistas han tomado la revancha, haciendo desaparecer, bajo el principio áun más general del tra-

bajo, los derechos señoriales del capital. La propiedad ha sido demolida de arriba abajo, y los economistas no han encontrado otro medio que el de guardar silencio. El socialismo, empero, en la imposibilidad de detenerse en la mitad de la pendiente, ha resbalado y caido hasta en los últimos confines de la utopia comunista; y á falta de una solucion práctica, la sociedad está reducida á no poder ni justificar su tradicion, ni entregarse á ensayos cuya ménos funesta consecuencia sería hacerla retroceder de algunos miles de años.

En situacion tal, ¿qué prescribe la ciencia?

No es, á buen seguro, que nos detengamos en un punto medio arbitrario, indeterminable, imposible; sino que generalicemos más y descubramos un tercer principio, un hecho, una ley superior que explique la ficcion del capital y el mito de la propiedad, y lo concilie con la teoría que atribuye al trabajo el orígen de toda riqueza. Esto es lo que debia haber emprendido el socialismo si hubiese procedido lógicamente. La teoría de la productividad real del trabajo y la de la productividad ficticia del capital son, en efecto, la una y la otra esencialmente económicas. El socialismo se ha limitado á poner de manifiesto su contradiccion, sin sacar nada de la experiencia ni de la dialéctica, por estar á lo que parece tan desprovisto de la una como de la otra, y esta ha sido su falta. Dentro de los buenos procedimientos, el litigante que acepte para algo la autoridad de un título, debe aceptarla para todo: no es lícito dividir en dos los documentos ni las declaraciones testificales. ¿Podia el socialismo declinar la autoridad de la economía política respecto de la usura, cuando se apoyaba en esta misma autoridad respecto á la manera de descomponer el valor? No, por cierto. Todo lo que podia exigir en un caso tal el socialismo era, ó que se obli-

gase á la economía política á conciliar sus teorías, ó se le encargase á él de tan espinosa tarea.

Cuanto más se profundiza esos solemnes debates, más parece que todo el pleito procede de que una de las partes se niega á ver, y la otra á moverse.

Es un principio de derecho público entre nosotros, que nadie puede ser privado de su propiedad sino por causa de utilidad general, y mediante una justa y prévia indemnizacion.

Este principio es eminentemente económico, porque de una parte supone el dominio eminente del ciudadano expropiado, cuya adhesion, segun el espíritu democrático del pacto social, no puede ménos de presuponerse; y de otra la indemnizacion, ó sea el precio del inmueble expropiado, se regula, no por el valor intrínseco del objeto, sino por la ley general del comercio, que es la opinion, es decir, la oferta y la demanda. La expropiacion hecha en nombre de la sociedad puede ser asimilada á un contrato de conveniencia, consentido por cada uno respecto de todos. No sólo, por lo tanto, se ha de pagar el precio, sino tambien la conveniencia misma, y así es en efecto como se valúa la indemnizacion. Si los jurisconsultos romanos hubiesen visto esta analogía, habrian sin duda vacilado ménos sobre la expropiacion por causa de utilidad pública.

Tal es, pues, la sancion del derecho social de expropiar: la indemnizacion.

Ahora bien, en la práctica no sólo no se aplica el principio de expropiacion siempre que se debiera, sino que hasta es imposible que así sea. Así, la ley que ha creado los ferro-carriles, ha prescrito la indemnizacion de los terrenos que los rails ocupan, y nada ha hecho por esa multitud de industrias que alimentaban los trasportes por ruedas, industrias cuyas pérdidas excederán en mucho al valor de los ter-

renos reembolsados á los propietarios. Así tambien, cuando se trató de indemnizar á los fabricantes de azúcar de remolacha, no se ocurrió á nadie que el Estado debiese indemnizar tambien esa multitud de jornaleros y empleados que hacía vivir esa industria, é iban quizás á encontrarse reducidos á la indigencia. Es, sin embargo, cierto, atendida la nocion del capital y la teoría de la produccion, que del mismo modo que el poseedor territorial á quien el ferro-carril priva de su instrumento de trabajo tiene derecho á ser indemnizado, derecho tiene á otro tanto el industrial cuyos capitales esteriliza el mismo camino. ¿De qué depende, pues, que no se le indemnice? ¡Ay! de que indemnizar es imposible. Con ese sistema de justicia y de imparcialidad, las sociedades se verian no pocas veces en la imposibilidad de obrar, y volverian á la inmovilidad del derecho romano. ¡Es indispensable que haya víctimas!... Se ha abandonado por consecuencia el principio de indemnizacion; hay bancarrota inevitable del Estado para con una ó muchas clases de ciudadanos.

En esto llegan los socialistas; echan en cara á la economía política que no sabe sino sacrificar el interés de las masas y crear privilegios; y luégo, haciendo ver en la ley de expropiacion el rudimento de una ley agraria, van á parar bruscamente á la expropiacion universal, es decir, á la produccion y al consumo en comun.

Pero aquí el socialismo vuelve á caer de la crítica en la utopia, y manifiesta de nuevo su impotencia en sus contradicciones. Si el principio de expropiacion por causa de utilidad pública, desarrollado en todas sus consecuencias, conduce á una completa reorganizacion de la sociedad, ántes de poner manos á la obra es preciso determinar esa nueva organizacion; y el socialismo, lo repito, tiene por toda ciencia sus

girones de psicología y de economía política. Conviene luégo, conforme al principio de indemnizacion, si no reembolsar, á lo ménos garantir á los ciudadanos los valores de que se hayan desprendido; conviene, en una palabra, asegurarlos contra los riesgos del cambio. Ahora bien, fuera de la fortuna pública cuya gestion solicita, ¿dónde buscará el socialismo la caucion de esa misma fortuna?

Es imposible, en buena y sincera lógica, salir de este círculo. Así los comunistas, más francos en sus maneras que ciertos otros sectarios de ideas ondulantes y pacíficas, cortan la dificultad proponiéndose, una vez dueños del poder, expropiar á todo el mundo sin indemnizar ni garantir á nadie. En el fondo podria muy bien no ser esto ni desleal ni injusto: desgraciadamente quemar no es responder, como decia á Robespierre el interesante Desmoulins, y en semejantes debates se vuelve casi siempre á la hoguera y la guillotina. Aquí, como en todo, hay frente á frente dos derechos igualmente sagrados, el del ciudadano y el del Estado; lo cual es decir que no puede ménos de haber una fórmula de conciliacion superior á las utopias socialistas y á las teorías truncadas de la economía política, que es lo que se trata de descubrir. ¿Qué hacen, con todo, las partes litigantes? Nada. No parece sino que promueven las cuestiones para tener ocasion de injuriarse. ¿Qué digo? Ni las comprenden siquiera esas cuestiones; así es que mientras el público se ocupa en los sublimes problemas de la sociedad y de los destinos humanos, los empresarios de ciencia social, ortodoxos y cismáticos, no están de acuerdo sobre los principios. Testigo la cuestion causa de estos estudios, no más entendida á buen seguro por sus autores que por sus detractores, la *Relacion entre los beneficios y los salarios*.

¡Cómo! ¿Personas consagradas á la economía, toda una Academia, habria puesto á concurso una cuestion sin comprender siquiera sus términos? ¿Cómo habria podido ocurrírsele semejante idea?

Pues bien, sí, es increible, fenomenal lo que me adelanto á decir; pero cierto. Les sucede á los economistas lo que á los teólogos. Los teólogos no responden á los problemas de la metafísica sino con mitos y alegorías, los cuales reproducen siempre los problemas sin jamás resolverlos; y los economistas no responden á las cuestiones que ellos mismos sientan, sino refiriendo cómo y por dónde han venido á proponerlas. Si concibiesen la posibilidad de ir más allá, dejarian de ser economistas.

¿Qué es, por ejemplo, el beneficio? Lo que queda al empresario, al maestro, despues de cubiertos todos sus gastos. Ahora bien, los gastos se componen de jornales y valores consumidos, en definitiva de salarios. ¿Cuál es el salario de un jornalero? Lo ménos que puede dársele, es decir se ignora. ¿Cuál debe ser el precio de la mercancía que lleve el empresario al mercado? El mayor que puede obtener, que es decir, tambien se ignora. En economía política no es siquiera lícito suponer que la mercancía y el jornal puedan ser *tasados*, bien que se convenga en que cabe *valuarlos*, porque el avalúo, dicen los economistas, es una operacion esencialmente arbitraria que no puede conducir jamás á una conclusion segura y cierta. ¿Cómo, pues, encontrar la relacion entre dos incógnitas que, segun la economía política, no cabe despejar en caso alguno? Así la economía política sienta problemas insolubles; y, sin embargo, veremos pronto cuán inevitable es que los proponga y que nuestro siglo los resuelva. Por esto he dicho que la Academia de Ciencias morales, poniendo á concurso la relacion entre los beneficios y

los salarios, habia hablado sin conciencia, habia hablado proféticamente.

Pero, se dirá, ¿no es verdad que si el trabajo es muy solicitado y los jornaleros escasean, podrá aumentar el salario y disminuir por otro lado el beneficio? ¿que si por la mucha concurrencia la produccion sobra, habrá hacinamiento de mercancías y venta á pérdida, y por consecuencia falta de beneficios para el capitalista y de trabajo para el jornalero? ¿que éste entónces ofrecerá sus brazos á la baja? ¿que si se inventa una máquina empezará ésta por apagar el fuego de sus rivales, y luégo, establecido el monopolio y puesto el jornalero bajo la dependencia del maestro, el beneficio y el salario irán el uno en sentido inverso del otro? Estas y otras causas, ¿no pueden ser acaso estudiadas, apreciadas, equilibradas, etc., etc.?

¡Oh! monografías! historias! Saturados estamos de ellas desde A. Smith y J. B. Say, sobre cuyos textos apenas se han hecho más que variaciones. Pero no es así como debe entenderse la cuestion, por más que la Academia no le haya dado otro sentido. La *relacion entre el beneficio y el salario* debe ser tomada en un sentido absoluto, y no bajo el punto de vista inconcluyente de las oscilaciones del comercio y de la division de los intereses: cosas ambas que deben recibir ulteriormente su interpretacion. Me explicaré.

Considerando al productor y al consumidor como una sola persona, cuya retribucion es naturalmente igual á su producto, y distinguiendo luégo en ese producto dos partes, una que reintegra al productor de sus anticipos y otra que figura ser un beneficio, segun el axioma de que todo trabajo debe dejar un sobrante; tenemos que determinar la relacion que media entre las dos partes. Hecho esto, será fácil

deducir de aquí las relaciones de fortuna de esas dos clases de hombres, maestros y trabajadores, así como tambien dar razon de todas las oscilaciones comerciales. Esta será una série de corolarios que habrá que añadir á la demostracion.

Ahora bien, para que haya y sea susceptible de aprecio una relacion de esta índole, es de todo punto imprescindible que una ley interna ó externa rija la constitucion del salario y la del precio de venta; y como en el actual estado de cosas el salario y el precio varían y oscilan sin cesar, se pregunta cuáles son los hechos generales, las causas que hacen *variar* y *oscilar* el valor, y en qué límites se realiza esta oscilacion.

Pero esta pregunta es hasta contraria á los principios, porque quien dice *oscilacion* supone necesariamente una direccion media, á la que la vá llevando sin cesar el centro de gravedad del valor; así que, con pedir la Academia que *se determinen las oscilaciones del beneficio y del salario*, pide que *se determine el valor mismo*. Justamente esto es lo que rechazan los señores académicos: no quieren entender que si el valor es variable, es por la misma razon determinable; que la variabilidad es indicio y condicion de determinabilidad. Pretenden que el valor no puede ser determinado jamás porque varía siempre, y es como si sostuvieran que dados el número de las oscilaciones por segundo de un péndulo, la extension de las oscilaciones y la latitud y altura del lugar en que se hace el experimento, no cabe determinar la longitud del péndulo por hallarse éste en movimiento. Tal es el primer artículo de fé de la economía política.

En cuanto al socialismo, no parece haber comprendido mejor la cuestion, ni cuidarse mucho de ella. Entre sus muchos órganos, los unos echan pura y

simplemente á un lado el problema, sustituyendo el sistema de cesion al de reparto, es decir, desterrando del organismo social el número y la medida; otros salen del paso aplicando el sufragio universal al salario. No hay para qué decir que esas vulgaridades encuentran miles y centenares de miles de personas que á ojos cerrados las aceptan.

La economía política ha sido condenada en forma por Malthus en este famoso pasaje:

«Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no tiene medio de sustentarle, ó si la sociedad no necesita de su trabajo, no tiene el menor derecho á reclamar una porcion cualquiera de alimento: está realmente de más en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay para él cubierto. La naturaleza le manda que se vaya, y no tardará en llevar á ejecucion la órden.»

Esta es la conclusion necesaria, fatal, de la economía política, conclusion que demostraré con una evidencia hasta hoy desconocida en esta clase de estudios. ¡La muerte para el que no posea!

A fin de penetrar mejor el pensamiento de Malthus, traduzcámosle en proposiciones filosóficas, despojándole de su barniz oratorio:

«La economía política entraña la libertad individual y la propiedad, que es su expresion; no la igualdad ni la solidaridad.

»Bajo este régimen de cada uno en su casa, cada uno para sí, el trabajo, como toda mercancía, está sujeto al alza y á la baja: de aquí los riesgos del proletariado.

»El que no tenga ni renta ni salario, no tiene derecho á exigir nada de los demás: su desgracia pesa exclusivamente sobre él; en el juego de la fortuna se ha vuelto contra él la suerte.»

Bajo el punto de vista de la economía política, estas

proposiciones son irrefragables; y Malthus, que las ha formulado con tan alarmante precision, está al abrigo de todo cargo. Bajo el punto de vista de las condiciones de la ciencia social, esas mismas proposiciones son radicalmente falsas y hasta contradictorias.

El error de Malthus, ó por mejor decir de la economía política, no consiste en sostener que un hombre que no tenga de qué comer debe morir; ni en pretender que bajo el régimen de apropiacion individual, el que no tenga ni renta ni salario deba suicidarse, si no quiere verse arrojado del mundo por el hambre. Esta es por una parte la ley de nuestra existencia, esta es por otra la consecuencia de la propiedad; y Rossi se ha tomado á buen seguro más trabajo del que debiera por justificar sobre este punto el buen sentido de Malthus. Sospecho, es verdad, que Rossi, haciendo tan extensamente y con tanto amor la apología de Malthus, ha querido recomendar la economía política, del mismo modo que su compatriota Maquiavelo, en su libro del *Príncipe,* recomendaba á la admiracion del mundo el despotismo. Presentándonos la miseria como la condicion *sine qua non* de la arbitrariedad industrial y comercial, Rossi parece decirnos á voz en grito: este es vuestro derecho, esta es vuestra justicia, esta vuestra economía política; esta es la propiedad.

Pero la candorosa Galia no acepta esas sutilezas; habria valido más decir á la Francia en su lengua inmaculada: el error de Malthus, el vicio radical de la economía política consiste, en tésis general, en afirmar como estado definitivo una condicion transitoria, la distincion de la sociedad en patriciado y proletariado, y especialmente en decir que en una sociedad organizada, y por consiguiente solidaria, es posible que los unos posean, trabajen

comercien, mientras los otros no tengan ni posesion, ni trabajo, ni pan. Finalmente, Malthus, ó sea la economía política, se pierde en sus conclusiones cuando vé una perpétua amenaza de carestía en la facultad de reproducirse indefinidamente de que goza la especie humana, al par de todas las especies animales y vegetales, cuando lo que cabia y se debia deducir era la necesidad, y por consiguiente la existencia de una ley de equilibrio entre la poblacion y la produccion.

En dos palabras, la teoría de Malthus, y este es el gran mérito de este escritor, mérito que no ha tenido en cuenta ninguno de sus colegas, es la reduccion de la economía política al absurdo.

En cuanto al socialismo, ha sido juzgado hace muchísimo tiempo por Platon y Tomás Moro en una sola palabra, UTOPIA, *no-lugar*, quimera.

Preciso es, sin embargo, decirlo en honra del entendimiento humano, y para hacer justicia á todos: ni la ciencia económica y legislativa podia ser en sus principios otra cosa de lo que la hemos visto, ni la sociedad puede detenerse en esta primera posicion.

Toda ciencia debe empezar por circunscribir su dominio, producir y reunir sus materiales: ántes del sistema, los hechos; ántes del siglo del arte, el siglo de la erudicion. Sujeta como todas las demás á la ley del tiempo y á las condiciones de la experiencia, la economía, ántes de investigar cómo *deben pasar* las cosas en la sociedad, tenía que decirnos cómo *pasan;* y todas esas rutinas, que los autores califican tan pomposamente en sus libros de *leyes*, de *principios* y de *teorías*, á pesar de ser incoherentes y contrarias, debian ser recogidas con una diligencia escrupulosa y descritas con severa imparcialidad. Para cumplir esta tarea, se necesitaba quizá más talento, y sobre todo más desinterés, del que puede exigir el progreso ulterior de la ciencia.

Si, pues, la economía social es áun hoy más bien una aspiracion hácia lo porvenir que un conocimiento de la realidad, preciso es reconocer tambien que los elementos de ese estudio están todos en la economía política; y creo ser intérprete del sentimiento general, diciendo que esa opinion es ya la de la mayoría de los hombres que piensan. Lo presente tiene pocos defensores, es cierto; pero no se está ménos universalmente disgustado de la utopia; y todo el mundo comprende que la verdad debe estar en una fórmula que concilie estos dos términos: CONSERVACION y MOVIMIENTO.

Así están ya revelados, gracias sean dadas á los A. Smith, á los J. B. Say, á los Ricardos y á los Malthus, los misterios de la fortuna, *atria Ditis:* la preponderancia del capital, la opresion del trabajador, las maquinaciones del monopolio, inundadas ya todas de luz, retroceden ante las miradas de la opinion. Se raciocina y se hacen conjeturas sobre los hechos observados y descritos por los economistas; espiran bajo la reprobacion general, apenas sacados á la luz del dia, derechos abusivos y costumbres inícuas que han sido respetados mientras han permanecido envueltos en la oscuridad que les ha dado la vida; se sospecha que es preciso aprender el gobierno de la sociedad, no en una ideología hueca como la del *Contrato social*, sino, como lo habia ya entrevisto Montesquieu, en la *relacion de las cosas;* y se está ya formando en la nacion, por encima y fuera de las opiniones parlamentarias, una izquierda de tendencias eminentemente sociales compuesta de sabios, de magistrados, de jurisconsultos, de profesores, hasta de capitalistas é industriales, todos representantes y defensores natos del privilegio, y de un millon de adeptos, partido que se esfuerza por sorprender en la análisis de los hechos económicos los secretos de la vida de las sociedades.

Representémonos, pues, la economía política como una inmensa llanura cubierta de materiales preparados para un edificio. Los trabajadores esperan la señal, llenos de ardor, y están impacientes por poner manos á la obra; pero el arquitecto ha desaparecido sin dejar plan alguno. Los economistas han guardado el recuerdo de una multitud de cosas: desgraciadamente no tienen ni la sombra de un presupuesto. Saben el origen y la historia de cada pieza; lo que han costado sus hechuras; qué madera dá las mejores vigas, y qué greda los mejores ladrillos; cuánto se ha gastado en herramientas y acarreos; cuánto ganaban los carpinteros, y cuánto los canteros; pero sin conocer el destino ni el lugar de cosa alguna. No pueden los economistas dejar de reconocer que tienen á la vista los fragmentos de una obra maestra hacinados y revueltos, *disjecti membra poetæ;* mas les ha sido hasta aquí imposible volver á encontrar el diseño general, y siempre que han ensayado combinar algo no han hallado más que incoherencias. Desesperando al fin de combinaciones sin resultado, han concluido por erigir en dogma la inconveniencia arquitectónica de la ciencia, ó, como ellos dicen, los *inconvenientes* de sus principios; han negado, en una palabra, la ciencia (5).

Así la division del trabajo, sin la cual la produccion sería casi nula, está sujeta á mil inconvenientes, el peor de los cuales es la desmoralizacion del obrero; las máquinas producen, con la baratura, el hacinamiento de mercancías y la falta de trabajo; la concurrencia conduce á la opresion; el impuesto, base material de la sociedad, no es las más veces sino un azote tan temido como el incendio y el granizo; el crédito tiene por correlativo obligado la bancarrota; la propiedad es un hormiguero de abusos; el comercio degenera en juego de azar, donde á veces es

hasta permitida la trampa; en resúmen, encontrándose por todas partes el desórden en proporcion igual con el órden, sin que se sepa cómo éste haya de llegar á eliminar á aquel, *taxis ataxian diôkein*, los economistas han tomado el partido de concluir diciendo que todo vá lo mejor del mundo, y mirar como hostil á la economía política todo proyecto de reforma.

Se ha abandonado, pues, la empresa de construir el edificio social. La muchedumbre ha invadido los talleres de construccion; columnas, capiteles, zócalos, madera, piedra, metales, todo ha sido distribuido y echado á la suerte, y de todos esos materiales reunidos para un templo magnífico, la propiedad, ignorante y bárbara, ha hecho miserables chozas. Trátase, pues, no sólo de encontrar el plan del edificio, sino tambien de desalojar á los que lo ocupan y sostienen que su ciudad es soberbia, poniéndose, al oir la palabra restauracion, en órden de batalla bajo el dintel de sus puertas. No se vió confusion tal ni áun en Babel: afortunadamente nosotros hablamos francés, y somos más atrevidos que los compañeros de Nemrod.

Dejemos la alegoría. Carece ya hoy de utilidad el método histórico y descriptivo, empleado con éxito mientras no se ha debido hacer más que practicar reconocimientos: despues de millares de monografías y de tablas, no estamos más adelantados que en los tiempos de Jenofonte y de Hesiodo. Los fenicios, los griegos, los italianos, trabajaron como nosotros trabajamos: colocaban su dinero, tenian á salario á sus obreros, extendian sus propiedades, hacian sus expediciones y sus giros, llevaban sus libros, se entregaban á la especulacion y al agiotaje, y por fin, se arruinaban segun todas las reglas del arte económico, entendiendo no ménos que nosotros en eso de

arrogarse monopolios y estrujar al consumidor y al jornalero. Las relaciones de todo esto sobran; y áun cuando repasásemos eternamente nuestras estadísticas y nuestras cifras, no tendríamos nunca ante los ojos sino el cáos, el cáos inmóvil y uniforme.

Créese, es verdad, que desde los tiempos mitológicos hasta el presente año 57 de nuestra gran revolucion, no ha dejado de ir el bienestar general en aumento. El cristianismo ha pasado durante mucho tiempo por la principal causa de esta mejora, que los economistas pretenden ya hoy debida á sus principios. Despues de todo, dicen, ¿cuál ha sido la influencia del cristianismo sobre la sociedad? Profundamente utopista al nacer, no ha podido ni sostenerse ni extenderse sino á fuerza de ir adoptando poco á poco todas las categorías económicas, el trabajo, el capital, el arrendamiento, la usura, el tráfico, la propiedad; consagrando, en una palabra, la ley romana, que es la más elevada expresion de la economía política.

El cristianismo, extraño, en cuanto á su parte teológica, á las teorías sobre la produccion y el consumo, ha sido para la civilizacion europea lo que eran no há mucho para los obreros ambulantes las asociaciones gremiales y la frac-masonería, una especie de contrato de seguros y socorros mútuos. Bajo este punto de vista, nada debe á la economía política, y el bien que ha hecho no puede ser invocado por ella en testimonio de certidumbre. Los efectos de la caridad y del desinterés no pertenecen tampoco al dominio de la economía política, la cual ha de procurar la ventura de las sociedades por medio de la organizacion del trabajo y la justicia. Por lo demás, estoy pronto á reconocer los felices efectos del mecanismo propietario; sólo observo que esos efectos están enteramente contrapesados por las miserias que es de la natura-

leza de su mecanismo producir; de suerte que, como confesaba no há mucho ante el Parlamento inglés un ministro ilustre, y no tardaremos en demostrar nosotros, en la sociedad actual, el progreso de la miseria es paralelo y adecuado al de la riqueza, lo cual anula completamente los méritos de la economía política.

Así, la economía política no se justifica ni por sus máximas ni por sus obras; y en cuanto al socialismo, todo su valor está reducido á haberlo demostrado. Forzoso nos es, pues, volver á emprender el exámen de la economía política, puesto que sólo ella contiene, á lo ménos en parte, los materiales de la ciencia social, y verificar si contienen sus teorías algun error, cuya correccion pueda conciliar el hecho y el derecho, revelar la ley orgánica de la humanidad, y dar la concepcion política del órden.

CAPÍTULO II

DEL VALOR

§ 1.º—Oposicion del valor útil y del valor en cambio.

El VALOR es la piedra angular del edificio económico. El divino artista que nos ha conducido á continuar su obra no se ha explicado con nadie; pero medio se adivina por algunos indicios. El valor presenta, en efecto, dos fases: la que los economistas llaman valor de *uso*, ó valor en sí, y la que llaman valor en *cambio*, ó de opinion. Los efectos que produce el valor bajo este doble aspecto, efectos que son muy irregulares, en tanto que no está asentado ó, para hablar más filosóficamente, constituido, cambian totalmente por medio de esta constitucion.

Ahora bien: ¿en qué consiste la correlacion de valor *útil* á valor en *cambio*? ¿qué se debe entender por valor *constituido?* ¿por qué peripecia se verifica esta constitucion? Este es el objeto y el fin de la economía política. Suplico al lector que ponga toda su atencion en lo que sigue: este capítulo es el único de la obra que exige por su parte algun esfuerzo. Yo, por la mia, me esforzaré en ser cada vez más sencillo y más claro.

Todo lo que puede serme de alguna utilidad tiene para mí valor, y soy tanto más rico cuanto más abundan las cosas útiles: sobre esto no hay dificultad. La leche y la carne, los frutos y las semillas, la lana, el azúcar, el algodon, el vino, los metales, el mármol, la tierra por fin, el agua, el aire, el fuego, y sobre todo el sol, son, relativamente á mí, valores de uso, valores por naturaleza y por destino. Si todas las cosas que sirven para mi existencia fueran tan abundantes como algunas, la luz por ejemplo; en otros términos, si la cantidad de cada especie de valores fuese inagotable, asegurado para siempre mi bienestar, ni tendria por qué entregarme al trabajo, ni pensaria siquiera. En un estado tal habria siempre *utilidad* en las cosas, pero no sería exacto decir que VALIESEN; porque el valor, como pronto veremos, indica una relacion esencialmente social, pudiendo hasta decirse que sólo por el cambio, como por una especie de vuelta de la sociedad á la naturaleza, hemos adquirido la nocion de lo útil. Todo el desarrollo de la civilizacion depende, por lo tanto, de la necesidad que tenía la raza humana de provocar incesantemente la creacion de nuevos valores, del mismo modo que los males de la sociedad reconocen por causa primera la perpétua lucha que sostenemos contra nuestra propia inercia. Quítese al hombre esa necesidad que estimula su pensamiento

y le predispone á la vida contemplativa, y el contramaestre de la creacion no es ya más que el primero de los cuadrúpedos.

Pero ¿cómo se convierte el valor útil en valor en cambio? Porque es preciso observar que las dos clases de valores, bien que contemporáneos en el pensamiento, pues no se distingue el uno sino con ocasion del otro, tienen cierta relacion de sucesion, puesto que no obtenemos el valor en cambio sino por una especie de reflejo del valor útil, del mismo modo que dicen los teólogos que en la Trinidad el Padre engendra al Hijo á fuerza de contemplarse eternamente. Los economistas no han observado bastante bien esa generacion de la idea de valor, y conviene, por lo mismo, que nos detengamos en ella.

Ya que entre los objetos de que necesito, muchos no se encuentran en la naturaleza sino en pequeña cantidad, ó no se los encuentra, me veo obligado á contribuir á la produccion de los que me faltan; y como no puedo poner mano en todo, propondré á otros hombres, colaboradores mios en funciones diversas, que me cedan á cambio del mio una parte de sus productos. Tendré, por lo tanto, respecto á mí, más cantidad de mi producto particular del que consumo. así como mis iguales tendrán tambien, respecto á ellos, más cantidad de sus productos respectivos de la que necesitan. Se verifica esta convencion tácita por medio del *comercio*. Con este motivo haremos observar que mejor aparece la sucesion lógica de las dos clases de valor en la historia que en la teoría, por haber pasado los hombres millares de años en disputarse los bienes naturales, que es lo que se llama la *comunidad primitiva*, ántes de haber dado su industria lugar á ningun cambio.

Ahora bien, se dá particularmente el nombre de valor de utilidad á la capacidad de todos los produc-

tos, ya naturales, ya industriales, de servir para la subsistencia del hombre; y el de valor en cambio, á la capacidad que tienen de ser cambiados el uno por el otro. En el fondo todo es lo mismo, puesto que el segundo caso no hace más que añadir al primero una idea de una substitucion, cosa que parece una ociosa sutileza. En la práctica, empero, las consecuencias son sorprendentes, y ya felices, ya funestas.

Así, la distincion introducida en el valor es hija de los hechos y no tiene nada de arbitraria. Al hombre toca, sin dejar de someterse á esta ley, hacerla redundar en provecho de su libertad y su ventura. El trabajo, segun la bella expresion del Sr. Walras, es una guerra declarada contra la parsimonia de la naturaleza: engendra á la vez la sociedad y la riqueza. No sólo produce el trabajo muchos más bienes incomparablemente de los que dá la naturaleza,—se ha observado que sólo los zapateros de Francia producian diez veces más que las minas reunidas del Perú, del Brasil y de Méjico,—sino que, por las trasformaciones por que hace pasar los valores naturales, extendiendo y multiplicando el trabajo sus derechos hasta lo infinito, sucede poco á poco que toda riqueza, á fuerza de ir recorriendo la série industrial, vuelve entera al que la crea, quedando nada ó casi nada para el poseedor de las primeras materias.

Tal es, pues, la marcha del desarrollo económico: primero, apropiacion de la tierra y de los valores naturales; luégo, asociacion y distribucion por medio del trabajo hasta llegar á la igualdad completa. Sembrado de abismos está nuestro camino, suspendida la espada sobre nuestras cabezas; mas para conjurar todos los peligros tenemos la razon; y la razon, es la omnipotencia.

Resulta de la relacion del valor útil al valor en cambio que si, por desgracia ó por malevolencia, se impi-

diese á uno de los productores cambiar, ó viniese á cesar de repente la utilidad de sus productos, con tener llenos los almacenes nada poseeria. Cuantos más sacrificios hubiese hecho y cuanto más ardimiento hubiese empleado en producir, tanto más profunda sería su miseria.—Si la utilidad del producto, en lugar de desaparecer del todo, no hubiese hecho más que disminuir, cosa que puede suceder de cien maneras, el trabajador, en vez de caer y arruinarse por una catástrofe súbita, no haria más que empobrecerse; obligado á entregar una gran cantidad de su valor por otra pequeña de valores extraños, vendria á quedar reducida su subsistencia en una proporcion igual al déficit de su venta, cosa que le conduciria, por grados, del bienestar á la extenuacion y á la muerte. Si por fin viniese á aumentar la utilidad del producto, ó á ser ménos costoso producirlo, la balanza del cambio se inclinaria del lado del productor, cuyo bienestar podria irse elevando desde la laboriosa medianía á la ociosa opulencia. Este fenómeno de empobrecimiento y de enriquecimiento se presenta bajo mil formas y por mil combinaciones: en esto consiste el juego apasionado y lleno de intrigas del comercio y de la industria; esta lotería llena de trampas es la que los economistas creen que ha de durar eternamente, y la Academia de Ciencias morales y políticas pide sin saberlo que se suprima, cuando bajo los nombres de beneficio y de salario quiere que se concilie el valor útil con el valor en cambio, es decir, que se encuentre el medio de hacer igualmente susceptibles de cambio todos los valores útiles, y *vice versa* igualmente útiles todos los valores en cambio.

Los economistas han hecho resaltar muy bien el doble carácter del valor; pero no han presentado con la misma claridad la contradiccion de su naturaleza. Aquí empieza nuestra crítica.

La utilidad es la condicion necesaria del cambio; más suprimid el cambio, y desaparece la utilidad: estos dos términos están indisolublemente unidos. ¿Dónde aparece, pues, la contradiccion?

Puesto que todos los hombres subsistimos sólo por el trabajo y el cambio, y somos tanto más ricos cuanto más producimos y cambiamos, lo consiguiente para cada uno de nosotros es que produzcamos lo más posible de valores útiles, á fin de aumentar en otro tanto nuestros cambios y por lo mismo nuestros goces. Pues bien, el primer efecto, el efecto inevitable de la multiplicacion de los valores, es que SE ENVILECEN: cuanto más abunda una mercancía, tanto más pierde en el cambio y mercantilmente se menosprecia. ¿No es verdad que hay aquí contradiccion entre la necesidad del trabajo y sus resultados?

Ruego encarecidamente al lector que fije su atencion en el hecho ántes de adelantarse á explicarlo.

Un labrador que ha cogido veinte sacos de trigo, y se propone comerlo con su familia, se reputa dos veces más rico que si hubiese cogido sólo diez; asimismo una mujer de su casa que ha hilado cincuenta varas de lienzo, se tiene por dos veces más rica que si hubiese hilado sólo veinticinco. Relativamente á la familia, tienen razon entrambos; pero bajo el punto de vista de sus relaciones exteriores, pueden muy bien engañarse de medio á medio. Si la cosecha del trigo ha sido doble en todo el país, veinte sacos no valdrán en la venta lo que habrian valido diez, si no hubiese sido la cosecha más que de la mitad; así como en caso parecido, cincuenta varas de lienzo valdrán ménos que veinticinco. De suerte que el valor disminuye á medida que la produccion de lo útil aumenta, pudiendo suceder que un productor, sin dejar de enriquecerse, llegue á la indigencia. Y esto parece irre-

mediable, puesto que el único medio de salvacion sería que los productos industriales llegasen á existir todos como el aire y la luz en cantidad infinita, lo cual es absurdo. ¡Dios de mi razon! habria exclamado Juan Jacobo: no son los economistas los que deliran; es la economía política la que es infiel á sus definiciones: *Mentita est iniquitas sibi.*

En los ejemplos que preceden, el valor útil es mayor que el valor en cambio; en otros casos es menor. Se verifica entónces el mismo fenómeno, pero en sentido inverso: la balanza se inclina del lado del productor, y el consumidor es el que sufre. Así sucede principalmente en las carestías, donde el alza de las subsistencias tiene siempre algo de ficticio. Hay tambien profesiones cuya arte está toda en dar á una utilidad mediana, de que podria uno muy bien prescindir, un valor de opinion exagerado: tales son en general las artes de lujo. El hombre por su pasion estética anda ávido de cosas fútiles, cuya posesion satisface grandemente su vanidad, su gusto innato por el lujo, y su más noble y más respetable amor á lo bello: sobre esto especulan los proveedores de esas clases de objetos. Imponer el capricho y la elegancia no es ménos odioso ni ménos absurdo que cobrar tributos sobre la circulacion; pero perciben ese impuesto algunos fabricantes en boga, protegidos por la preocupacion general, cuyo mérito consiste todo, las más de las veces, en falsear el gusto y fomentar la inconstancia. En vista de esto nadie se queja, y están reservados los anatemas de la opinion para los acaparadores, que á fuerza de ingenio llegan á hacer subir el precio del lienzo y del pan algunos céntimos.

No basta haber señalado, en el valor útil y en el valor en cambio, ese admirable contraste en que los economistas no están acostumbrados á ver sino una

cosa muy sencilla; es preciso demostrar que esa pretendida sencillez encierra un misterio profundo que estamos en el deber de penetrar.

Reto, pues, á todo economista á que me diga, sin traducir ni repetir en otros términos la cuestion, por qué causa el valor mengua á medida que la produccion aumenta; y recíprocamente, por qué causa aumenta este mismo valor á medida que la produccion disminuye. En términos técnicos, el valor útil y el valor en cambio, necesarios el uno para el otro, están el uno del otro en razon inversa: pregunto, pues, por qué la escasez, no la utilidad, encarece los objetos. Porque, nótese bien, el alza y la baja de las mercancías no dependen de la cantidad de trabajo invertido en la produccion: los más ó ménos gastos que ocasionan de nada sirven para explicar las oscilaciones del cambio. El valor es caprichoso como la libertad: no considera para nada la utilidad ni el trabajo; léjos de esto, parece que en el curso ordinario de las cosas, y dejadas aparte ciertas perturbaciones excepcionales, los objetos más útiles son siempre los que se han de vender á más bajo precio; ó en otros términos, que es justo que los hombres que trabajan más á gusto sean los mejor retribuidos, y los peor retribuidos los que suden en sus trabajos sangre y agua. De tal modo, que siguiendo el principio hasta sus últimas consecuencias, se acabaria por concluir lo más lógicamente del mundo que las cosas de uso necesario y de cantidad infinita no deben valer nada, y por lo contrario, las de ninguna utilidad y de escasez extrema ser de un precio inestimable. Mas para colmo de dificultad, la práctica no admite estos extremos: por un lado, no hay producto humano que pueda llegar á existir en cantidad infinita; por otro, las cosas más raras no serian susceptibles de valor, si en mayor ó menor grado no fuesen útiles. El valor

útil y el valor en cambio están, pues, fatalmente encadenados el uno al otro, por más que por su naturaleza tiendan de contínuo á excluirse.

No fatigaré al lector con la refutacion de las logomaquias que se podrian presentar para ilustracion de esta materia: no hay sobre la contradiccion inherente á la nocion de valor causa determinable ni explicacion posible. El hecho de que hablo es uno de los llamados primitivos, es decir, de los que pueden servir para explicar otros; pero son en sí mismos insolubles, como los cuerpos llamados simples. Tal es el dualismo del espíritu y de la materia. El espíritu y la materia son dos términos que, tomados separadamente, indican cada uno una manera de ser especial del espíritu, pero sin corresponder á realidad alguna. Del mismo modo, dada para el hombre la necesidad de una gran variedad de productos, con la obligacion de procurarlos por medio de su trabajo, la oposicion entre el valor útil y el valor en cambio es un resultado natural y necesario; y de aquí una contradiccion en los umbrales mismos de la economía política. Ninguna inteligencia, ninguna voluntad divina ni humana podria impedirla.

Así, en vez de buscar una explicacion quimérica, contentémonos con dejar bien consignada la necesidad de la contradiccion.

Sea cual fuere la abundancia de los valores creados y la proporcion en que se cambien, para que nosotros troquemos nuestros productos, es preciso que si tú eres quien haces la *demanda*, mi producto te convenga; si el que *ofreces*, me convenga y agrade el tuyo. Porque nadie tiene derecho á imponer á otro su propia mercancía: el comprador es el único juez de si ésta es útil, ó lo que es lo mismo, necesaria. En el primer caso, tú eres el árbitro de la conveniencia de la mercancía; yo en el segundo. Quítese esa libertad

recíproca, y el cambio deja de ser el ejercicio de la solidaridad industrial: es un despojo. El comunismo, sea dicho de paso, no llegará á vencer jamás esa dificultad.

Pero, con la libertad, la produccion permanece necesariamente indeterminada, tanto en cantidad como en calidad: de tal modo, que bajo el punto de vista del progreso económico, así como bajo el de la conveniencia de los consumidores, el avalúo queda eternamente sujeto á la arbitrariedad, y estará siempre flotando el precio de las mercaderías. Supongamos por un momento que todos los productores venden á precio fijo: los habrá que produciendo más barato ó mejor ganen mucho, mientras otros no ganen nada. De todas maneras, quedará roto el equilibrio.—¿Se querrá, para impedir la paralizacion del comercio, limitar la produccion á lo estrictamente necesario? Esto sería violar la libertad; porque si se me quita el derecho de elegir, se me condena á pagar un máximum, se destruye la concurrencia, única garantía de la baratura, y se provoca el contrabando. Así, para impedir la arbitrariedad mercantil, se cae en brazos de la arbitrariedad administrativa; para crear la igualdad, se destruye la libertad, cosa que es la negacion de la igualdad misma.—¿Se querrá reunir á todos los productores en un solo taller? Supongo que se posea el secreto para realizarlo. No sería esto áun suficiente; sería preciso reunir además á todos los consumidores en un mismo hogar y en una misma familia, y esto sería ya salir de la cuestion. No se trata de abolir la idea de valor, cosa tan imposible como abolir el trabajo, sino de determinarla; no se trata de matar la libertad individual, sino de socializarla. Ahora bien, está probado que lo que dá lugar á la oposicion entre el valor útil y el valor en cambio, es el libre albedrío del hom-

bre: ¿cómo anular esta oposicion ínterin ese libre albedrío subsiste? Y ¿cómo destruir este albedrío sin sacrificar al hombre?

Luego por el solo hecho de ser, en mi calidad de comprador libre, juez de mi necesidad, juez de si el objeto me conviene, y juez del precio que por él he de dar; y por ser tú, en tu calidad de productor libre, dueño de escoger los medios de ejecucion, y árbitro, por consecuencia, de reducir tus gastos, no puede ménos de introducirse la arbitrariedad en el valor, y de hacerlo oscilar entre la utilidad y la opinion.

Pero esta oscilacion, perfectamente indicada por los economistas, no es más que el efecto de una contradiccion, que presentándose en una vasta escala engendra los más inesperados fenómenos. Tres años de fertilidad, en ciertas comarcas de Rusia, son una calamidad pública; y en nuestros mismos viñedos, tres años de abundancia son una calamidad para los viñadores. Los economistas, no lo ignoro, atribuyen este hecho á la falta de mercados; así los mercados son para ellos una gran cuestion. Desgraciadamente sucede con la teoría de los mercados lo que con la de la emigracion, que se ha querido oponer á la de Malthus: es una peticion de principio. Las naciones mejor provistas de mercados están sujetas á la produccion excesiva como las más aisladas: ¿hay algun punto en que el alza y la baja sean más conocidas que en las Bolsas de París y Lóndres?

De la oscilacion del valor y de los efectos irregulares que de ella derivan, los socialistas y los economistas, cada cual por su parte, han deducido consecuencias opuestas aunque igualmente falsas: los primeros han tomado de ahí pié para calumniar la economía política, y excluirla de la ciencia social; los otros para rechazar toda posibilidad de conciliacion entre los términos, y dar como ley absoluta del co-

mercio la inconmensurabilidad de los valores, y por lo tanto, la desigualdad de las fortunas.

Digo que unos y otros yerran igualmente.

1.° La idea contradictoria de valor, tan bien revelada por la inevitable distincion de valor útil y de valor en cambio, no procede de una falsa percepcion del entendimiento, ni de una terminologia viciosa, ni de ninguna aberracion de la práctica; nace de la íntima naturaleza de las cosas, y se impone á la razon como forma general del pensamiento, es decir, como categoría. Ahora bien, como el concepto de valor es el punto de partida de la economía política, se sigue de ahí que todos los elementos de la ciencia (empleo la palabra ciencia por anticipacion) son contradictorios en sí mismos y opuestos entre sí; de tal modo, que en cada cuestion el economista se encuentra incesantemente colocado entre una afirmacion y una negacion igualmente irrefutables. La ANTINOMIA, por fin, para servirme de la palabra consagrada por la filosofía moderna, es el carácter esencial de la economía política, es decir, á la vez su sentencia de muerte y su justificacion.

Antinomia, literalmente *contra-ley*, significa oposicion en el principio ó antagonismo en las relaciones, así como la contradiccion ó *antilogia* indica oposicion ó contrariedad en el discurso. La antinomia, perdóneseme que éntre en esos pormenores de escolástica, poco familiares aún para la mayor parte de los economistas, la antinomia, digo, es la concepcion de una ley de doble faz, la una positiva y la otra negativa. Tal es, por ejemplo, la ley llamada *atraccion*, que hace girar los planetas alrededor del sol, y descompuesta por los geómetras en fuerza centrípeta y fuerza centrífuga. Tal es aún el problema de la divisibilidad de la materia hasta lo infinito, que Kant ha demostrado poder ser afirmado

y negado sucesivamente por argumentos igualmente plausibles é irrefutables.

La antinomia no hace más que expresar un hecho, y se impone de una manera imperiosa al êntendimiento: la contradiccion propiamente dicha es un absurdo. Esta distincion entre la antinomia, *contra-lex*, y la contradiccion, *contra-dictio*, manifiesta el sentido en que se ha podido decir que, en cierto órden de ideas y de hechos, el argumento de contradiccion no tiene el mismo valor que en las matemáticas.

Es regla en matemáticas, que demostrada falsa una proposicion, es verdadera la inversa, y recíprocamente. Es hasta el gran medio de demostracion en esa ciencia. En economía social no sucederá otro tanto. Así veremos, por ejemplo, que á pesar de demostrarse por sus consecuencias que la propiedad es falsa, no por esto resulta verdadero el comunismo, que es su fórmula contraria, ántes cabe negarle á la vez y por el mismo título que la propiedad. ¿Se sigue de ahí, como se ha dicho con ridículo énfasis, que toda verdad, toda idea procede de una contradiccion, es decir, de algo que se afirma y se niega á la vez y bajo el mismo punto de vista, ni que sea necesario rechazar la antigua lógica, que hace de la contradiccion el signo por excelencia del error? Ese charlatanismo es sólo digno de sofistas que, sin fé ni buena fé, trabajan por eternizar el escepticismo, á fin de conservar su impertinente inutilidad. Como la antinomia, desde el punto y hora en que deje de tenérsela en cuenta, conduce infaliblemente á la contradiccion, se las ha tomado la una por la otra, sobre todo en la lengua francesa, donde hay tendencias á designar las cosas por sus efectos. Pero ni la contradiccion, ni la antinomia, que el análisis descubre en el fondo de toda idea simple, son

el principio de lo verdadero. La contradiccion es siempre sinónima de nulidad. La antinomia, á la que se dá algunas veces el mismo nombre, es efectivamente la precursora de la verdad, á la que dá, por decirlo así, materia; pero ni es la verdad misma, ni considerada en sí deja de ser la causa eficiente del desórden, la forma propia del mal y de la mentira.

Se compone la antinomia de dos términos necesarios el uno para el otro, pero siempre opuestos y con tendencias recíprocas á destruirse. Me atrevo apenas á añadirlo, pero es preciso saltar el vado: el primero de estos términos ha recibido el nombre de *tésis*, posicion, y el segundo el de *anti-tésis*, contra-posicion. Ese mecanismo es ya tan conocido, que se le verá pronto, así lo espero, figurar en el programa de las escuelas de instruccion primaria. No tardaremos en ver cómo de la combinacion de esos dos ceros brota la unidad ó la idea, la cual hace desaparecer la antinomia.

Así, en el valor, nada hay útil que no sea susceptible de cambio, ni nada susceptible de cambio que no sea útil: el valor de utilidad y el valor en cambio son inseparables. Pero al paso que, por el progreso de la industria la demanda varía y se multiplica hasta lo infinito; al paso que la fabricacion tiende por consecuencia á aumentar la utilidad natural de las cosas, y á convertir, por fin, todo valor útil en valor en cambio; la produccion, por otro lado, aumentando incesantemente la fuerza de sus medios y disminuyendo siempre sus gastos, tiende á reducir la venalidad de las cosas á la utilidad primitiva; de suerte que el valor de utilidad y el valor en cambio están en perpétua lucha.

Los efectos de esta lucha son conocidos: de la antinomia del valor derivan: las guerras para extender el comercio y abrirse nuevos mercados, el ha-

cinamiento de mercancías, la paralizacion del cambio y del trabajo, las prohibiciones, los desastres de la concurrencia, el monopolio, el menosprecio de los salarios, las leyes de máximun, la espantosa desigualdad de fortunas, y la miseria. Habria de dispensárseme que no dé aquí la demostracion de esto, que resaltará naturalmente de los subsiguientes capítulos.

Los socialistas, sin dejar de tener razon para pedir el fin de este antagonismo, han cometido la falta de desconocer su orígen, y no ver en él más que un error del sentido comun reparable por decreto de autoridad pública. De aquí esa explosion de lamentable sentimentalismo que ha logrado hacer insípido el socialismo para los entendimientos positivos, y que, propagando las más absurdas ilusiones, engaña aún todos los dias á tantas gentes. Lo que yo echo en cara al socialismo no es que haya venido sin motivo, sino que siga siendo necio tan obstinadamente y por tan largo tiempo.

2.° Mas los economistas han cometido la falta no ménos grave de rechazar *à priori*, y esto precisamente en virtud del carácter contradictorio, ó por mejor decir, antinómico del valor, toda idea y toda esperanza de reforma, sin querer comprender jamás que por la misma razon de haber llegado la sociedad á su más alto período de antagonismo, era inminente la conciliacion y la concordia. Se lo habria hecho palpable, sin embargo, un atento exámen de la economía política, si hubiesen tenido más en cuenta los conocimientos de la metafísica moderna.

Está, en efecto, demostrado por todo lo que sabe de más positivo la razon humana, que donde se presenta una antinomia hay esperanza de resolver sus términos, y que por consecuencia se prepara una trasformacion. Ahora bien, la nocion del valor, tal como

ha sido expuesta, entre otros, por J. B. Say, se halla precisamente en este caso. Mas los economistas, que por una fatalidad inconcebible han permanecido en su mayor parte extraños al movimiento filosófico, no suponian ni por lo más remoto que el carácter esencialmente contradictorio ó, como decian, variable del valor fuese á la vez el signo auténtico de su constitucionalidad, quiero decir, de su naturaleza eminentemente armónica y determinable. Por deshonroso que sea para las diversas escuelas económicas, es indudable que la oposicion que han hecho al socialismo procede únicamente de esa falsa concepcion de sus propios principios. Bastará para demostrarlo una prueba entre mil.

La Academia de Ciencias (no la de las Ciencias morales, sino la otra), saliéndose un dia de sus atribuciones, permitió la lectura de una memoria en que se trataba de calcular tablas de valores para todas las mercancías, tomando la produccion media por hombre y por jornal en cada género de industria. El *Diario de los Economistas* (en Agosto de 1845) levantó al punto acta de esa memoria, á sus ojos usurpadora, para protestar contra el proyecto de arancel que constituia su objeto, y restablecer lo que llamaba los verdaderos principios.

«No hay, decia en sus conclusiones, medida del valor, no hay patron para el valor: nos lo dice la ciencia económica, como nos dicen las matemáticas que no hay movimiento contínuo ni cuadratura del círculo, y no se llegará jamás, por lo tanto, á encontrarlos. Ahora bien, si no hay tipo para el valor, si la medida del valor no es siquiera una ilusion metafísica, ¿cuál es, en definitiva, la regla que dirige los cambios?.... Lo hemos dicho ya: es la *oferta* y la *demanda* de una manera general: esta es la última palabra de la ciencia.»

¿Y de qué manera probaba el *Diario de los Economistas* que no habia medida para el valor? Me valgo del término admitido, reservándome demostrar dentro de poco que esta expresion, *medida del valor*, tiene algo de equívoca, y no dice exactamente lo que se quiere, lo que se debe decir.

Repetia este periódico, acompañándolo con ejemplos, la exposicion que más arriba hemos hecho de la variabilidad del valor, pero sin llegar, como nosotros, á la contradiccion. Ahora bien, si el apreciable redactor del artículo, uno de los más distinguidos economistas de la escuela de Say, hubiese tenido hábitos dialécticos más severos; si hubiese estado desde mucho tiempo acostumbrado, no sólo á observar los hechos, sino tambien á buscar su explicacion en las ideas que los producen, no dudo de que se hubiese expresado con más reserva, y en lugar de ver en la variabilidad del valor *la última palabra de la ciencia*, habria reconocido que no es más que la primera. Reflexionando sobre esa variabilidad del valor, y viendo que procede, no de las cosas, sino del entendimiento, habria dicho para sí, que así como la libertad del hombre tiene su ley, no puede ménos el valor de tener la suya; y por consiguiente, que la hipótesis de una medida del valor, puesto que así se le llama, no tiene nada de irracional, ántes al contrario, que lo ilógico é insostenible es la negacion de esta medida.

Y efectivamente, ¿en qué repugna á la ciencia la idea de medir, y por consecuencia de fijar el valor? Todos los hombres creen en esa asignacion, todos la quieren, la buscan, la suponen; toda proposicion de venta ó de compra no es, al fin y al cabo, sino una comparacion entre dos valores, es decir, una determinacion, más ó ménos justa si se quiere, pero efectiva. La opinion del género humano sobre la diferencia que existe entre el valor real y el precio de

comercio es, puede decirse, unánime. A esto es debido que tantas mercancías se vendan á precio fijo. Las hay que tienen su valor determinado hasta en sus variaciones, el pan, por ejemplo. No se nos negará que si dos industriales pueden recíprocamente expedirse en cuenta corriente, y á un precio fijo, determinadas cantidades de sus respectivos productos, otro tanto cabe que hagan diez, ciento, mil industriales. Esto sería precisamente haber resuelto el problema del valor. El precio de cada cosa sería objeto de regateo, lo confieso, porque el regateo es aún para nosotros la única manera de fijar el precio; pero al fin, como toda luz brota del choque, el regateo, por más que sea una prueba de incertidumbre, tiene por objeto, prescindiendo de la más ó ménos buena fé con que se haga, descubrir la relacion de los valores entre sí, es decir, su medida, su ley.

Ricardo, en su teoría de la renta, ha dado un magnífico ejemplo de la conmensurabilidad de los valores. Ha demostrado que las tierras arables, dados gastos iguales, son entre sí como sus rendimientos; y la práctica universal está de acuerdo con la teoría. Ahora bien, ¿quién nos dice que esa manera positiva y segura de valuar las tierras, y en general todos los capitales en juego, no sea tambien extensiva á los productos?

La economía política, se dice, no procede *à priori;* no juzga sino por hechos. Pues bien, son precisamente los hechos y la experiencia, que nos dicen que no hay medida del valor ni puede haberla, y nos prueban que si es natural que se haya presentado esta idea, es su realizacion completamente quimérica. La oferta y la demanda: esta es la única regla de los cambios.

No repetiré que la experiencia prueba precisamente lo contrario; que en el movimiento económico de las

sociedades todo revela una tendencia á la constitucion y á la determinacion del valor; que este es el punto culminante de la economía política, que se encuentra trasformada por esta constitucion, y este el signo supremo del órden en la sociedad: réiterar sin pruebas esta exposicion general sería insípido. Me encierro por el momento en los términos de la discusion, y digo que la *oferta* y la *demanda*, que se pretende sea la única regla de los valores, no son más que dos formas ceremoniosas que sirven para poner frente á frente el valor útil y el valor en cambio, y ver de conciliarlos. Son los dos polos eléctricos que hay que poner en relacion para producir el fenómeno de afinidad económica llamada CAMBIO. Como los polos de la pila, la oferta y la demanda están diametralmente opuestas y tienden incesantemente á anularse, exagerándose ó reduciéndose á la nada por su antagonismo el precio de las cosas. Se desea, pues, saber si no sería posible en todo caso equilibrar ó hacer transigir estas dos fuerzas, de modo que el precio de las cosas sea siempre la expresion del valor verdadero, la expresion de la justicia. Decir despues de esto que la oferta y la demanda son la regla de los cambios, es decir que la oferta y la demanda son la regla de la oferta y la demanda; no es explicar la práctica, sino declararla absurda, cosa que rotundamente niego.

Cité hace poco á Ricardo, por haber dado para un caso especial una regla positiva de comparacion de valores. Los economistas hacen más: todos los años sacan de numerosos estados estadísticos el término medio de todas las mercuriales. Y bien, ¿qué significa un término medio? Todo el mundo comprende que en una operacion particular, tomada á la ventura entre un millon de operaciones, nada puede indicar si es la oferta, es decir, el valor útil el que ha prevalecido, ó si ha sido el valor en cambio, es decir, la de-

manda. Pero como toda exageracion en el precio de las mercancías vá tarde ó temprano seguida de una baja proporcional; como, en otros términos, en la sociedad los beneficios del agiotaje son iguales á las pérdidas, se puede con justa razon creer que el precio medio en un período completo indica el valor real y legítimo de los productos. Este precio medio, es verdad, nos es conocido cuando ya no nos sirve; mas ¿quién sabe si no cabria descubrirlo anticipadamente? ¿Se atreveria acaso á negarlo algun economista?

Que queramos, que no, es, pues, necesario que busquemos la medida del valor: nos lo manda la lógica, cuyas conclusiones son iguales tanto para los economistas como para los socialistas. La opinion que niega la existencia de esa medida es irracional, es un delirio. Dígase cuanto se quiera, por un lado, que la economía política es una ciencia de hechos, y que los hechos contradicen la hipótesis de una determinacion del valor; por otro, que esta escabrosa cuestion no existiria en una asociacion universal que absorbiese todo antagonismo; replicaré siempre á derecha y á izquierda:

1.° Que como no hay hecho sin causa, no le hay tampoco sin ley; y si no se ha encontrado aún la del cambio, la culpa no es de los hechos, sino de los sabios;

2.° Que mientras el hombre trabaje para subsistir, y trabaje libremente, la justicia será la condicion de la fraternidad y la base de la asociacion; y sin una determinacion del valor, la justicia es coja, es imposible.

§ II.—Constitucion del valor: definicion de la riqueza.

Conocemos el valor bajo sus dos aspectos contrarios: no le conocemos en su TOTALIDAD. Si pudiésemos adquirir esta nueva idea, tendríamos el valor absoluto, y sería posible una tarifa de valores tal como la pedia la memoria leida en la Academia de Ciencias.

Figurémonos, pues, la riqueza como una masa sostenida por una fuerza química en estado permanente de composicion, como una masa en la cual los nuevos elementos que entran sin cesar se combinan en proporciones diferentes, pero segun una ley cierta: el valor es la relacion proporcional (la medida) en que cada uno de esos elementos forma parte del todo.

Se siguen de aquí dos cosas: primera, que los economistas se han engañado completamente cuando han buscado la medida general del valor en el trigo, en el dinero, en la renta, etc., como tambien cuando, despues de haber encontrado que el tipo para esa medida no estaba aquí ni allí, han concluido diciendo que no hay para el valor razon ni medida alguna; segundo, que la proporcion de los valores puede variar contínuamente, sin que por esto deje de estar sujeta á una ley, cuya determinacion es precisamente lo que se busca.

Este concepto del valor llena, como se verá, todas las condiciones, porque abraza á la vez el valor útil, en lo que tiene de positivo y de fijo, y el valor en cambio, en lo que tiene de variable; hace cesar la contrariedad, que parecia un obstáculo insuperable para toda determinacion; y por fin, así entendido, difiere enteramente, como demostraremos, de lo que podria ser la simple yuxtaposicion de las dos ideas,

valor útil y valor en cambio, y está dotado de nuevas propiedades.

La proporcionalidad de los productos no es cosa que pretendamos enseñar al mundo como una revelacion, ni traer á la ciencia como una novedad: no es ninguna cosa nunca vista, como no lo era tampoco la division del trabajo cuando A. Smith explicó sus maravillosos resultados. La proporcionalidad de los productos, como nos sería fácil probar con innumerables citas, es una idea vulgar que encontramos á la vuelta de cada hoja en las obras de economía política, pero que no ha sido aún puesta por nadie en el rango que le corresponde, tarea que tomamos hoy sobre nuestros hombros. Teníamos, por lo demás, interés en hacer esta declaracion, á fin de tranquilizar al lector sobre nuestras pretensiones á la originalidad, y reconciliarnos con esos hombres que por lo tímidos son poco favorables á las ideas nuevas.

Los economistas, á lo que parece, no han entendido jamás por la medida del valor sino un tipo, una especie de unidad primordial que existiese por sí misma y fuese susceptible de aplicacion á todas las mercancías, como lo es el metro á todas las dimensiones. Tal han creido muchos que era en efecto el papel del dinero. Pero la teoría de la moneda ha probado despues que, léjos de ser la medida de los valores el dinero, no es más que su aritmética, y áun una aritmética convencional. El dinero es para el valor lo que el termómetro para el calor: el termómetro, con su escala arbitrariamente graduada, indica bien cuando hay pérdida ó acumulacion de calórico; pero no nos dice ni cuáles son las leyes de equilibrio del calor, ni cuál es su proporcion en los diversos cuerpos, ni qué cantidad de calor es necesaria para producir en él una subida de 10, 15 ó 20 grados. No es ni siquiera seguro que los grados de la escala, to-

dos iguales entre sí, correspondan á iguales relaciones de calórico.

La idea que hasta aquí se ha formado de la medida del valor es, pues, inexacta. Lo que nosotros buscamos no es, como tantas veces se ha dicho, el tipo del valor, cosa que carece de sentido, sino la ley por la que los productos se combinan y proporcionan en la riqueza social; porque de que se la conozca dependen, en lo que tienen de normal y legítimo, el alza y la baja de las mercancías. En una palabra, así como por la medida de los cuerpos celestes se entiende la relacion que resulta de la comparacion de esos cuerpos entre sí, así por la medida de los valores debe entenderse la relacion que de compararlos entre sí resulta, por cuya causa sostengo que esa relacion tiene su ley y esa comparacion su principio.

Supongo por lo tanto la existencia de una fuerza que combina, en proporciones ciertas y determinadas, los elementos de la riqueza, y hace de ellos un todo homogéneo: si los elementos constitutivos no están en la proporcion deseada, no por esto se dejará de efectuar la combinacion; no sucederá sino que en lugar de absorber toda la materia, rechazará una parte como inútil. El movimiento interior que produce la combinacion y determina la afinidad de las diversas sustancias, es en la sociedad el cambio, no ya tan sólo el cambio considerado en su forma elemental y de hombre á hombre, sino tambien el cambio considerado como la funcion en una sola é idéntica riqueza social de todos los valores producidos por las industrias privadas. Llamamos por fin valor á la proporcion segun la cual entra cada elemento á formar parte del todo. Lo que despues de esa combinacion queda es valor negativo, *no-valor*, mientras que por la accesion de cierta cantidad de otros elementos, no se combina ni se cambia.

Explicaremos más adelante el papel del dinero.

Sentado todo esto, se concibe que en un momento dado, á fuerza de estadísticas y de inventarios, sea dable determinar empíricamente, á lo ménos de una manera aproximada, la proporcion de los valores que constituyen la riqueza de un país, poco más ó ménos como los químicos han descubierto, por medio de la experiencia, auxiliada de la análisis, la proporcion de hidrógeno y oxígeno necesaria para formar agua. No veo que tenga nada de repugnante la aplicacion de este método á la determinacion de los valores: despues de todo, no es esto más que cuestion de contabilidad. Pero un trabajo tal, por interesante que fuese, nos enseñaria muy poca cosa. Por una parte, en efecto, sabemos que la proporcion varía incesantemente; por otra, es claro que no dando un cuadro de la fortuna pública sino la proporcion de los valores en la localidad y la hora en que ha sido hecho, no podríamos nunca deducir de ahí la ley de la proporcionalidad de la riqueza. No bastaria para esto un solo trabajo de este género; admitiendo que el procedimiento fuese digno de confianza, se necesitarian millares y millones de trabajos semejantes.

Ahora bien, no sucede aquí con la ciencia económica lo que con la química. Los químicos, á quienes ha descubierto la experiencia tan bellas proporciones, no saben nada del cómo y del por qué de esas proporciones, como nada saben tampoco de la fuerza que las determina. Por lo contrario, la economía social, que por ninguna investigacion *à posteriori* podria llegar á conocer directamente la ley de proporcionalidad de los valores, puede descubrirla en la fuerza misma que la produce y es tiempo ya de dar á conocer.

Esta fuerza, que ha celebrado A. Smith con tanta elocuencia y han desconocido sus sucesores, dándole

como su igual el privilegio, esa fuerza, digo, es el TRABAJO. El trabajo difiere de productor á productor, en cantidad y en calidad: sucede con él, bajo este punto de vista, lo que con todos los grandes principios de la naturaleza y las leyes más generales, simples en su accion y en sus fórmulas, pero modificadas hasta lo infinito por multitud de causas particulares que se manifiestan bajo una innumerable variedad de formas. El trabajo, sólo el trabajo, produce los elementos todos de la riqueza y los combina hasta en sus últimas moléculas, segun una ley de proporcionalidad variable, pero cierta. Sólo el trabajo, por fin, como principio de vida, agita la materia de la riqueza, *mens agitat molem*, y le dá sus proporciones.

La sociedad, ó sea el hombre colectivo, produce una infinidad de objetos cuyo uso constituye su *bienestar*. Ese bienestar se desarrolla, no sólo en razon de la *cantidad* de los productos, sino tambien en la de su *variedad* ó calidad y *proporcion*. De este dato fundamental se sigue que la sociedad debe siempre, á cada momento de su vida, buscar en sus productos una proporcion que, atendidos la fuerza y los medios de produccion, entrañe la mayor suma de bienestar posible. Abundancia, variedad y proporcion en los productos, son los tres términos que constituyen la RIQUEZA: la riqueza, objeto de la economía social, está sujeta á las mismas condiciones de existencia que lo bello, objeto del arte; la virtud, objeto de la moral; y lo verdadero, objeto de la metafísica.

Pero ¿cómo se realiza esa proporcion tan maravillosa y necesaria, sin la cual se pierde una parte del trabajo humano, es decir, se hace inútil, inarmónico, falso, y por consiguiente sinónimo de indigencia, de la nada?

Prometeo, segun la fábula, es el símbolo de la actividad humana. Prometeo arrebató el fuego del

cielo é inventó las primeras artes; Prometeo prevé el porvenir y se hace el igual de Júpiter; Prometeo es Dios. Llamemos, pues, á la sociedad Prometeo.

Prometeo dá al trabajo, por término medio, diez horas diarias, siete al descanso, otras tantas al placer. Para sacar el mayor fruto de sus ejercicios, Prometeo toma nota de la fatiga y del tiempo que le cuesta cada uno de los objetos de su consumo. No puede instruirse sino por la experiencia, y esta experiencia durará toda su vida. Mientras trabaja y produce, Prometeo experimenta un sin número de dedecepciones. Pero en último resultado, cuanto más trabaja, más se refina su bienestar y más se idealiza su lujo; más extiende sobre la naturaleza sus conquistas; más fortifica en sí mismo el principio de vida y de inteligencia, cuyo solo ejercicio le hace feliz. Es esto hasta tal punto cierto, que una vez concluida la primera educacion del trabajador, y puesto órden en sus ocupaciones, para él trabajar no es ya penar, sino vivir, gozar. El atractivo del trabajo no destruye, sin embargo, la regla, ántes es su fruto; los que, so pretexto de que el trabajo debe ser atractivo, concluyen por negar la justicia y proclamar el comunismo, se parecen á los niños que, despues de haber cogido flores en el jardin, establecen su parterre en la escalera.

En la sociedad, la justicia no es otra cosa que la proporcionalidad de los valores: tiene por garantía y sancion la responsabilidad del productor.

Prometeo sabe que tal producto cuesta una hora de trabajo, tal otro un dia, una semana, un año: sabe al mismo tiempo que todos estos productos, evaluados por sus gastos, forman la progresion de su riqueza. Empezará pues por asegurar su existencia, proveyéndose de los objetos ménos costosos, y por consiguiente más necesarios; luégo, á medida

que vaya asegurando sus necesidades, pensará en los objetos de lujo, procediendo siempre, si es cuerdo, por la gradacion natural del precio que cada cosa le cuesta. Algunas veces Prometeo se equivocará en sus cálculos, ó bien, arrastrado por la pasion, sacrificará un bien inmediato ó un goce prematuro; y despues de haber sudado sangre y agua, se extenuará. La ley lleva en sí misma su sancion: no cabe quebrantarla, sin que el infractor reciba al punto su castigo.

Say ha tenido, por lo tanto, razon en decir: «El bienestar de esta clase (la de los consumidores), que está compuesta de todas las demás, constituye el bienestar general, el estado de prosperidad de un pais.» Pero habria debido añadir, que el bienestar de la clase de los productores, compuesta tambien de todas las otras, constituye igualmente el bienestar general, el estado de prosperidad de las naciones.—Así tambien cuando ha dicho: «La fortuna de cada consumidor está perpétuamente en lucha con todo lo que compra,» habria debido añadir: «Y la fortuna de cada productor atacada sin cesar por todo lo que vende.» Sin esta reciprocidad limpiamente presentada, se hace ininteligible la mayor parte de los fenómenos económicos. Demostraré á su tiempo como, á consecuencia de esta grave omision, los más de los economistas que escriben libros han delirado sobre la balanza de comercio.

He dicho hace poco que la sociedad produce por de pronto *las cosas que ménos cuestan, y por consiguiente las más necesarias.* Pero ¿es verdad que respecto de los productos, la necesidad tenga por correlativo la baratura, y *vice versâ*, de suerte que esas dos palabras, *necesidad* y *baratura*, del mismo modo que las de *carestía* y *superfluidad*, sean sinónimas?

Si cada producto del trabajo, tomado aisladamente, pudiese bastar para la existencia del hombre,

la sinonimia en cuestion no sería dudosa; teniendo todos los productos las mismas propiedades, los de más fácil produccion y los más necesarios serian los que costasen ménos. Mas no se formula con esta precision teórica el paralelismo entre la utilidad y el precio de los productos: sea por prevision de la naturaleza, ó por cualquiera otra causa, el equilibrio entre la necesidad y la facultad productora es más que una teoría, es un hecho que confirma la práctica de todos los dias y el progreso de las sociedades.

Trasladémonos al dia siguiente de haber nacido el hombre, al punto de partida de la civilizacion: ¿no es verdad que las industrias en un principio más sencillas, y que ménos preparaciones y gastos exigieron, fueron las siguientes: *cosecha de frutos naturales*, *pastos*, *caza y pesca?* ¿que sólo tras ellas y mucho tiempo despues vino la agricultura? Esas cuatro industrias primordiales han sido desde entónces perfeccionadas y objeto además de apropiacion: doble circunstancia que, léjos de alterar la esencia de los hechos, le dá, al contrario, más realce. La propiedad, en efecto, se ha fijado de preferencia en los objetos de utilidad más inmediata, en los *valores hechos*, si puedo así explicarme; de tal modo, que podria fijarse la escala de los valores por los progresos de la apropiacion.

En su obra sobre la *Libertad del trabajo*, el señor Dunoyer ha sentado positivamente este principio, cuando ha distinguido cuatro grandes categorías industriales, que ha colocado segun el órden de su desarrollo, es decir, del menor al mayor gasto de trabajo: la *industria extractiva*, que comprende todas las funciones semi-bárbaras que ántes hemos citado; la *industria comercial*, la *industria manufacturera* y la *industria agrícola*. Con profunda razon ha puesto tan sabio escritor en último lugar la agri-

cultura. Porque á pesar de su remota antigüedad, es positivo que esta industria no ha marchado al mismo paso que las otras; luego, la sucesion de las cosas en la humanidad no debe venir determinada por su orígen, sino por su completo desarrollo. Es posible que la industria agrícola haya nacido ántes que las otras, ó bien que sean todas contemporáneas; mas deberá siempre ser tenida por la última en fecha la que más haya tardado en perfeccionarse.

Así la naturaleza misma de las cosas, tanto como sus propias necesidades, indican al trabajador el órden con que debe emprender la produccion de los valores que constituyen su bienestar; de donde resulta que nuestra ley de proporcionalidad es á la vez física y lógica, objetiva y subjetiva, y tiene el mayor grado de certidumbre. Sigamos aplicándola.

De todos los productos del trabajo, tal vez ninguno haya costado más largos ni más penosos esfuerzos que el calendario. No hay, sin embargo, otro producto que pueda hoy adquirirse con tanta baratura, ni sea, por consiguiente, segun nuestras propias definiciones, más necesario. ¿Cómo explicar este cambio? ¿Cómo el calendario, tan poco útil para las primeras hordas, á quienes bastaba la alternacion de la noche y del dia, y la del invierno y del verano, ha venido á ser á la larga tan indispensable, tan poco dispendioso, tan perfecto? porque por un maravilloso concierto de las cosas, en economía social todos esos epítetos se explican. ¿Cómo, en una palabra, darse cuenta, por nuestra ley de proporcion, de la variabilidad del valor del calendario?

Para que se hiciese, para que fuese posible el trabajo que exige la produccion del calendario, era preciso que el hombre encontrase medio de ganar tiempo sobre sus primeras ocupaciones y sobre las que fueron sus consecuencias inmediatas; era preciso, en

otros términos, que esas industrias fuesen más productivas ó ménos costosas de lo que eran en un principio: lo cual equivale á decir que era por de pronto indispensable resolver el problema de la produccion del calendario sobre las mismas industrias extractivas.

Supongo, pues, que de improviso, por una feliz combinacion de esfuerzos, por la division del trabajo, el empleo de alguna máquina, ó una más inteligente direccion de los agentes naturales, en una palabra, por su industria, Prometeo encuentra medio de producir en un dia tanta cantidad de un determinado artículo como ántes producia en diez: ¿qué se seguirá de ahí? El producto cambiará de lugar en el cuadro de los elementos de la riqueza; habiendo aumentado, si así puedo decirlo, su fuerza de afinidad para otros productos, habrá disminuido en otro tanto su valor relativo, y será sólo cotizado en diez, en lugar de serlo como ántes en ciento. Pero este valor no por esto dejará de estar siempre rigurosamente determinado; y será aún el trabajo el único que fije la cifra de su importancia. Así el valor varía, y la ley de los valores es inmutable. Hay más: si el valor es susceptible de variacion, es precisamente por estar sometido á una ley cuyo principio es esencialmente móvil, es á saber: el trabajo medido por el tiempo.

Es aplicable este razonamiento lo mismo á la produccion del calendario que á la de todos los valores posibles. No tengo necesidad de añadir que ha llegado á ser el calendario para todos una de las cosas más necesarias, por haber multiplicado nuestros negocios la civilizacion, es decir, el hecho social del aumento de las riquezas, por habernos hecho cada dia más preciosos los instantes, y por habernos obligado á llevar un registro exacto y detallado de toda nuestra vida. Es, por otra parte, sabido que esta admirable inven-

cion ha promovido, como su complemento natural, una de las más preciosas industrias, la relojería.

Aquí se presenta naturalmente una objecion, la única que se puede oponer á la teoría de la proporcionalidad de los valores.

Say, y los economistas que le han seguido, han observado que estando el mismo trabajo sujeto á tasacion, á avalúo, como cualquiera otra mercancía, habria círculo vicioso en tomarle por principio y causa eficiente del valor. Así, han dicho, es preciso atenerse á la escasez y la opinion.

Esos economistas, permítanme que se lo diga, han mostrado en esto una prodigiosa falta de atencion. El trabajo se dice que *vale*, no como mercancía, sino por los valores que en él se supone virtualmente encerrados. *El valor del trabajo* es una expresion figurada, una anticipacion de la causa al efecto. Es una ficcion, del mismo modo que la *productividad del capital*. El trabajo produce, el capital vale; y cuando, por una especie de elipsis, se dice el valor del trabajo, se hace una supresion que nada tiene de contrario á las reglas del lenguaje, pero que hombres de ciencia deben guardarse de tomar por una realidad. El trabajo, como la libertad, el amor, la ambicion, el genio, es una cosa vaga é indeterminada por su naturaleza, que se define, no obstante, cualitativamente por su objeto, es decir, que pasa á ser una realidad por su producto. Cuando, pues, se dice: el trabajo de este hombre vale cinco francos por dia, es como si se dijese que el producto diario del trabajo de ese hombre vale cinco francos.

Ahora bien, el efecto del trabajo es ir eliminando incesantemente la escasez y la opinion, como elementos constitutivos del valor, y, por una consecuencia necesaria, ir trasformando las utilidades naturales ó vagas (apropiadas ó no) en utilidades co-

mensurables ó sociales; de donde resulta que el trabajo es á la vez una guerra declarada contra la parsimonia de la naturaleza, y una conspiracion permanente contra la propiedad.

Por este análisis, el valor, considerado en la sociedad que forman naturalmente entre sí los productores, por la division del trabajo y por el cambio, es la *relacion de proporcionalidad de los productos que componen la riqueza;* y lo que se llama especialmente el valor de un producto, es una fórmula que indica en caractéres monetarios la proporcion de este producto en la general riqueza.—La utilidad funda el valor; el trabajo determina su relacion; el precio es, salvas las aberraciones que tendremos que estudiar, la expresion de esa relacion misma.

Tal es el centro á cuyo alrededor oscilan el valor útil y el valor en cambio; tal el punto en que vienen á perderse y desaparecen; tal la ley absoluta, inmutable, que domina las perturbaciones económicas y los caprichos de la industria y del comercio, y rige y gobierna el progreso. Obedece á esta ley todo esfuerzo de la humanidad que piensa y trabaja, toda especulacion individual y social, como parte integrante de la riqueza colectiva. La economía política estaba destinada á hacerla reconocer, estableciendo sucesivamente todos sus términos contradictorios; la economía social, que me permitiré por un momento distinguir de la economía política, por más que en el fondo no deban diferir la una de la otra, tiene por objeto promulgarla y realizarla en todo.

La teoría de la medida ó de la proporcionabilidad de los valores es, tómese muy en cuenta, la teoría misma de la igualdad. En efecto, así como en la sociedad, donde hemos visto que hay completa identidad entre el productor y el consumidor, la renta que se paga á un ocioso es un valor arrojado en las llamas

del Etna; del mismo modo, el trabajador á quien se dá un salario excesivo, es como un segador á quien se diese un pan para coger una espiga. Todo lo que los economistas han calificado de *consumo improductivo*, no es en el fondo sino una infraccion de la ley de la proporcionalidad.

Iremos viendo cómo de esos sencillos datos deduce poco á poco el genio social el sistema, áun oscuro, de la organizacion del trabajo, del reparto de los salarios, de la tarifa de los productos, de la solidaridad universal. Porque el órden en la sociedad se establece por los cálculos de una justicia inexorable, de ningun modo por los sentimientos paradisiacos de fraternidad, de abnegacion y de amor, que tantos apreciables socialistas se esfuerzan hoy por excitar en el pueblo. En vano, á ejemplo de Jesús, predican la necesidad y dan el ejemplo del sacrificio; el egoismo puede más, y sólo la ley de severa justicia, sólo la fatalidad económica es capaz de domarle. El entusiasmo humanitario puede producir sacudimientos favorables al progreso de la civilizacion; pero esas crísis del sentimiento, del mismo modo que las oscilaciones del valor, no producirán jamás otro resultado que el de establecer más fuertemente y más en absoluto la justicia. La naturaleza, ó la Divinidad, ha desconfiado de nuestros corazones; no ha creido en el amor del hombre por sus semejantes; y todo lo que la ciencia nos revela de las miras de la Providencia sobre la marcha de las sociedades—lo digo con vergüenza de la conciencia humana, pero es preciso que nuestra hipocresía lo entienda,—manifiesta en Dios una profunda misantropía. Dios nos ayuda, no por bondad, sino porque el órden es su esencia; Dios procura el bien del mundo, no porque juzgue sea digno de él, sino porque le obliga á tanto la religion de su suprema inteligencia. El vulgo puede darle el

dulce nombre de padre, pero es imposible que el historiador, que el economista filósofo, crea que nos ame ni nos estime.

Imitemos esa sublime indiferencia, esa ataraxia estóica de Dios; y puesto que el precepto de caridad ha fracasado siempre en lo de producir el bien social, busquemos en la razon pura las condiciones de la virtud y la concordia.

El valor concebido como proporcionalidad de los productos, en otras palabras, el VALOR CONSTITUIDO, supone necesariamente, y en un grado igual, *utilidad* y *venalidad*, indivisible y armónicamente unidas. Supone utilidad, porque sin esta condicion el producto careceria de esa afinidad que le hace susceptible de cambio, y por consecuencia le convierte en un elemento de riqueza; supone, por otra parte, venalidad, porque si el producto no fuese á todas horas y por un precio determinado cambiable, no sería más que un no-valor, no sería nada.

Pero en el valor constituido, todas esas propiedades adquieren una significacion más ámplia, más regular y más verdadera que ántes. Así, la utilidad no es ya esa capacidad, por decirlo así, inerte que tienen las cosas de servir para nuestros goces y nuestras exploraciones; la venalidad no es tampoco esa exageracion de un capricho ciego ó de una opinion sin principio; la variabilidad, por fin, no se manifiesta ya en ese regateo lleno de mala fé entre la oferta y la demanda: todo esto ha desaparecido para dar lugar á una idea positiva, normal, y, bajo todas las modificaciones posibles, determinable. Por medio de la constitucion de los valores, cada producto, si es lícito establecer semejante analogía, es como el alimento que, descubierto por el instinto de la nutricion, y preparado luégo por el órgano digestivo, entra en la circulacion general, donde se convierte, segun propor-

ciones determinadas, en carne, huesos, líquidos, etc., y dá al cuerpo vida, fuerza y belleza.

Veamos ahora qué pasa en la idea de valor, cuando, de las nociones antagonistas de valor útil y de valor en cambio, nos elevamos á la de valor constituido ó valor absoluto. Hay, si puedo decirlo así, una trabazon de una idea en otra, una recíproca compenetracion de las dos, en la cual, prendiéndose como los átomos corvos de Epicuro, se absorben y desaparecen, pasando á formar un compuesto dotado, en un grado superior, de todas sus propiedades positivas, y desembarazado de todas las negativas. Un valor verdaderamente tal, como la moneda, los efectos de comercio de primera clase, los títulos de la deuda del Estado, las acciones de una empresa sólida, no cabe ni que tome sin razon un precio exagerado, ni que pierda en el cambio: no está ya sometido á la ley natural del aumento de las especialidades industriales y de la multiplicacion de los productos. Hay más: un valor tal no es resultado de una transaccion, es decir, de un eclecticismo, de un justo medio, de una mezcla; es, sí, el producto de una fusion completa, producto enteramente nuevo y distinto de sus componentes: como el agua, producto de la combinacion del hidrógeno y del oxígeno, es un cuerpo aparte, del todo distinto de sus elementos.

La resolucion de dos ideas antitéticas en una tercera de órden superior es lo que llama la escuela *síntesis*. Sólo ella dá la idea positiva y completa, que como se ha visto, se obtiene por medio de la afirmacion ó negacion sucesiva—dá todo lo mismo—de dos conceptos diametralmente opuestos. De aquí se deduce un corolario de una importancia capital, tanto en la práctica como en la teoría: siempre que en la esfera de la moral, de la historia ó de la economia política, la análisis ha descubierto la antinomia de una idea,

se puede afirmar *à priori* que esta antinomia entraña una idea más elevada que aparecerá tarde ó temprano.

Siento insistir tanto en cosas ya familiares para los jóvenes que van á recibir el bachillerato en artes; pero debia dar esas explicaciones á ciertos economistas que, á propósito de mi crítica de la propiedad, han amontonado dilema sobre dilema para probarme que si no era partidario de la propiedad, debia ser necesariamente comunista; todo por no saber lo que es *tésis*, *antítesis* y *síntesis*.

La idea sintética de valor, como condicion fundamental de órden y de progreso para la sociedad, habia sido vagamente percibida por A. Smith, cuando, sirviéndome de las palabras de M. Blanqui, presentó en el trabajo la medida universal é invariable de los valores, é hizo ver que todas las cosas tenian su precio natural, hácia el que gravitaban sin cesar en medio de las fluctuaciones del precio corriente, ocasionadas por *circunstancias accidentales* extrañas al valor venal de la cosa.

Pero esta idea de valor era toda intuitiva en A. Smith; y la sociedad no cambia de hábitos por intuiciones, no se decide á tanto sino por la autoridad de los hechos. Era preciso formular la antinomia de una manera más sensible y más neta: J. B. Say fué su principal intérprete. Mas, á pesar de los esfuerzos de imaginacion y de la admirable sutileza de este economista, la definicion de Smith le domina sin que él lo advierta; y resalta en todos sus raciocinios.

«Valuar una cosa, dice Say, es *declarar* que debe ser *estimada* tanto como otra que se designa.... El valor de cada cosa es vago y arbitrario *interin no esté* RECONOCIDO.» Hay por lo tanto una manera de reconocer el valor de las cosas, es decir, de fijarlo; y como este reconocimiento ó fijacion se hace compa-

rando entre sí las cosas, hay y no puede ménos de haber un carácter comun, un principio, por medio del cual se *declara* que una cosa vale más, ménos ó tanto como otra.

Say habia empezado por decir: «La medida del valor es el valor de otro producto.» Habiendo advertido más tarde que esta frase no era más que una tautología, la modificó diciendo: «La medida del valor es la *cantidad* de otro producto;» lo cual no es más inteligible. En otra parte, este escritor, ordinariamente tan lúcido y tan firme, se enreda en vanas distinciones: «Cabe *apreciar* el valor de las cosas, no *medirlo;* esto es, *compararlo* con un título invariable y conocido, porque no existe. Todo lo que se puede hacer está reducido á *valuar* las cosas comparándolas. Distingue otras veces valores *reales* y valores *relativos:* «Los primeros, dice, son aquellos en que el valor de las cosas cambia con los gastos de produccion; los segundos, aquellos en que el valor de las cosas cambia con relacion al valor de otras mercancías.

Preocupacion singular de un hombre de genio, que no advierte que *comparar*, *valuar*, *apreciar*, es MEDIR; que no siendo toda medida más que una comparacion, indica por lo mismo una relacion verdadera, si la comparacion está bien hecha; que por consecuencia, valor ó medida real, y valor ó medida relativa, son cosas perfectamente idénticas, y la dificultad se reduce toda, no á encontrar un tipo de medida, puesto que todas las cantidades pueden serlo recíprocamente las unas para las otras, sino á determinar el punto de comparacion. En geometría ese punto es la extension; y la unidad de medida, es ya la division del círculo en 360 partes, ya la circunferencia del globo terráqueo, ya la dimension media del brazo, de la mano, del pulgar ó del pié del hombre. En la cien-

cia económica, lo hemos dicho despues de A. Smith, el punto de vista, bajo el que se comparan todos los valores, es el trabajo; en cuanto á la unidad de medida, la adoptada en Francia es el FRANCO. Increible parece que tantos hombres de juicio se rebelen hace cuarenta años contra idea tan palpable. Pero nada: *La comparacion de los valores se efectúa sin que haya entre ellos punto alguno de comparacion, y sin unidad de medida;* esto han resuelto sostener, para con todos y contra todos, los economistas del siglo XIX, ántes que abrazar la teoría revolucionaria de la igualdad. ¿Qué dirá la posteridad?

Voy ahora á demostrar con elocuentes ejemplos, que la idea de medida ó proporcion de los valores, necesaria en teoría, se ha realizado y se realiza todos los dias en la práctica.

§ III.—Aplicacion de la ley de proporcionalidad de los valores.

Todo producto es un signo representativo del trabajo.

Todo producto puede, por consecuencia, ser cambiado por otro, y ahí está la práctica universal que lo acredita.

Suprímase, empero, el trabajo, y no quedan sino cosas más ó ménos útiles, que, no estando revestidas de ningun carácter económico, de ningun signo humano, son inconmensurables entre sí; es decir, lógicamente incapaces de cambio.

El dinero es como cualquiera otra mercancía, un signo representativo del trabajo: por esto ha podido servir de evaluador comun y de intermedio para los tratos. Mas la funcion particular que el uso ha dado á los metales preciosos, de servir de agente para el comercio, es meramente convencional; y cualquiera otra mercancía, ménos cómodamente quizá,

pero de una manera tan auténtica, podria desempeñar el mismo papel: los economistas lo reconocen, y se cita acerca de esto más de un ejemplo. ¿Cuál es, por lo tanto, la razon de esa preferencia generalmente dada á los metales para que sirvan de moneda? ¿Cómo se explica esa especialidad de funcion del dinero, que no tiene análogo en la economía política? Porque toda cosa única y sin comparacion en su especie, es por lo mismo de más difícil inteligencia, y muchas veces del todo ininteligible. ¿Será posible reconstruir la série de que parece haber sido sacada la moneda, y por consecuencia restituirla á su verdadero principio?

Sobre este punto los economistas, segun costumbre, se han salido del terreno de su ciencia, han hablado de física, de mecánica, de historia, etc.; han hablado de todo, pero no han respondido á la cuestion. Los metales preciosos, han dicho, por su escasez, su densidad y su incorruptibilidad, ofrecian para la moneda comodidades que se estaba léjos de encontrar en igual grado en las demás mercancías. Los economistas, en una palabra, en vez de responder á la cuestion de economía que se les habia propuesto, se han metido á tratar la cuestion de arte. Han hecho ver perfectamente la conveniencia mecánica del oro y de la plata para servir de moneda; pero ninguno de ellos ha visto ni comprendido la razon económica que ha hecho dar á los metales preciosos el privilegio de que gozan.

Ahora bien, lo que nadie ha observado es que entre todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor haya llegado á constituirse. En el período patriarcal, el oro y la plata se cambian áun en pastas, y son objeto de regateo, aunque ya con una tendencia visible á dominar, y con una marcada preferencia. Poco á poco los soberanos se apoderan

de ellos y les imprimen su sello; y de esa soberana consagracion nace la moneda, es decir, la mercancía por excelencia, la que á pesar de todas las violentas vicisitudes del comercio, conserva un valor proporcional determinado, y se hace aceptable en toda clase de pagos.

Lo que distingue, en efecto, la moneda, no es la dureza del metal, menor que la del acero, ni su utilidad, muy inferior á la del trigo, el hierro, el carbon de piedra, y otras muchas sustancias, tenidas casi por viles al lado del oro, ni la escasez, ni la densidad, que podrian muy bien ser suplidas, ya por el trabajo que se invirtiese en otras materias, ya por el papel de Banco, como hoy sucede, que representa vastos montones de hierro y cobre. El carácter distintivo del oro y de la plata procede, repito, de que gracias á sus propiedades metálicas, á las dificultades de su produccion, y sobre todo á la intervencion de la autoridad pública, han adquirido temprano, como mercancías, la fijeza y la autenticidad.

Digo, pues, que el valor del oro y de la plata, especialmente de la parte que entra en la fabricacion de las monedas, por más que este valor no esté quizá todavía calculado de una manera rigorosa, no tiene ya nada de arbitrario; y añado que no es tampoco susceptible de menosprecio, á la manera de los demás valores, por más que pueda variar contínuamente. Todo el raciocinio y erudicion que se han gastado para probar, con el ejemplo del dinero, que el valor es cosa esencialmente indeterminable, son otros tantos paralogismos, que proceden de tener una falsa idea de la cuestion, *ab ignorantia elenchi.*

Felipe I, rey de Francia, pone un tercio de liga en la libra tornesa de Carlomagno, imaginándose que teniendo él solo el monopolio de la fabricacion de la moneda, puede hacer lo que todo comerciante que tiene

el monopolio de un producto. ¿Qué venía á ser, en efecto, esa alteracion de la moneda, tan censurada en Felipe y sus sucesores? un raciocinio muy justo bajo el punto de vista de la rutina comercial, pero muy falso en buena ciencia económica, es á saber, que siendo la oferta y la demanda la regla de los valores, cabe, ya produciendo una escasez facticia, ya acaparando la fabricacion de las cosas, hacer subir su estimacion, y por lo tanto su valor, y que esto es tanta verdad tratándose del oro y de la plata, como del trigo, del vino, del aceite y del tabaco. No bien se sospechó, sin embargo, que Felipe habia cometido este fraude, cuando su moneda quedó reducida á su justo valor, y perdió el mismo rey lo que habia creido poder ganar sobre sus súbditos. Tuvieron el mismo resultado todas las tentativas análogas. ¿De dónde procedia su error?

Dependia, segun los economistas, de que con falsear la moneda, no habiendo realmente disminuido ni aumentado la cantidad de oro y de plata, no habia cambiado la proporcion de esos metales con las demás mercancías, y por consecuencia no estaba en poder del soberano hacer que valiese 4 lo que sólo valia 2 en el Estado. Hay hasta que considerar que si, en vez de alterar las monedas, hubiese estado en manos del rey doblar la suma de las mismas, el valor en cambio del oro y de la plata habria bajado al punto de una mitad, siempre por esa misma razon de proporcionalidad y de equilibrio. La alteracion de las monedas era, pues, de parte del rey un empréstito forzoso, ó por mejor decir una bancarrota, una estafa.

Perfectamente. Los economistas explican muy bien, cuando quieren, la teoría de la medida de los valores: basta para esto traerles al capítulo de la moneda. ¿Cómo no ven, pues, que la moneda es la ley escrita del comercio, el tipo del cambio, el primer anillo de

esa larga cadena de creaciones que, bajo el nombre de mercancías, han de recibir todas la sancion social, y llegar á ser, si no de hecho, á lo ménos de derecho, aceptables como la moneda en toda especie de tratos?

«La moneda, dice muy bien el Sr. Augier, no puede servir de escala de apreciacion para los tratos concluidos, ni de buen instrumento de cambio, sino en cuanto su valor se acerca más al ideal de la permanencia; porque nunca cambia ni compra sino el valor que posee.» *(Historia del Crédito público.)*

Convirtamos en fórmula general esta observacion eminentemente juiciosa.

El trabajo no llega á ser una garantía de bienestar y de igualdad, sino en cuanto el producto de cada individuo está en proporcion con la masa; porque nunca cambia ni compra sino un valor igual al que representa.

¿No es verdaderamente de extrañar que se tome abiertamente la defensa del comercio agiotista é infiel, y se ponga al mismo tiempo el grito en el cielo al hablar de un monarca monedero falso que, despues de todo, no hacía más que aplicar al dinero el principio fundamental de la economía política, la instabilidad arbitraria de los valores? Habia de dar mañana la Hacienda 750 gramos de tabaco por un kilógramo, y los economistas todos habian de gritar que esto era un robo; pero si usando de su privilegio, aumentase mañana la misma Hacienda en 2 francos el precio del kilógramo, lo encontrarian caro, pero nada verian en esto contrario á sus principios. ¡Qué imbroglio el de la economía política!

Hay, pues, en la monetizacion del oro y de la plata algo más de lo que dicen los economistas: hay la consagracion de la ley de proporcionalidad, el primer acto de constitucion de los valores. La humanidad obra en todo por gradaciones infinitas: des-

pues de haber comprendido que hay que sujetar todos los productos del trabajo á una regla de proporcion que los haga todos igualmente permutables, empieza por dar este carácter de permutabilidad absoluta á un producto especial, que llegará á ser para ella el tipo y el patron de todos los demás valores. Así, para elevar á sus hijos á la libertad y á la igualdad, empieza por crear reyes. El pueblo siente de una manera confusa esa marcha providencial, cuando en sus sueños de fortuna y en sus leyendas habla siempre de oro y de reyes; y los filósofos no han hecho más que tributar homenaje á la razon universal, cuando en sus pretendidas homilías morales y en sus utopias socialistas, truenan con igual estrépito contra el oro y la tiranía. *¡Auri sacra fames!* ¡Maldito oro! exclama ridículamente un comunista. Tanto valdria decir: maldito trigo, malditas viñas, malditos carneros; porque, del mismo modo que el oro y la plata, todo valor comercial ha de llegar á ser exacta y rigurosamente determinado. La obra está empezada hace mucho tiempo: adelanta hoy á ojos vistos.

Pasemos á otras consideraciones.

Es un axioma generalmente admitido por los economistas, que *todo trabajo debe dejar un sobrante.*

Esta proposicion es para mí una verdad universal y absoluta; es el corolario de la ley de proporcionalidad, que podemos considerar como el resúmen de toda la ciencia económica. Pero, perdónenme los economistas, el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante* carece de sentido en su teoría, y no es susceptible de demostracion alguna. Si la oferta y la demanda es la única regla de los valores, ¿cómo se ha de reconocer lo que *sobra* y lo que *basta?* No pudiendo ser matemáticamente determinados, ni el precio de coste, ni el precio de venta, ni el salario, ¿cómo se ha de concebir un sobrante, un bene-

ficio? La rutina comercial nos ha dado de ese beneficio, tanto la palabra como la idea; y de que todos somos políticamente iguales, se ha deducido que todos debemos tener igual derecho á realizar beneficios en nuestra industria personal, en nuestro trabajo. Mas las operaciones del comercio son esencialmente irregulares; y se ha probado sin réplica, que los beneficios del comercio no son más que un tributo arbitrario y forzoso del productor sobre el consumidor, en una palabra, un trasiego, por no usar de mejor término. Advertiríase esto pronto, si fuese posible comparar la cifra total de los déficits de cada año con el importe de los beneficios. En el sentido de la economía política, el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*, no es más que la consagracion del derecho constitucional, que por la revolucion hemos adquirido todos, de robar al prójimo.

Sólo la ley de proporcionalidad de los valores puede explicar este problema. Tomaré la cuestion de algo léjos: es bastante grave para que la trate con la extension que merece.

La mayor parte de los filósofos, como de los filólogos, no ven en la sociedad sino un ente de razon, ó por mejor decir, un nombre abstracto que sirve para designar una coleccion de hombres. Hemos adquirido todos en la infancia, con nuestras primeras lecciones de gramática, la preocupacion de que los nombres colectivos, los de género y especie, no designan realidades. Mucho tendria que decir sobre esta materia; mas no quiero salirme de mi asunto. Para el verdadero economista, la sociedad es un sér viviente, dotado de una inteligencia y de una actividad propias, regido por leyes especiales que sólo la observacion descubre, y cuya existencia se manifiesta, no bajo una forma física, pero sí por el concierto y la intíma solidaridad de todos sus miembros. Así, cuando hace

poco, bajo el emblema de un dios de la fábula, hacíamos la alegoría de la sociedad, nuestro lenguaje no tenía en el fondo nada de metafórico: era aquel el sér social, unidad orgánica y sintética á que acabábamos de dar un nombre. A los ojos de cualquiera que haya reflexionado sobre las leyes del trabajo y del cambio (dejo á un lado toda otra consideracion), la realidad, por poco he dicho la personalidad del hombre colectivo, es tan cierta como la realidad y la personalidad del hombre individual. Toda la diferencia consiste en que éste se presenta á nuestros sentidos bajo el aspecto de un organismo cuyas partes están en cohesion material, circunstancia que no existe en la sociedad. Pero la inteligencia, la espontaneidad, el desarrollo, la vida, todo lo que constituye en más alto grado la realidad del sér, es tan esencial para la sociedad como para el hombre. De aquí procede que el gobierno de las sociedades sea *ciencia*, es decir, estudio de relaciones naturales; y no *arte*, es decir, arbitrariedad, capricho. De aquí nace por fin que toda sociedad decaiga en cuanto pasa á manos de los ideólogos.

El principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*, indemostrable para la economía política, es decir, para la rutina propietaria, es uno de los que más acreditan la realidad de la persona colectiva; porque, como se vá á ver, no es verdadero tratándose de los individuos sino porque dimana de la sociedad, que les confiere así el beneficio de sus propias leyes.

Vengamos á los hechos. Se ha observado que las empresas de ferro-carriles son una fuente de riqueza no tanto para los empresarios como para el Estado. La observacion es justa; falta sólo añadir que es aplicable no sólo á los ferro-carriles, sino tambien á todas las industrias. Pero este fenómeno, que deriva

esencialmente de la ley de proporcionalidad de los valores, y de la absoluta identidad de la produccion y el consumo, es inexplicable con la nocion ordinaria de valor útil y valor en cambio.

El precio medio del trasporte por ruedas de las mercancías es el de 18 céntimos por tonelada y kilómetro, tratándose de mercancías recibidas y entregadas en almacen. Se ha calculado que, á este precio, una empresa ordinaria de ferro-carriles no llegaria á obtener el 10 por 100 de beneficio neto, resultando poco más ó ménos igual al de una empresa de trasportes por ruedas. Pero admitamos que la celeridad del trasporte por carriles sea á la del trasporte por ruedas, hechas todas las comparaciones debidas, como 4 es á 1: como en la sociedad el tiempo es el valor mismo, á igualdad de precios el ferro-carril presentará sobre el trasporte por ruedas una ventaja de 400 por 100. Esta enorme ventaja, sin embargo, realísima para la sociedad, dista de serlo en la misma proporcion para el carruajero, que, al paso que hace gozar á la sociedad de un aumento de valor de 400 por 100, no cobra para sí un 10, como llevamos dicho. Supongamos, en efecto, para hacer la cosa aún más palpable, que el ferro-carril eleva su tarifa á 25 céntimos, quedando la de los trasportes por ruedas á 18: perderá al instante todas sus consignaciones; cargadores, consignatarios, todo el mundo, en fin, volverá á la galera acelerada, y si es necesario, al mismo carromato. Se abandonará la locomotora; se sacrificará una ventaja social de 400 por 100 á una pérdida privada de 33 por 100.

La razon de esto es fácil de comprender: la ventaja que resulta de la celeridad del ferro-carril es toda social, y cada individuo participa de ella sólo en una proporcion mínima (no olvidemos que no se trata aquí sino del trasporte de mercaderías), mientras

que la pérdida afecta directa y personalmente á los consumidores. Un beneficio social de 400 representa para el individuo, si la sociedad está compuesta sólo de un millon de hombres, cuatro diezmilésimas, mientras que una pérdida de 33 por 100 para el consumidor supondria un déficit social de treinta y tres millones. El interés particular y el interés colectivo, tan divergentes al primer golpe de vista, son, pues, perfectamente idénticos y adecuados; y este ejemplo puede ya servir para hacer comprender cómo todos los intereses se concilian en la ciencia económica.

Así pues, para que la sociedad realice el beneficio arriba supuesto, es preciso y de toda necesidad que las tarifas de los ferro-carriles no pasen, ó pasen muy poco, de las de los trasportes por ruedas.

Mas, para que se cumpla esta condicion, en otros términos, para que el ferro-carril sea comercialmente posible, necesario es que la materia trasportable abunde lo bastante para cubrir cuando ménos el interés del capital en juego, y los gastos de conservacion de la via. Luego la primera condicion de existencia de un ferro-carril es una numerosa circulacion, lo cual supone una produccion más crecida aún, y abundantes operaciones de cambios.

Pero produccion, circulacion, cambios, no son cosas que se improvisan; ni las diversas formas del trabajo se desarrollan aislada ni independientemente la una de la otra: sus progresos están necesariamente trabados, son solidarios, proporcionales. Puede existir antagonismo entre los industriales: á pesar suyo, la accion social es una, convergente, armónica, en una palabra, personal. Hay, pues, su dia marcado para la creacion de los grandes instrumentos de trabajo; y es el dia en que el consumo general los pueda sostener, esto es, el dia en que— todas esas proposiciones son equivalentes—el trabajo

ambiente pueda alimentar las nuevas máquinas. Anticipar la hora marcada por el progreso del trabajo, sería imitar á ese loco que, para trasladarse de Lyon á Marsella, hizo aparejar un buque de vapor para él solo.

Aclarados estos puntos, nada más fácil que explicar cómo el trabajo ha de dejar para cada productor un sobrante.

Por de pronto, en lo que á la sociedad concierne, saliendo Prometeo del seno de la naturaleza, despierta á la vida en medio de una inercia llena de encantos, que no tardaria, con todo, en ser para él miseria y tortura si no se apresurase á salir de ella por el trabajo. En esta ociosidad virginal, siendo nulo su producto, el bienestar de Prometeo es idéntico al del bruto, y puede ser representado por cero.

Prometeo se pone á trabajar: y desde el primer dia, el primero de la segunda creacion, su producto, es decir, su riqueza, su bienestar, es igual á 10.

El segundo dia, Prometeo divide su trabajo, y su producto llega á ser igual á 100.

El tercer dia, y cada uno de los siguientes, Prometeo inventa máquinas, descubre nuevas utilidades en los cuerpos, nuevas fuerzas en la naturaleza; extiende el campo de su existencia del terreno sensitivo á la esfera de lo moral y de lo inteligible, y, á cada paso que dá en su industria, la cifra de su produccion crece y le indica un aumento de felicidad. Y puesto que al fin para él consumir es producir, es claro que cada dia de consumo no gastando sino el producto de la víspera, deja un sobrante de productos para el dia de mañana.

Pero observemos tambien, observemos sobre todo este hecho capital, que el bienestar del hombre está en razon directa de la intensidad del trabajo y de la multiplicidad de las industrias, de suerte que el au-

mento de la riqueza y del trabajo son correlativos y paralelos.

Decir ahora que cada individuo participa de esas condiciones generales del desarrollo colectivo, sería afirmar una verdad que, á fuerza de evidencia, podria parecer tontería. Consagrémonos más bien á señalar las dos formas generales del consumo en la sociedad.

La sociedad, del mismo modo que el individuo, tiene por de pronto sus artículos de consumo personal, artículos cuya necesidad le hace sentir poco á poco el tiempo, y cuya creacion le ordenan sus misteriosos instintos. Así, en la edad media hubo, para un gran número de ciudades, un momento decisivo en que la construccion de casas consistoriales y de catedrales llegó á ser una pasion violenta, que fué preciso satisfacer á toda costa, por depender de ella la existencia de la comunidad. Seguridad y fuerza, órden público, centralizacion, nacionalidad, patria, independencia, esto es lo que compone la vida de la sociedad y el conjunto de sus facultades mentales; estos los sentimientos que debian tener su forma de expresion y su símbolo. Tal habia sido en otro tiempo el destino del templo de Jerusalen, verdadero *Palladium* de la nacion judía; tal era en Roma el templo de Júpiter Capitolino. Más tarde, tras el palacio municipal y el templo, órganos por decirlo asi de la centralizacion y del progreso, vinieron las demás obras de utilidad pública, puentes, teatros, escuelas, hospitales, caminos, etc.

Siendo los monumentos de utilidad pública de uso esencialmente comun, y por consecuencia gratuitos, la sociedad se reintegra de sus anticipos por las ventajas políticas y morales que resultan de esas grandes obras, y dando una prenda de seguridad al trabajo y un ideal á los espíritus, imprimen un nuevo vuelo á la industria y á las artes.

No sucede empero así con los artículos de consumo doméstico, que son los únicos que entran en la categoría del cambio: no son éstos para producidos sino segun las condiciones de mutualidad que permiten su consumo, es decir, el reembolso inmediato y beneficioso para los productores. Hemos desarrollado suficientemente estas condiciones en la teoría de la proporcionalidad de los valores, que se podria llamar tambien teoría de la progresiva reduccion del precio de coste.

He demostrado por la teoría y por los hechos el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante;* pero este principio, tan cierto como una proposicion de aritmética, dista de ser una realidad para todo el mundo. Mientras que por los progresos de la industria colectiva cada dia de trabajo individual dá un producto cada vez mayor, y, mientras que por una consecuencia necesaria el trabajador, con el mismo salario, deberia ser cada dia más rico, hay en la sociedad clases que *obtienen un beneficio*, y otras que *van decayendo;* trabajadores de doble, triple y céntuplo salario, y trabajadores con déficit; por todas partes, al fin, gentes que gozan y gentes que sufren, y, por una monstruosa division de las facultades industriales, individuos que consumen y no producen. El reparto del bienestar sigue todos los movimientos del valor, y los reproduce, en miseria y lujo, con energía y con dimensiones espantosas. Pero por todas partes tambien el progreso de la riqueza, es decir, la proporcionalidad de los valores, es la ley dominante; y cuando los economistas oponen á las quejas del partido social el aumento progresivo de la fortuna pública y las mejoras introducidas en la condicion de las clases más desgraciadas, proclaman sin saberlo una verdad que es la condenacion de sus teorías.

Ruego á los economistas que en el silencio de su

corazon, desprendiéndose de las preocupaciones que tanto les turban, y sin consideracion á los destinos que ocupan ó esperan, ni á los intereses á que sirven, ni á los votos que ambicionan, ¡ni á las distinciones que tanto halagan su vanidad, se pregunten un momento, y digan si hasta hoy se les ha presentado el principio de que todo trabajo debe dejar un sobrante con la cadena de preliminares y de consecuencias que hemos reunido; y si por esas palabras han concebido jamás otra cosa que el derecho de hacer de los valores un agiotaje, violentando con sus torpes manejos la oferta y la demanda; si no es, además, verdad que admiten á la vez, por un lado el progreso de la riqueza y del bienestar, y por consecuencia la medida de los valores; y por otro, la arbitrariedad de los tratos mercantiles y la inconmensurabilidad de los valores, es decir, todo lo que hay de más contradictorio. ¿No es, acaso, en virtud de esa contradiccion que se oye repetir sin cesar en los cursos y en las obras de economía política, la absurda hipótesis de *si se doblase el precio de* TODAS *las cosas?*..... ¡Como si el precio de todas las cosas no fuese la proporcion de las cosas mismas, y cupiese doblar una proporcion, una relacion, una ley! ¿No es, por fin, en virtud de la rutina propietaria y anormal, defendida por la economía política, que en el comercio, en la industria, en las artes, en el Estado, invocando servicios prestados á la sociedad, tiende cada cual incesantemente á exagerar su importancia, solicita recompensas, subvenciones, grandes sueldos, altos honorarios? ¡Como si la retribucion de todo servicio no estuviese necesariamente determinada por el importe de sus gastos! ¿Por qué los economistas no propagan con todas sus fuerzas esta verdad tan sencilla como luminosa: «el trabajo de cada hombre no puede sino adquirir el valor que encierra, y este valor es proporcional á

los servicios de todos los demás trabajadores,» si, como parecen creer, el trabajo de cada cual debe dejar un sobrante?

Pero aquí se presenta una consideracion final que expondré en pocas palabras.

J. B. Say, el economista que más ha insistido en la absoluta indeterminabilidad del valor, es tambien el que se ha tomado más trabajo para destruir esta proposicion. Él es, si no me engaño, el autor de la fórmula: *Todo producto vale lo que cuesta;* ó, lo que viene á ser lo mismo, *los productos se cambian con productos.* Este aforismo, lleno de consecuencias igualitarias, ha sido despues contradicho por otros economistas: examinemos sucesivamente la afirmativa y la negativa.

Cuando digo: Todo producto vale los productos que ha costado, digo que todo producto es una unidad colectiva que, bajo una nueva forma, agrupa cierto número de otros productos, consumidos en cantidades diversas. De donde se sigue que los productos de la industria humana son, los unos con relacion á los otros, *géneros* y *especies*, y forman una série de lo simple á lo compuesto, segun el número y la proporcion de los elementos, todos equivalentes entre sí, que constituyen cada producto. Poco importa, en cuanto á lo presente, que esta série, así como la equivalencia de sus elementos, venga más ó ménos exactamente expresada en la práctica por el equilibrio de los salarios y de las fortunas: se trata ante todo de la relacion en las cosas, de la ley económica. Porque aquí, como siempre, la idea empieza por engendrar espontáneamente el hecho, y éste, reconocido por el pensamiento que le ha dado el sér, se vá rectificando poco á poco y definiendo conforme á su principio. El comercio, libre y concurrente, no es más que una larga rectificacion que tiene por objeto

hacer resaltar la proporcionalidad de los valores, en tanto que el derecho civil la consagra y la toma por regla de la condicion de las personas. Digo, pues, que el principio de Say: *Todo producto vale lo que cuesta*, indica una série en la produccion humana, análoga á las séries animal y vegetal, en la que se reputan iguales las unidades constitutivas, ó sean los jornales del trabajo. De suerte que la economía política afirma desde un principio, pero por medio de una contradiccion, lo que no han creido posible ni Platon, ni Rousseau, ni ningun publicista antiguo ni moderno, la igualdad de las condiciones y de las fortunas.

Prometeo es sucesivamente labrador, viñero, tahonero, tejedor. Sea cual fuere el oficio que ejerza, como que no trabaja más que para sí mismo, compra lo que consume (sus productos) con una sola y misma moneda (sus productos), cuya unidad métrica es necesariamente un jornal, un dia de trabajo. Es verdad que el trabajo mismo es susceptible de variacion: Prometeo no está siempre igualmente dispuesto: de un momento á otro su ardor, su fecundidad, suben y bajan. Mas, como todo lo que está sujeto á variaciones, el trabajo tiene su término medio, y esto nos autoriza para decir que, en suma, el jornal paga el jornal, ni más ni ménos. Es mucha verdad, si se comparan los productos de cierta época de la vida social con los de otra, que el cienmillonésimo jornal del género humano no podrá ménos de dar un resultado infinitamente superior al del primero; pero aquí llega tambien el caso de decir que no cabe dividir la vida del sér colectivo, como no cabe dividir la del individuo; que si los dias no se parecen los unos á los otros, están por lo ménos indisolublemente unidos; y que en la totalidad de la existencia, les son comunes el placer y el dolor. Si,

pues, el jornal del sastre absorbe diez veces el del tejedor, es como si el tejedor diese diez dias de su vida por un dia de la vida del sastre. Esto es precisamente lo que sucede cuando un labrador paga doce francos á un notario por un documento cuya redaccion cuesta una hora; y esa desigualdad, esa iniquidad en los cambios, es la más poderosa causa de miseria que hayan revelado los socialistas y confiesen los economistas por lo bajo, esperando que les permita una señal del maestro reconocerlo en alta voz.

Todo error en la justicia conmutativa es una inmolacion del trabajador, una transfusion de la sangre de un hombre en el cuerpo de otro hombre..... Mas no se asuste nadie: no intento ni por lo más remoto fulminar una irritante filípica contra la propiedad; lo pienso tanto ménos, cuanto que, segun mis principios, la humanidad no se equivoca nunca; y cuando empezó por constituirse sobre el derecho de propiedad, no hizo más que sentar uno de los principios de su organizacion futura; faltando ya tan sólo, luego de destruida la preponderancia de la propiedad, reducir á la unidad esta famosa antítesis. Conozco todo lo que en favor de la propiedad se nos podria objetar tan bien como cualquiera de mis censores, á quienes pido por todo favor que muestren corazon cuando les falte el apoyo de la dialéctica. ¿Cómo habrian de ser *valederas* riquezas cuyo módulo no es el trabajo? Y si es el trabajo el que crea la riqueza y legitima la propiedad, ¿cómo explicar el consumo del ocioso? ¿Cómo ha de ser leal un sistema de distribucion en que el producto vale, segun las personas, ya más, ya ménos de lo que cuesta?

Las ideas de Say conducian á una ley agraria: así el partido conservador se ha apresurado á protestar contra ellas. « La primera fuente de la riqueza, habia

dicho el Sr. Rossi, es el trabajo. Proclamando este gran principio, la escuela industrial ha hecho evidente no sólo un principio económico, sino tambien el hecho social que, en manos de un historiador hábil, puede ser la más segura guia para seguir á la especie humana en su marcha y en sus establecimientos sobre la superficie del globo.»

¿Por qué despues de haber consignado en sus obras estas profundas palabras, ha creido luego el Sr. Rossi deberse retractar de ellas en una revista, comprometiendo sin ser necesario su dignidad de filósofo y de economista?

«Decís que la riqueza no es más que el resultado del trabajo; afirmais que en todos los casos el trabajo es la medida del valor, el regulador de los precios; y para salir bien que mal de las objeciones que suscitan por todas partes estas doctrinas, unas incompletas, otras absolutas, os veis de grado ó por fuerza llevados á generalizar la nocion del trabajo, y á sustituir á la análisis una síntesis completamente errónea.»

Siento que un hombre de la talla del Sr. Rossi me sugiera tan triste pensamiento; pero leyendo el pasaje que acabo de reproducir, no he podido ménos de decirme: La ciencia y la verdad no son ya nada; lo que hoy se adora es la tienda, la lonja, y despues de ella, el desesperado constitucionalismo que la representa. ¿Con quién piensa, pues, estar hablando el Sr. Rossi? ¿Está por el trabajo, ó por alguna otra cosa? ¿por la análisis, ó por la síntesis? O ¿está por ambas cosas á la vez? Escoja, porque deduciremos una conclusion inevitable contra él.

Si el trabajo es la fuente de toda riqueza, si es la más segura guia para seguir la industria de los establecimientos humanos sobre la haz de la tierra, ¿cómo no ha de ser una ley la igualdad en la distri-

bucion, la igualdad segun la medida del trabajo?

Si, por lo contrario, hay riquezas que no proceden del trabajo, ¿cómo constituye un privilegio la posesion de esas riquezas? ¿Qué es lo que legitima el monopolio? Expóngaseme de una vez esa teoría del derecho de consumo improductivo, esa jurisprudencia arbitraria, esa religion de la ociosidad, sagrada prerogativa de una casta de elegidos!

¿Qué significa ahora esa apelacion á la *análisis* de los falsos juicios de la *síntesis?* Esos términos de metafísica no sirven sino para alucinar á los necios, que ni siquiera imaginan que una misma proposicion puede ser convertida indiferentemente, y segun se quiera, en analítica ó sintética.—*El trabajo es el principio del valor y la fuente de la riqueza:* proposicion analítica, tal como la quiere el Sr. Rossi, puesto que es el resúmen de una análisis, en que se demuestra que hay identidad entre la nocion primitiva de trabajo y las subsiguientes nociones de producto, valor, capital, riqueza, etc. Vemos, sin embargo, que el Sr. Rossi rechaza la doctrina que resulta de esta análisis.—*El trabajo, el capital y la tierra, son las fuentes de la riqueza:* proposicion sintética, tal precisamente como no la quiere el Sr. Rossi; en efecto, la riqueza está considerada aquí como una nocion general, que se presenta bajo tres especies distintas, mas no idénticas. Y con todo, la doctrina así formulada, es la que merece la preferencia del Sr. Rossi. ¿Quiere ahora el Sr. Rossi que convirtamos su teoría del monopolio en analítica, y la nuestra del trabajo en sintética? Puedo darle este gusto... Pero me avergonzaria de seguir con hombre tan grave en frivolidades de este género. El señor Rossi sabe mejor que nadie que la análisis y la síntesis no prueban por sí solas absolutamente nada, y que lo que importa, como decia Bacon, es hacer

comparaciones exactas y enumeraciones completas.

Puesto que el Sr. Rossi estaba en vena de abstracciones, ¿por qué no decia á esa falange de economistas que acogen con tanto respeto las palabras que salen de su boca:

«El capital es la *materia* de la riqueza, como la plata es la materia de la moneda, como el trigo es la materia del pan; y, elevándose hasta lo más alto de la série, como la tierra, el agua, el fuego, la atmósfera, son la materia de todos nuestros productos. Pero el trabajo, sólo el trabajo, crea sucesivamente cada una de las utilidades concernientes á estas *materias*, y las trasforma por consiguiente en capitales y riquezas. El capital es trabajo, es decir, inteligencia y vida realizadas, como los animales y las plantas son realizaciones del alma universal, como las obras de Homero, de Rafael y de Rossini son la expresion de sus ideas y de sus sentimientos. El valor es la proporcion, segun la cual deben equilibrarse todas las realizaciones del alma humana para producir una totalidad armónica, que, siendo riqueza, engendre nuestro bienestar, ó por mejor decir, sea el signo, no el objeto, de nuestra ventura.

»La proposicion, *no hay medida del valor*, es ilógica y contradictoria, como resulta de las mismas razones en que se ha pretendido fundarla.

»La proposicion, *el trabajo es el principio de proporcionalidad de los valores*, no sólo es verdadera, porque resulta de una irrefragable análisis, sino que tambien es el objeto del progreso, la condicion y la forma del bienestar social, el principio y el fin de la economía política. De esta proposicion y de sus corolarios, *todo producto vale lo que cuesta de trabajo*, y *los productos se compran con productos*, se deduce el dogma de la igualdad de las condiciones.

»La idea de valor socialmente constituido ó de pro-

porcionalidad de los productos, sirve además para explicar: *a)* como un invento mecánico, á pesar del privilegio que temporalmente crea, y de las perturbaciones que ocasiona, produce siempre al fin una mejora general;—*b)* como el acto de descubrir un procedimiento económico no puede jamás proporcionar al inventor un beneficio igual al que proporciona á la sociedad;—*c)* como por una série de oscilaciones entre la oferta y la demanda, el valor de cada producto tiende constantemente á nivelarse con el precio de coste y las necesidades del consumo, y por consiguiente á establecerse de una manera fija y positiva;—*d)* como aumentando incesantemente la produccion colectiva la masa de cosas consumibles, y siendo por consecuencia mejor retribuido de dia en dia el jornal, el trabajo debe dejar á cada productor un sobrante;—*e)* como el trabajo, léjos de disminuir por el progreso industrial, aumenta sin cesar en cantidad y en calidad, es decir, en intensidad y dificultad para todas las industrias;—*f)* como el valor social elimina contínuamente los valores ficticios, en otros términos, como la industria socializa el capital y la propiedad;—*g)* por fin, como regularizándose la distribucion de los productos á medida que se establece la garantía mútua, producida por la constitucion de los valores, impele las sociedades hácia la igualdad de las condiciones y de las fortunas.

»Finalmente, como la sucesiva constitucion de todos los valores comerciales implica un progreso hasta lo infinito del trabajo, de la riqueza y del bienestar, conocemos ya nuestro destino social bajo el punto de vista económico: *Producir incesantemente, con la menor suma posible de trabajo para cada producto, la mayor cantidad y la mayor variedad posibles de valores, de manera que resulte para*

cada individuo la mayor suma de bienestar físico, moral é intelectual, y para la especie la más alta perfeccion, y una gloria infinita.»

Ahora que hemos ya determinado, no sin trabajo, el sentido de la cuestion propuesta por la Academia de Ciencias morales, relativamente á las oscilaciones del beneficio y del salario, es tiempo ya de que abordemos la parte esencial de nuestra tarea. Donde no esté socializado el trabajo, es decir, donde no esté determinado sintéticamente el valor, hay perturbacion y deslealtad en los cambios, guerra de astucias y de emboscadas, impedimento para la produccion, la circulacion y el consumo, trabajo improductivo, falta de garantías, despojo, insolidaridad, indigencia y lujo, pero al mismo tiempo esfuerzo del génio social por conquistar la justicia, y tendencia constante á la asociacion y al órden. La economía política no es otra cosa que la historia de esa gran lucha. Por una parte, en efecto, la economía política, en cuanto consagra y pretende eternizar las anomalías del valor y las prerogativas del egoismo, es verdaderamente la teoría de la desgracia y la organizacion de la miseria; pero en cuanto expone los medios inventados por la civilizacion para vencer el pauperismo, por más que esos medios hayan redundado constantemente en exclusivo provecho del monopolio, la economía política es el preámbulo de la organizacion de la riqueza.

Importa, pues, volver á emprender el estudio de los hechos y de las rutinas económicas, extraer su esencia y formular su filosofía. Sin esto no es posible ni adquirir el menor conocimiento de la marcha de las sociedades, ni ensayar ninguna reforma. El error del socialismo ha estado aquí en perpetuar el ensueño religioso, lanzándose á un porvenir fantástico, en vez de procurar comprender la realidad lo que

desvanece; así como el mal de los economistas está en ver en cada hecho realizado un auto de proscripcion contra toda hipótesis de reforma.

No es así como yo concibo la ciencia económica, la verdadera ciencia social. En vez de dar respuestas *à priori* á los formidables problemas de la organizacion del trabajo y de la distribucion de las riquezas, interrogaré á la economía política como la depositaria de los pensamientos secretos de la humanidad, haré hablar á los hechos segun el órden de su generacion, y diré lo que acrediten, sin poner en ello nada mio. Será esto á la vez una triunfante y lamentable historia, donde los personajes serán ideas, los episodios teorías, y las fechas fórmulas.

CAPITULO III

EVOLUCIONES ECONÓMICAS

PRIMERA ÉPOCA.—LA DIVISION DEL TRABAJO

La idea fundamental, la categoría dominante de la economía política, es el VALOR.

El valor llega á su positiva determinacion por una série de oscilaciones entre la *oferta* y la *demanda*.

El valor, por consecuencia, se presenta sucesivamente bajo tres aspectos: valor útil, valor en cambio, y valor sintético ó social, que es el valor verdadero. El primer término engendra contradictoriamente el segundo; y los dos juntos, absorbiéndose por medio de una penetracion recíproca, producen el tercero; de tal suerte, que la contradiccion ó el antagonismo de las ideas, parece como el punto de partida de toda la

ciencia económica, de la cual se puede decir, parodiando el dicho de Tertuliano sobre el Evangelio, *credo quia absurdum*. Hay en la economía de las sociedades verdad latente, desde el momento en que hay contradiccion aparente, *credo quia contrarium*.

Bajo el punto de vista de la economía política, el progreso de la sociedad consiste por lo tanto en resolver incesantemente el problema de la constitucion de los valores, ó sea de la proporcionalidad y solidaridad de los productos.

Al paso, empero, que en la naturaleza la síntesis de los términos contrarios es contemporánea de su oposicion, en la sociedad los elementos antitéticos parecen presentarse á largos intervalos, sin resolverse sino despues de una larga y tumultuosa agitacion. Así, no hay ejemplo, ni hay siquiera idea de un valle sin colina, de una izquierda sin derecha, de un polo Norte sin un polo Sud, de un baston con un solo extremo, ó de dos extremos sin un punto medio, etc. El cuerpo humano, con su dicotomia tan perfectamente antitética, queda íntegramente formado desde el momento mismo de su concepcion: repugna que se vaya componiendo y arreglando pieza por pieza, como el vestido que más tarde ha de imitarle y cubrirle (7).

En la sociedad como en el espíritu, por lo contrario, dista tanto la idea de llegar de un solo golpe á su plenitud, que por decirlo así separa una especie de abismo las dos posiciones antinómicas; y áun despues de reconocidas éstas, no se vé cuál será su síntesis. Es necesario que los conceptos primitivos sean, por decirlo así, fecundizados por ruidosas controversias y apasionadas luchas: batallas sangrientas serán los preliminares de la paz. En este momento, fatigada Europa de guerras y polémicas, espera un principio conciliador; y por el vago sentimiento de

esa situacion ha preguntado la Academia de Ciencias morales y políticas *cuáles son los hechos generales que arreglan las relaciones de los beneficios con los salarios y determinan sus oscilaciones*, en otros términos, cuáles son los episodios más salientes y las fases más notables de la guerra del capital y del trabajo.

Si demuestro, pues, que la economía política, con todas sus hipótesis contradictorias y sus conclusiones ambiguas, no es más que una organizacion del privilegio y de la miseria, dejaré probado que contiene implícitamente la promesa de una organizacion del trabajo y de la igualdad, puesto que, como se ha dicho, toda contradiccion sistemática anuncia una composicion: habré hecho más, habré sentado las bases de esa composicion misma. Luego, exponer el sistema de las contradicciones económicas, es echar los cimientos de la asociacion universal; decir cómo han *salido* de la sociedad los productos de la obra colectiva, es explicar cómo será posible que *vuelvan á entrar* en ella; dar á conocer el génesis de los problemas relativos á la produccion y á la distribucion de las riquezas, es preparar su solucion. Todas estas proposiciones son idénticas, de igual evidencia.

§ I.—Efectos antagonistas del principio de division.

En la comunidad primitiva, todos los hombres son iguales; iguales por su desnudez y su ignorancia; iguales por la potencia indefinida de sus facultades. Los economistas sólo consideran de ordinario el primero de estos aspectos: descuidan ó desconocen totalmente el segundo. Sin embargo, segun los más profundos filósofos de los tiempos modernos, La Rochefoucault, Helvecio, Kant, Fichte, Hegel, Jacotot, la inteligencia no difiere esencialmente en los individuos sino por su determinacion *cualitativa*,

y ésta constituye la especialidad ó aptitud propia de cada uno; al paso que, en lo que tiene de esencial, es á saber, en el juicio, es *cuantitativamente* la misma en todos los hombres. Resulta de aquí, que más tarde ó más temprano, segun hayan sido favorables las circunstancias, el progreso general ha de conducir á todos los hombres de la igualdad original y negativa, á la positiva equivalencia de los talentos y de los conocimientos.

Insisto en este precioso dato de la psicología, cuya consecuencia obligada es que no puede ya en adelante ser admitida como principio y ley de organizacion *la jerarquía de las capacidades:* sólo la igualdad es nuestra regla, como tambien nuestro ideal. Así pues, segun hemos demostrado con la teoría del valor, del mismo modo que la igualdad de miseria se ha de convertir progresivamente en igualdad de bienestar, así tambien la igualdad de las almas, negativa en su punto de partida, puesto que no representa más que el vacío, se ha de reproducir positivamente en el último término de la educacion de la humanidad. El movimiento intelectual se verifica paralelamente al económico: son, el uno la expresion, la traduccion del otro. La psicología y la economía social están de acuerdo, ó, por mejor decir, no hacen más que desarrollar, cada una, bajo un punto de vista diferente, la misma historia. Esto se vé, sobre todo, en la gran ley de Smith, *la division del trabajo.*

Considerada en su esencia, la division del trabajo es el modo como se realiza la igualdad de las condiciones y de las inteligencias. Por medio de la diversidad de las funciones dá lugar á la proporcionalidad de los productos y al equilibrio en los cambios, y, por consecuencia, nos abre el camino de la riqueza; así como tambien, revelando lo infinito en todas partes, en el arte y en la naturaleza, nos lleva á idealizar

todas nuestras operaciones, y hace al espíritu creador, es decir, á la divinidad misma, *mentem diviniorem*, inmanente y sensible en todos los trabajadores.

La division del trabajo es, pues, la primera fase de la evolucion económica, y tambien del progreso intelectual: nuestro punto de partida es verdadero lo mismo relativamente al hombre que á las cosas, y la marcha de nuestra exposicion no tiene nada de arbitraria.

Pero, en esta solemne hora de la division del trabajo, empieza á soplar sobre la humanidad el viento de las tempestades. No se realiza el progreso para todos de una manera igual y uniforme, por más que al fin y al cabo haya de alcanzar y transfigurar á toda criatura inteligente y trabajadora. Empieza por apoderarse de un pequeño número de privilegiados, que vienen por lo mismo á componer la flor de las naciones; y en tanto, la masa persiste ó se sumerge más en la barbarie. A causa de esa distincion de personas de parte del progreso, se ha creido por tanto tiempo en la desigualdad natural y providencial de las condiciones, han nacido las castas, y se han constituido jerárquicamente todas las sociedades. No se comprendia que no siendo toda desigualdad más que una negacion, llevase en sí misma el signo de su ilegitimidad y el anuncio de su caida; cabia, pues, mucho ménos imaginar que esa misma desigualdad procediese accidentalmente de una causa cuyo ulterior efecto habia de ser la de hacerla desaparecer del todo.

Así, reproduciéndose la antinomia del valor en la ley de la division del trabajo, ha resultado que el primero y más poderoso instrumento de saber y de riqueza puesto en nuestras manos por la Providencia, ha llegado á ser para nosotros un instrumento de imbecilidad y de miseria. Hé aquí la fórmula de esa nueva ley de antagonismo, á que debemos las dos

más antiguas enfermedades de la civilizacion, la aristocracia y el proletariado: *El trabajo, con dividirse segun la ley que le es propia y constituye la primera condicion de su fecundidad, termina por negar sus propios fines y se destruye á sí mismo;* en otros términos: *La division, sin la cual no hay progreso, ni riqueza, ni igualdad, subalterniza al obrero y hace imposible la igualdad, nociva la riqueza, é inútil la inteligencia.*

Todos los economistas, desde á A. Smith, han señalado las *ventajas* y los *inconvenientes* de la ley de division, pero insistiendo mucho más en las primeras que en los segundos, porque esto favorecia más su optimismo, y sobre todo sin que ninguno de ellos se haya jamás preguntado qué podian ser los *inconvenientes de una ley.* Así ha resumido la cuestion J. B. Say:

«Un hombre que hace durante toda su vida una misma operacion, llega de seguro á ejecutarla mejor y más rápidamente que otro alguno; pero se hace al mismo tiempo ménos capaz de otra ocupacion cualquiera, ya física, ya moral: se extinguen sus demás facultades, y de esto resulta una degeneracion en el hombre considerado individualmente. ¡Triste confesion la de no haber hecho nunca más que la décimaoctava parte de un alfiler! Y no vaya á creerse que sólo degenera de la dignidad de su naturaleza el obrero que dirige toda su vida una lima ó un martillo, porque otro tanto sucede con el hombre que por su profesion ejerce las más sútiles facultades del alma. Se puede decir, en resúmen, que la separacion de los trabajos es un hábil empleo de las fuerzas del hombre, y aumenta prodigiosamente los productos de la sociedad; pero tambien que quita algo á la capacidad de cada hombre individualmente considerado.» *(Tratado de Economía Política.)*

Así, ¿cuál es, despues del trabajo, la primera causa de la multiplicacion de las riquezas y de la habilidad de los trabajadores?—La division.

¿Cuál es la primera causa de la decadencia intelectual, y, como vamos á probar en seguida, de la miseria civilizada?—La division.

¿Cómo el mismo principio, seguido rigurosamente en sus consecuencias, conduce á efectos diametralmente opuestos? Ninguno de los economistas anteriores ni posteriores á A. Smith ha advertido siquiera que habia aquí un problema que sondear. Say llega hasta á reconocer que, en la division del trabajo, la misma causa que produce el bien engendra el mal; luégo, despues de algunas palabras de conmiseracion sobre las víctimas de la separacion de las industrias, abandona el asunto, contento con haberlo expuesto imparcial y lealmente. «Sabreis, parece decirnos, que cuanto más se divide la mano de obra, más aumenta la fuerza productora del trabajo; pero tambien que cuanto más se la divide más embrutece el trabajo la inteligencia, por irse reduciendo progresivamente á un mero mecanismo.»

En vano se indignan algunos contra una teoría que, creando por medio del trabajo mismo una aristocracia de capacidades, conduce fatalmente á la desigualdad política; en vano se protesta en nombre de la democracia y del progreso que no habrá ya en lo futuro ni nobleza, ni clase media, ni párias. El economista responde con la impasibilidad del destino: Estais condenados á producir mucho, y á producir barato; sin esto vuestra industria será siempre mezquina, vuestro comercio nulo, y andareis á la cola de la civilizacion, en vez de dirigirla.—¡Cómo! ¡Entre nosotros, hombres generosos, los habria predestinados al embrutecimiento, y cuanto más se perfeccionase la industria, más habria de crecer entre

nuestros hermanos el número de los réprobos!...— ¡Ay!... tal es la última palabra del economista.

No es posible desconocer en la division del trabajo, como hecho general y como causa, todos los caractéres de una LEY; pero como esa ley rige dos órdenes de fenómenos radicalmente inversos que se destruyen unos á otros, preciso es confesar que esta ley es de una especie desconocida en las ciencias exactas; que es ¡cosa extraña! una ley contradictoria, una *contra-ley*, una antinomia. Añadamos, por via de juicio prévio, que tal parece ser el rasgo signalético de toda la economía de las sociedades, y por lo tanto de la filosofía.

Ahora bien, á ménos de una RECOMPOSICION del trabajo, que destruya los inconvenientes de la division, sin dejar de conservar sus efectos útiles, es irremediable la contradiccion inherente al principio. Es necesario, repitiendo las palabras de los sacerdotes judíos que conspiraban contra la vida de Cristo, es necesario que el pobre perezca para asegurar la fortuna del propietario, *expedit unum hominem pro populo mori*. Voy á demostrar la necesidad de este fallo; despues de lo cual, si le queda aún al trabajador particulario un rayo de inteligencia, podrá consolarse con el pensamiento de que muere segun las reglas de la economía política.

El trabajo, que debia dar vuelo á la conciencia y hacernos cada vez más dignos de ventura, produciendo por medio de la division particularia el apocamiento del espíritu, amengua al hombre en la más noble parte de sí mismo, *minorat capitis*, y le relega á la especie de los séres irracionales. Desde ese instante, decaido el hombre, trabaja como un bruto, y como bruto debe ser tratado. No tardará la sociedad en ejecutar ese juicio de la necesidad y de la naturaleza.

El primer efecto del trabajo particulario, despues

del de la depravacion del alma, es la prolongacion de las horas de jornal, que aumentan en razon inversa de la suma de inteligencia que se emplea. Estimándose á la vez los productos bajo el punto de vista de la cantidad y de la calidad, si, por una evolucion industrial cualquiera, el trabajo disminuye en un sentido, es necesario que haya compensacion en otro. Mas como el jornal no puede pasar de diez y seis á diez y ocho horas, desde el momento en que no quepa buscar la compensacion en el tiempo, se le buscará en el precio, y disminuirá el salario. Y esta baja se verificará, no como se há ridículamente imaginado, por ser el valor esencialmente arbitrario, sino por ser esencialmente susceptible de determinacion. Importa poco que la lucha de la oferta y la demanda termine, ya en ventaja del maestro, ya en provecho del jornalero: oscilaciones tales pueden muy bien variar de amplitud, segun circunstancias accesorias muy conocidas, que han sido apreciadas en lo que valen millares de veces. Lo cierto, y lo que tratamos únicamente de observar, es que la conciencia universal no tasa del mismo modo el trabajo de un aparejador que el de un peon de albañil. Hay, por lo tanto, necesidad de reducir el precio del jornal; de suerte que el trabajador, despues de haber sido lastimado en su alma por una funcion degradante, no puede ménos de serlo en su cuerpo por lo módico de su recompensa. Hay aquí la aplicacion literal de ese dicho del Evangelio: *Al que tiene poco, áun este poco se le quitará.*

Hay en los incidentes económicos una razon implacable que se rie de la religion y de la equidad, como de los aforismos de la política, y hace al hombre feliz ó infeliz, segun obedece ó se sustrae á las prescripciones del destino. Léjos estamos ya, ciertamente, de esa caridad cristiana en que se inspiran

hoy tantos recomendables escritores, caridad que penetrando en el corazon de la clase media, se esfuerza en templar, por una multitud de fundaciones piadosas, los rigores de la ley. La economía política no conoce más que la justicia, justicia inflexible y prieta como la bolsa del avaro; y porque la economía política es el efecto de la espontaneidad social y la expresion de la voluntad divina, he podido decir: Dios es el eterno contradictor del hombre, y la Providencia misántropa. Dios nos hace pagar al peso de nuestra sangre, y á la medida de nuestras lágrimas, cada una de nuestras lecciones; y para colmo de mal, obramos todos como él en nuestras relaciones con nuestros semejantes. ¿Dónde está, pues, el amor del padre celestial por sus criaturas? ¿dónde la fraternidad humana?

¿Puede suceder otra cosa? dicen los teistas. Caido el hombre, queda el animal. ¿Cómo el Criador ha de reconocer en él su imágen? ¿Qué más natural que le trate entónces como una bestia de carga? Pero el tiempo de prueba no durará siempre, y tarde ó temprano el trabajo, despues de haberse *particularizado,* se sintetizará.

Tal es el argumento ordinario de todos los que tratan de justificar la Providencia, sin que alcancen las más de las veces sino á prestar nuevas armas al ateismo. De modo que Dios nos habria envidiosamente ocultado durante seis mil años una idea que podria haber ahorrado millones de víctimas, la distribucion á la vez especial y sintética del trabajo. En cambio nos habria dado por el intermedio de sus servidores Moisés, Budha, Zoroastro, Mahoma, etc., esos insípidos rituales, oprobio de nuestra razon, que han hecho degollar más hombres que letras no contienen. Hay más: si debemos creer la revelacion primitiva, la economía social vendria á ser esa cien-

cia maldita, ese fruto del árbol que Dios se reservó y prohibió al hombre que lo tocara. ¿Por qué esa religiosa reprobacion del trabajo, si es verdad, como patentiza ya la ciencia económica, que el trabajo es el padre suficientemente del amor y el órgano de la felicidad? ¿A qué esos celos por nuestros progresos? Mas si, como ahora parece, nuestros progresos dependen de nosotros mismos, ¿de qué sirve adorar ese fantasma de divinidad, ni qué quiere de nosotros por medio de esa turba de inspirados que nos persiguen con sus sermones? Vosotros todos, cristianos, protestantes y ortodoxos, neo-reveladores, charlatanes y engañados, oid el primer versículo del himno humanitario sobre la misericordia de Dios: «A medida que el principio de la division del trabajo recibe una aplicacion más completa, el obrero es más débil, más limitado, más dependiente. El arte progresa, el artesano retrocede.» (TOCQUEVILLE, *de la Democracia en América.)*

No anticipemos, pues, nuestras conclusiones, ni prejuzguemos la última revelacion de la experiencia. Dios se nos presenta por de pronto ménos favorable que adverso: limitémonos á consignar el hecho.

Del mismo modo que la economía política, en su punto de partida, nos ha dejado oir esas palabras misteriosas y sombrías: *A medida que la produccion de utilidad aumenta, la venalidad disminuye;* del mismo modo, al llegar á su primera estacion, nos advierte con voz terrible que *á medida que el arte progresa, el artesano retrocede.*

Para fijar mejor las ideas, citemos algunos ejemplos.

¿Cuáles son, en la industria metalúrgica, los jornaleros ménos industriosos? Precisamente los llamados *mecánicos.* Despues de haber sido las herramientas perfeccionadas de una manera tan admirable, un mecánico no es sino un hombre que sabe pasar la

lima sobre ciertos objetos ó ponerlos bajo la accion del cepillo: la mecánica compete á los ingenieros y á los contramaestres. Un albéitar del campo, por la sola necesidad de su posicion, reune en sí las diversas aptitudes y oficios de cerrajero, herrero de corte, armero, mecánico, carretero y veterinario: maravilla causaria, en el mundo de los ingenios, la ciencia que hay debajo del martillo de aquel hombre, á quien el pueblo, siempre burlon, dá el apodo de *tuesta-hierro*. Un obrero de Creuzot, que ha visto durante diez años todo lo que puede ofrecer su profesion de más grandioso y delicado, en saliendo de su taller, es incapaz de prestar el menor servicio y de ganar su vida. La incapacidad del individuo está en razon directa de la perfeccion del arte: y esto es tan verdad de las demás industrias como de la metalurgia.

El salario de los mecánicos se ha sostenido hasta aquí á un tipo elevado: es inevitable que baje algun dia, pues no cabe que lo sostenga lo mediano de la calidad del trabajo.

Acabo de citar un arte mecánica; citemos una industria liberal.

Guttemberg, y sus industriosos camaradas, Furst y Schœffer, ¿habrian podido creer jamás que su sublime invento hubiese de venir á caer, gracias á la division del trabajo, bajo el dominio de los ignorantes, estuve por decir de los idiotas? Hay pocos hombres tan débiles de inteligencia, tan poco *letrados*, como la masa de los jornaleros afiliados á los diversos ramos de la industria tipográfica, cajistas, prensistas, fundidores, encuadernadores y fabricantes de papel. Es ya casi una abstraccion el tipógrafo que se encontraba en tiempo de los Estienne. El empleo de mujeres para la caja, ha herido de muerte esta noble industria, y consumado su envilecimiento. He visto á una cajista, y era de las mejores, que no sabía leer

ni conocia más que la figura de las letras. El arte reside hoy en especialidades como los regentes y correctores, sábios modestos que humilla aún la impertinencia de los autores y maestros, y en algunos obreros verdaderamente artistas. La prensa, en una palabra, convertida en puro mecanismo, no está ya, por su personal, al nivel de la civilizacion: no quedarán pronto de ella sino monumentos.

He oido decir que los oficiales impresores de París tratan de levantarse de su abatimiento por medio de la asociacion: ¡ojalá no se consuman sus fuerzas en un vano empirismo ni se pierdan en estériles utopias!

Despues de la industria privada, veamos la administracion.

En los servicios públicos no son ménos espantosos ni ménos intensos los efectos del trabajo dividido: por todas partes, en la administracion, á medida que se desarrolla el arte, se reduce el sueldo de la generalidad de los empleados. Un cartero recibe anualmente de 400 á 600 francos, de los cuales la administracion le retiene todavía el décimo para su monte-pio. Despues de treinta años de servicio, la pension que se le dá, ó mejor dicho, la restitucion que se le hace, es de 300 francos por año, los cuales cedidos por el propietario á un hospicio le dan derecho á cama, sopa y ropa lavada. Sangre me brota del corazon al decirlo; pero encuentro que la administracion es todavía generosa: ¿qué retribucion quereis que se dé á un hombre cuya funcion está reducida á andar? La leyenda no dá sino *cinco sueldos* al Judío Errante; el cartero recibe veinte ó treinta: verdad es que los más tienen familia. La parte del servicio que exige el uso de las facultades intelectuales está reservada á los directores ó á los oficiales: éstos están ya mejor retribuidos: hacen trabajo de hombres.

Por todas partes, pues, en los servicios públicos

como en la industria privada, están dispuestas las cosas de tal suerte, que las nueve décimas partes de los trabajadores sirven de bestias de carga para la otra décima: tal es el inevitable efecto del progreso industrial, y la indispensable condicion de toda riqueza. Conviene hacerse bien cargo de esa verdad elemental, ántes de hablar al pueblo de igualdad, de libertad, de instituciones democráticas, y de otras utopias cuya realizacion supone préviamente una revolucion completa en las relaciones de los trabajadores.

El más notable efecto de la division del trabajo es la decadencia de la literatura.

En la edad media y en la antigüedad, el literato, especie de doctor enciclopédico, sucesor del trovador y del poeta, como que todo lo sabía, lo podia todo. La literatura, despóticamente, dirigia la sociedad: los reyes procuraban granjearse el favor de los escritores, ó se vengaban de su desprecio quemándolos á ellos y á sus libros. Era esto aún una manera de reconocer la soberanía literaria.

Hoy los hombres son industriales, abogados, médicos, banqueros, comerciantes, profesores, ingenieros, bibliotecarios, etc.; pero ninguno es literato: ó mejor dicho, todo el que se ha elevado en su profesion á una altura algo notable, por este sólo hecho, es necesariamente literato: la literatura como el bachillerato ha venido á formar parte elemental de toda profesion. El literato reducido á su verdadera expresion es hoy el *escritor público*, especie de agente fraseador puesto á sueldo de todo el mundo, cuya variedad más conocida es el periodista.....

Extraña idea tuvieron por cierto las Cámaras, hace cuatro años, al hacer una ley sobre la propiedad literaria, como si la idea no tendiese ya cada vez más á serlo todo, el estilo nada. Gracias á Dios, se acabó ya

la elocuencia parlamentaria como la poesía épica y la mitología; el teatro no atrae sino raras veces á los hombres de negocios y á los de ciencia; y al paso que los inteligentes se espantan de la decadencia del arte, el observador filósofo no ve en esto sino el progreso de la razon viril, á la que más bien importunan que divierten esas difíciles bagatelas. No conserva su interés la novela sino en cuanto se aproxima á la realidad; está reducida la historia á una exegesis antropológica; y en todas partes por fin se presenta el arte de bien hablar como el auxiliar subalterno de la idea, del hecho. El culto de la palabra, demasiado confusa y lenta para los espíritus impacientes, es desatendido, y sus artificios pierden cada vez más sus encantos. La lengua del siglo XIX se compone de hechos y de cifras, y el más elocuente entre nosotros es el que con ménos palabras sabe decir más cosas. El que no sabe hablar esta lengua está hoy relegado sin misericordia entre los retóricos: se dice de él que no tiene ideas.

En una sociedad naciente, el progreso de las letras se adelanta necesariamente al progreso filosófico é industrial, y durante mucho tiempo sirve de medio de expresion á entrambos. Pero llega el dia en que el pensamiento no cabe dentro de la lengua, en que por consiguiente llega á ser para la sociedad un síntoma seguro de decadencia el que la literatura conserve su antiguo predominio. El lenguaje, en efecto, es para cada pueblo la coleccion de sus ideas nativas, la enciclopedia que le revela por de pronto la Providencia; es el campo que debe cultivar su razon ántes de abordar directamente la naturaleza valiéndose de la observacion y la experiencia. Ahora bien, se puede decir sin temor que una sociedad está perdida, cuando despues de haber agotado la ciencia contenida en su vocabulario, en vez de continuar su instruccion por medio de la filosofía superior, se en-

vuelve en su manto poético, y juega con sus períodos y sus hemistiquios. Todo en ella será sútil, mezquino y falso; no tendrá siquiera la ventaja de conservar en su esplendor esa lengua de que está locamente enamorada; en vez de marchar por la senda de los genios de transicion, de los Tácitos, de los Tucidides, de los Maquiavelos y de los Montesquieu, caerá irresistiblemente, de la majestad de Ciceron, á las sutilezas de Séneca, á las antítesis de San Agustin, y á los retruécanos de San Bernardo.

No nos hagamos por lo tanto ilusiones: desde el momento en que el espíritu, que por de pronto está todo en el verbo, pasa al terreno de la experiencia y del trabajo, el literato propiamente dicho no es ya más que la personificacion mezquina de la menor de nuestras facultades; y la literatura, desecho de la industria intelectual, no encuentra despacho sino entre los ociosos á quienes divierte y los proletarios á quienes fascina, entre los juglares que asedian el poder y los charlatanes que en él se defienden, los hierofantes del derecho divino que embocan el porta-voz del monte Sinaí, y los fanáticos de la soberanía del pueblo, cuyos ya raros órganos, reducidos á ensayar sobre sepulcros su facundia tribunicia en tanto que puedan derramarla desde lo alto de la tribuna, no saben ya dar al público sino parodias de Graco y de Demóstenes.

La sociedad está pues de acuerdo en reducir en todo, indefinidamente, la condicion del trabajador particulario; y la experiencia, confirmando en todas partes la teoría, prueba que ese obrero está condenado al infortunio desde el vientre de su madre, sin que puedan aliviar su suerte ninguna reforma política, ninguna asociacion de intereses, ni ningun esfuerzo de la caridad pública ni de la enseñanza. Los diversos específicos imaginados en estos últimos tiempos, léjos de

poder curar la llaga, no servirian sino para exacerbarla irritándola; y cuanto sobre este punto se ha escrito, no ha hecho más que poner en evidencia el círculo vicioso de la economía política.

Vamos á demostrarlo en pocas palabras.

§ II.—Ineficacia de los paliativos.—Blanqui, Chevalier, Dunoyer, Rossi, Passy.

Todos los remedios propuestos contra los tristes resultados de la division del trabajo se reducen á dos, que en rigor no son más que uno, pues el primero es el inverso del otro: moralizar al obrero aumentando su bienestar y su dignidad, ó bien ir preparando su emancipacion y su lejana dicha por medio de la enseñanza.

Examinaremos sucesivamente estos dos sistemas, que tienen por representantes el uno al Sr. Blanqui, y el otro al Sr. Chevalier.

El Sr. Blanqui es el hombre de la asociacion y del progreso, el escritor de tendencias democráticas, el profesor simpático del proletariado. En su discurso de apertura del año 1845, ha proclamado el Sr. Blanqui, como medio de salvacion, la asociacion del capital y del trabajo, la participacion del jornalero en los beneficios del maestro, ó sea un principio de solidaridad industrial. «En nuestro siglo, ha exclamado, ha de nacer el productor colectivo.» Olvida el Sr. Blanqui que el productor colectivo ha nacido hace ya mucho tiempo, como tambien el consumidor colectivo, y que la cuestion no es ya genética, sino de medicina. Se trata de hacer que la sangre procedente de la digestion colectiva, en vez de agolparse en la cabeza, en el vientre y en el pecho, baje á los brazos y á las piernas. Ignoro por lo demás qué medios se propone emplear el Sr. Blanqui para realizar su ge-

neroso pensamiento: si la creacion de talleres nacionales, ó la comandita del Estado, ó la expropiacion de los capitalistas y su reemplazo por compañías de trabajadores, ó si por fin se contentará con recomendar á los obreros la caja de ahorros, en cuyo caso podrá aplazarse esa participacion para las calendas griegas.

Como quiera que sea, la idea del Sr. Blanqui está reducida á esos aumentos de salario procedentes del título de consocios, ó á lo ménos de co-partícipes, que da á los jornaleros. Veamos, pues, qué le valdria al obrero esa participacion en los beneficios.

Una fábrica de hilados de 15.000 husos, que ocupa á 300 obreros, no da con mucho al año de beneficios 20.000 francos. Sé por un industrial de Mulhouse que las fábricas de tejidos de Alsacia están generalmente á ménos de la par, y que ya esta industria no es una manera de ganar dinero por medio del *trabajo*, sino por medio del *agio*. VENDER, vender oportunamente, vender caro, es toda la cuestion: fabricar no es más que un medio de preparar una operacion de venta. Cuando, pues, supongo, por término medio, un beneficio de 20.000 francos por taller de 300 personas, como mi argumento es general, falta mucho, faltan 20.000 francos para que yo esté en lo cierto. Admitamos, sin embargo, esta cifra. Dividiendo 20.000 francos, supuesto beneficio de la fábrica, entre 300 personas y entre 300 jornales, encuentro para cada una un aumento de sueldo de 22 céntimos y 2 milésimas, ó sea para el gasto diario un suplemento de 18 céntimos, exactamente lo que se llama un pedazo de pan. ¿Vale esto la pena de expropiar á los asentistas y jugar la fortuna pública, para venir al fin y al cabo á crear establecimientos tanto más frágiles, cuanto que estando desmenuzada la propiedad en partes infinitesimales de accion, y no sosteniéndola ya los beneficios, carecerian de lastre las empresas y

no estarian ya al abrigo de las tempestades? Y si no se trata de expropiacion, ¡triste perspectiva para la clase jornalera la de un aumento de 18 céntimos, por premio de algunos siglos de economías, porque siglos necesitará para formar sus capitales, suponiendo que las faltas periódicas de trabajo no la obliguen á comerse periódicamente sus ahorros!

De muchas maneras ha sido presentado el hecho que acabo de referir. El mismo Sr. Passy *, por los libros de una fábrica de hilados de Normandía, en que los obreros estaban asociados con el capitalista, ha buscado cuál habia sido el salario de muchas familias durante diez años, y ha encontrado salarios medios de 1.200 á 1.400 francos por año. Ha querido luégo comparar la situacion de los jornaleros de fábricas de hilados, á quienes se paga con arreglo á los beneficios obtenidos por los maestros, con la de los obreros pura y simplemente asalariados, y ha reconocido que son casi insensibles las diferencias. Fácil de prever era este resultado. Los fenómenos económicos obedecen á leyes abstractas é impasibles como los números; no turban su inmortal armonía sino el privilegio, la arbitrariedad y el fraude.

El Sr. Blanqui, arrepentido á lo que parece de haber hecho esta primera concesion á las ideas socialistas, se ha apresurado á retirarla. En la misma sesion en que el Sr. Passy demostraba la insuficiencia de la sociedad en participacion, dijo: «¿No parece verdaderamente que el trabajo sea cosa susceptible de organizacion, y dependa del Estado arreglar la suerte de la humanidad como la marcha de un ejército, y esto con una precision enteramente matemática? Es esta una mala tendencia, una ilusion

* Sesion de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, setiembre de 1845

que la Academia no combatirá nunca lo bastante, porque es no sólo una quimera, sino tambien un peligroso sofisma. Respetemos las buenas y leales intenciones; pero no temamos decir que publicar un libro sobre la *organizacion del trabajo*, es hacer por la quincuagésima vez un trabajo sobre la piedra filosofal ó la cuadratura del círculo.»

Llevado luégo de su celo, el Sr. Blanqui acaba de echar abajo la teoría de la participacion, ya tan fuertemente atacada por el Sr. Passy, con el siguiente ejemplo: «El Sr. Dailly, uno de los más ilustrados agricultores, ha abierto una cuenta corriente para cada una de sus tierras, y otra para cada producto; y ha comprobado que en un período de treinta años, no ha obtenido jamás el mismo hombre sobre el mismo terreno cosechas iguales. Han variado los productos de 26.000 á 9 ó 7.000 francos, habiendo bajado algunas veces hasta 300. Hasta hay productos, las patatas, por ejemplo, que le arruinan de cada nueve veces una. ¿Cómo, pues, dadas esas variaciones, y sobre rentas tan inciertas, ha de ser posible establecer distribuciones exactas ni salarios uniformes para los trabajadores?...»

Se podria responder á esto que las variaciones de productos en cada pieza de tierra indican simplemente que es preciso asociar entre sí á los propietarios, despues de haberlos asociado con los jornaleros, hecho que estableceria una solidaridad más profunda; pero esto sería prejuzgar lo que está precisamente en cuestion, ó sea la organizacion del trabajo, lo que el Sr. Blanqui, despues de un maduro exámen, declara en definitiva imposible de encontrar. Es por otra parte evidente que la solidaridad no aumentaria en un óbolo la comun riqueza, y que por lo tanto, no afecta siquiera el problema de la division del trabajo.

Resulta de todo, que el beneficio tan codiciado, y

muchas veces problemático de los maestros, está léjos de cubrir la diferencia entre los salarios efectivos y los que se piden, y que el antiguo proyecto del Sr. Blanqui, mezquino en sus resultados, y repudiado por su propio autor, sería para la industria fabril un verdadero azote. Ahora bien, hallándose ya establecida en todas partes la division del trabajo, es posible generalizar el raciocinio, y decir por conclusion que *la miseria es un efecto del trabajo*, tanto como de la pereza.

Dícese á esto, y este argumento goza de gran boga en el pueblo: auméntese el precio de los servicios, duplíquese, triplíquese el salario.

Confieso que, á ser posible el aumento, se obtendria un completo éxito, diga lo que quiera el señor Chevalier, á quien sobre este punto debo corregir algun tanto.

Segun el Sr. Chevalier, si se aumentase el precio de una mercancía cualquiera, aumentaria en la misma proporcion el de los demás artículos, y no resultaria ventaja alguna para nadie.

Este raciocinio, que los economistas se pasan unos á otros hace un siglo, es tan falso como antiguo; y correspondia al Sr. Chevalier, en su calidad de ingeniero, enmendar la tradicion económica. Siendo el sueldo de un jefe de negociado de 10 francos diarios, y el salario de un jornalero de 4: si se aumentase de 5 francos la renta de cada uno, la relacion de sus fortunas, que en el primer caso es como 100 es á 40, sería sólo en el segundo como 100 es á 60. Efectuándose necesariamente el aumento de los salarios por adicion y no por cociente, sería por lo tanto un excelente medio de nivelacion, y merecerian los economistas que los socialistas les devolviesen el cargo de ignorantes, que tan gratuitamente y tan á diestro y siniestro se les hace.

Digo, empero, que es imposible semejante aumento, y hasta absurdo suponerlo: porque, como por otra parte lo ha visto muy bien el Sr. Chevalier, la cifra que indica el precio del jornal no es más que un exponente algebráico sin influencia alguna en la realidad, y lo que conviene ante todo aumentar, no sin dejar de rectificár las desigualdades de la distribucion, es, no la expresion monetaria, sino la cantidad de los productos. Hasta aquí, todo movimiento de alza en los salarios no puede tener otro efecto que el de un alza análoga en el trigo, el vino, la carne, el azúcar, el jabon, el carbon de piedra, etc., es decir, el efecto de una carestía. Porque ¿qué es el salario? Es el valor líquido del trigo, del vino, de la carne, del carbon de piedra; es el precio integrante de todas las cosas. Vamos más alla: el salario es la proporcion de los elementos que componen la riqueza y son consumidos todos los dias reproductivamente por las masas de los trabajadores. Ahora bien, doblar el salario, en el sentido en que lo entiende el pueblo, es atribuir á cada uno de los productores una parte mayor que su producto, lo cual es contradictorio; y si el alza no afecta sino un pequeño número de industrias, es provocar una perturbacion general en los cambios, en una palabra, una carestía. ¡Líbreme Dios de echarme á profeta! mas á pesar de toda mi simpatía porque se mejore la suerte de las clases jornaleras, es, lo declaro así, es imposible que las huelgas por coalicion, cuando van seguidas de un aumento en los salarios, no conduzcan á un encarecimiento general: es esto tan cierto como dos y dos son cuatro. Por semejantes medios no llegarán los obreros á enriquecerse, ni lo que es mil veces más precioso, á ser libres. Apoyados los obreros por una prensa imprudente, con exigir un aumento de salario, han fomentado el monopolio más bien que sus intereses:

¡ojalá reconozcan el amargo fruto de su inexperiencia cuando llegue á reproducirse de un modo más acerbo su malestar!

Convencido de la inutilidad, ó mejor dicho, de los funestos efectos del aumento de los salarios, y comprendiendo perfectamente que la cuestion es del todo orgánica y de ninguna manera comercial, el señor Chevalier toma al revés el problema. Pide para la clase jornalera, ante todo, instruccion, y propone en este sentido vastas reformas.

¡La instruccion! esta es tambien la palabra del Sr. Arago para los obreros, este el principio de todo progreso. ¡La instruccion!... es preciso saber una vez por todas lo que de ella podemos esperar para la resolucion del problema que nos ocupa: es preciso saber, digo, no si es de desear que todos la reciban, cosa que nadie pone en duda, sino si esa instruccion es posible.

Para apreciar bien todo el alcance de las miras del Sr. Chevalier, es indispensable conocer su táctica.

El Sr. Chevalier, amoldado de antiguo á la disciplina, primero por sus estudios politécnicos, luégo por sus relaciones sansimonianas, y finalmente por su posicion universitaria, no parece admitir que un alumno pueda tener otra voluntad que la del reglamento, ni un sectario otro pensamiento que el de su jefe, ni un funcionario público otra opinion que la del Gobierno. Puede ser esta una manera de concebir el órden tan respetable como cualquiera otra, y no trato por ello de aprobarla ni de censurarla. ¿Tiene el Sr. Chevalier que emitir algun juicio que le sea propio? En virtud del principio de que es lícito todo lo que no está prohibido por la ley, se apresura á tomar la delantera y á dar su parecer, sin perjuicio de adherirse luego, si es preciso, á la opinion de la autoridad. El Sr. Chevalier, ántes de colocarse en las filas cons-

titucionales, se habia entregado al Sr. Enfantin; así se habia explicado tambien sobre los canales, los ferro-carriles, la Hacienda y la propiedad, mucho ántes de que el ministerio hubiese adoptado sistema alguno sobre la construccion de los caminos de hierro, la conversion de las rentas, los privilegios de invencion, la propiedad literaria, etc.

El Sr. Chevalier, por lo tanto, no es, ni con mucho, admirador ciego de la enseñanza universitaria, y mientras no varíen las cosas, no repara en decir lo que piensa. Sus opiniones son de las más radicales.

El Sr. Villemain habia dicho en su dictámen: «El objeto de la segunda enseñanza es preparar de léjos un núcleo de hombres escogidos para todos los puestos que hay que ocupar y servir en la administracion, la magistratura, el foro y las diversas profesiones liberales, inclusos los grados superiores y las especialidades científicas del ejército y armada.»

«La segunda enseñanza, dice sobre este punto el Sr. Chevalier (*), está destinada á preparar hombres que han de ser unos labradores, otros fabricantes, esos comerciantes, aquellos ingenieros libres. Ahora bien, en el programa todas esas gentes están completamente olvidadas. La omision es un poco grave, porque al fin el trabajo industrial en sus diversas formas, la agricultura, el comercio, no es en el Estado un accesorio ni un accidente, sino lo principal... Si la Universidad quiere justificar su nombre, preciso es que marche en este sentido; de no, verá levantarse frente á frente de ella una *universidad industrial*..... Será esto altar contra altar, etc.....»

Y como es propio de una idea luminosa ilustrar todas las cuestiones que con ella se rozan, proporciona la enseñanza profesional al Sr. Chevalier un

(*) *Diario de los Economistas*, Abril de 1843.

medio muy expedito de cortar de paso la querella entre el clero y la Universidad sobre la libertad de enseñanza.

«Preciso es convenir en que se hace el caldo gordo al clero con dejar que la latinidad sirva de base á la enseñanza. El clero sabe el latin tan bien como la Universidad, como que el latin es su lengua. Su enseñanza por otra parte es barata: y es por lo tanto imposible que no atraiga una gran parte de la juventud á sus pequeños seminarios y á sus colegios de segunda enseñanza superior y completa.....»

La conclusion viene de suyo: cámbiense las materias de la segunda enseñanza, y se descatoliza el reino; y como el clero no sabe más que el latin y la Biblia, y no cuenta en su seno ni maestros industriales, ni agricultores, ni tenedores de libros; como que entre sus cuarenta mil sacerdotes no hay quizá veinte que sepan levantar un plano ni forjar un clavo, no tardará en verse á quién darán la preferencia los padres de familia, si á la industria ó al breviario, ni en saberse si creen ó no que el trabajo es la más bella de las lenguas para orar á Dios.

Así acabaria esa ridícula oposicion entre la educacion religiosa y la ciencia profana, lo espiritual y lo temporal, la razon y la fe, el altar y el trono, rúbricas viejas ya faltas de sentido, con que se divierte el público bonachon, ínterin llega el momento de que se enfade.

El Sr. Chevalier no insiste, por lo demás, en esta solucion: sabe que religion y monarquía son dos compadres que, aunque siempre en riña, no pueden existir el uno sin el otro; y por no despertar sospechas, se lanza á una idea revolucionaria, la igualdad.

«Francia podria dar á la escuela politécnica veinte veces más alumnos de los que hoy da (el término medio, hoy de 176, sería entónces de 3.520). La

Universidad no tiene más que consentirlo..... Si mi opinion fuera de algun peso, sostendria que la aptitud para las matemáticas es *mucho ménos especial* de lo que comunmente se cree. Recordaré el éxito con que niños, tomados por decirlo así al azar en las calles de París, siguieron la enseñanza de la Martinière, por el método del capitan Tabareau.»

Si la segunda enseñanza, reformada con arreglo á las miras del Sr. Chevalier, fuese seguida por todos los jóvenes franceses, en lugar de serlo como lo es ordinariamente por sólo 90.000, no habria exageracion alguna al elevar la cifra de las especialidades matemáticas de 3.520 á 10.000; pero tendríamos por la misma razon 10.000 artistas, filólogos y filósofos;—10.000 médicos, físicos, químicos y naturalistas;—10.000 economistas, jurisconsultos y administradores;—20.000 industriales, contramaestres, negociantes y tenedores de libros;—40.000 agricultores, viñeros, mineros, etc.; total, 100.000 capacidades por año, ó sea cerca del tercio de la juventud. El resto, como que en vez de ser talentos especiales, no sería más que mezclas de diversas facultades, podria clasificarse indiferentemente en las demás categorías sociales.

Es indudable que si se diese tan poderoso vuelo á las inteligencias se aceleraria la marcha de la igualdad, y tengo para mí que tal es el deseo secreto del Sr. Chevalier. Mas lo que me trae precisamente inquieto, es que no hay jamás falta de capacidades, como no la hay de poblacion, y que la cuestion está en encontrar empleo para las unas y pan para la otra. En vano dice el Sr. Chevalier: «La segunda enseñanza daria ménos lugar á que se la acuse de que arroja á la sociedad olas de ambiciosos faltos de los medios de satisfacer sus aspiraciones, y con interés de trastornar el Estado; personas desaplicadas é inaplica-

bles que no sirven para nada, y se creen, sin embargo, aptas para todo, particularmente para dirigir los negocios públicos. Los estudios científicos exaltan ménos los ánimos. Los ilustran y los arreglan á la vez, y adaptan al hombre á la vida práctica...»—Este lenguaje, le replicaré, es bueno para tenido con patriarcas: un profesor de economía política debe respetar más su cátedra y su auditorio. El Gobierno no dispone todos los años sino de ciento veinte plazas para los ciento setenta y seis alumnos que admite en la escuela politécnica; ¿en qué atolladero no se veria si los admitidos fuesen diez mil, ó, admitiendo la cifra del Sr. Chevalier, tres mil y quinientos? Y generalícese: el total de destinos civiles es sesenta mil, ó sea tres mil vacantes por año; ¡qué horror para el Gobierno si, adoptando de pronto las ideas reformistas del Sr. Chevalier, se viese asediado de cincuenta mil pretendientes! Se ha hecho repetidas veces la siguiente objecion á los republicanos, sin que la hayan jamás contestado: Cuando tenga todo el mundo su privilegio de elector, ¿valdrán más los diputados, ni estarán más adelantados los proletarios? Hago la misma pregunta al Sr. Chevalier: Cuando tenga usted por año cien mil capacidades, ¿qué hará V. de ellas?

Para colocar esa interesante juventud, será preciso bajar hasta el último escalon de la jerarquía. Deberán los jóvenes empezar, despues de quince años de sublimes estudios, no como hoy, por los grados de ingeniero aspirante, de subteniente de artillería, de alférez de navío, de sustituto, de interventor, de guarda general, etc., sino por los innobles empleos de trabajador de pala y azadon, de artillero, de dragador, de grumete, de pinche, de bodegonero. Allí será preciso que esperen que la muerte aclare las filas para adelantar un paso. Será muy posible que

un hombre que haya salido de la escuela politécnica capaz de ser un Vauban, muera de caminero en una carretera de segunda clase, ó de cabo de un regimiento.

¡Oh! ¡cuánto más prudente no se ha mostrado el catolicismo, y cuán atrás no os ha dejado en el conocimiento del hombre y la sociedad á vosotros todos, sansimonianos, demócratas, universitarios, economistas! El sacerdote sabe que nuestra vida no es más que un viaje, y que nuestra perfeccion es irrealizable aquí abajo; y se contenta con bosquejar en la tierra una educacion que se ha de completar en el cielo. El hombre formado por la religion, contento con saber hacer y obtener lo que basta para llenar su tarea terrenal, no puede jamás llegar á ser un estorbo para el Gobierno, de quien es mucho más fácil que sea mártir. ¡Oh religion querida! ¡es posible que te desconozca una clase media que tanto te necesita!...

¡A qué espantosos combates entre el orgullo y la miseria no nos precipita esa manía de enseñanza para todos! ¿De qué ha de servir la educacion profesional, de qué las escuelas de agricultura y de comercio si vuestros estudiantes no poseen ni establecimientos ni capitales? ¿Qué necesidad tienen de henchirse hasta los veinte años de toda clase de ciencias, si han de ir despues á atar hilos en la mula-jenny, ó á arrancar carbon en el fondo de una mina? ¡Cómo! ¡confesais vosotros mismos que no teneis anualmente sino tres mil destinos para cincuenta mil hombres capaces de ejercerlos, y hablais aún de crear escuelas! Preferible es que permanezcais en vuestro sistema de exclusion y de privilegio, sistema antiguo como el mundo, apoyo de las dinastías y de los patriciados, verdadera máquina de castrar hombres para asegurar los placeres de una casta de sultanes. Haced pagar caro vuestras lecciones, multiplicad las tra-

bas, alejad, con interminables pruebas, al hijo del proletario, á quien el hambre no permite que espere, y proteged con todo vuestro poder las escuelas eclesiásticas, donde se aprende á trabajar para la otra vida, á resignarse, á ayunar, á respetar á los grandes, amar al rey, y orar á Dios. Porque todo estudio inútil, tarde ó temprano, se le abandona: la ciencia es un veneno para los esclavos.

Sin duda alguna, el Sr. Chevalier tiene harta sagacidad para no ver las consecuencias de su idea. Pero se habrá dicho en el fondo de su alma, y hay que aplaudirle su buena intencion: hagamos ante todo que los hombres sean hombres; luégo, el que viva verá.

Así caminamos á la ventura, guiados por la Providencia, que no nos advierte nada sino azotándonos: tal es el principio y el fin de la economía política.

Al revés del Sr. Chevalier, profesor de economía política en el Colegio de Francia, el Sr. Dunoyer, economista del Instituto, no quiere que se organice la enseñanza. La organizacion de la enseñanza es una variedad de la organizacion del trabajo; luego nada de organizacion. La enseñanza, hace observar el Sr. Dunoyer, es una profesion, no una magistratura: como todas las profesiones, debe ser y permanecer libre. No nos han traido á las funestas ideas de centralizacion y absorcion de toda actividad en el Estado, sino el comunismo, el socialismo, la tendencia revolucionaria, cuyos principales agentes han sido Robespierre, Napoleon, Luis XVIII y el Sr. Guizot. Libre es la prensa, y la pluma de los periodistas una mercancía; libre tambien la religion, y todo el que lleve sotana, corta ó larga, y sepa excitar oportunamente la curiosidad pública, puede hacerse un auditorio. El padre Lacordaire tiene sus devotos, Leroux sus apóstoles, Buchez su convento. ¿Por qué

no habia de ser tambien libre la enseñanza? Si es indudable el derecho del enseñado como el del comprador, el del maestro, que no es sino una variedad del vendedor, es su correlativo: imposible de todo punto tocar á la libertad de enseñanza, sin violar la más preciosa de las libertades, la de conciencia. Y luégo, añade el Sr. Dunoyer, que si el Estado debe enseñar á todo el mundo, no tardará en pretenderse que debe dar trabajo, despues cuarto, por fin mesa... ¿A dónde vamos á parar?

El argumento del Sr. Dunoyer es irrefutable: organizar la enseñanza, es prometer á cada ciudadano una ocupacion liberal y un salario decente: son dos términos tan íntimamente enlazados como la circulacion arterial y la circulacion venosa. Pero resulta de la teoría del Sr. Dunoyer, que el progreso no es cierto sino respecto á un corto número de escogidos, y por lo tanto, que para las nueve décimas partes de la humanidad, la barbarie es la condicion perpétua. Esto mismo constituye, segun el Sr. Dunoyer, la ciencia de las sociedades, que se manifiesta en tres tiempos, religion, jerarquía y mendicidad. De suerte que, en este sistema, que es el de Destutt de Tracy, Montesquieu y Platon, la antinomia de la division, como la del valor, es irresoluble.

Es para mí, lo confieso, un inefable placer ver al Sr. Chevalier, partidario de la centralizacion de la enseñanza, combatido por el Sr. Dunoyer, partidario de la libertad; al Sr. Dunoyer á su vez en oposicion con el Sr. Guizot; al Sr. Guizot, que representa á los centralizadores, en contradiccion con la ley constitucional, que erige la libertad en principio; la Constitucion pisoteada por los universitarios, que reclaman para ellos solos el privilegio de la enseñanza, á pesar del mandato expreso del Evangelio, que dice á los sacerdotes: *Id y enseñad;* y por encima de todo ese

estrépito producido por economistas, legisladores, ministros, académicos, profesores y clérigos, oir á la Providencia económica desmintiendo el Evangelio, y exclamando: ¿Qué quereis que haga de vuestra enseñanza, pedagogos?

¿Quién nos sacará de este conflicto? El Sr. Rossi se inclina á una especie de eclecticismo. Poco dividido el trabajo, dice, permanece improductivo; demasiado dividido, embrutece al hombre. La sabiduría está entre los dos extremos: *in medio virtus*.—Desgraciadamente esa mediana sabiduría no es más que una mediana miseria añadida á una mediana riqueza, de suerte que nada resulta modificado. La proporcion entre el bien y el mal, en vez de ser como 100 es á 100, sólo es ya como 50 es á 50; y digo esto, para dar una vez por todas la medida del eclecticismo. Por lo demás, el justo medio del Sr. Rossi está en oposicion directa con la gran ley económica: *producir con el menor gasto posible la mayor suma posible de valores*..... Ahora bien, ¿cómo puede el trabajo llenar su objeto sin que esté extremamente dividido? Investiguemos más, si os place.

«Todos los sistemas, dice el Sr. Rossi, todas las hipótesis económicas son del dominio del economista; pero el hombre inteligente, libre y responsable, está bajo el imperio de la ley moral..... La economía política no es más que una ciencia que examina las relaciones de las cosas, y deduce de ellas consecuencias. Examina cuáles son los efectos del trabajo: en la práctica es preciso aplicarle siempre, segun la importancia del objeto. Cuando la aplicacion que se hace del trabajo es contraria á un objeto más elevado que la produccion de la riqueza, es preciso abandonarla..... Supongamos que fuese un medio de aumentar la riqueza nacional hacer trabajar á los niños quince horas diarias: la moral diria que esto no es

lícito. ¿Probaria esto que la economía política es falsa? No: esto prueba que se confunde lo que debe estar separado.»

Si el Sr. Rossi hubiese tenido un poco más de esa naturalidad, gala tan difícil de adquirir para los extranjeros, habria simplemente *echado su lengua á los perros*, como decia la Sra. de Sevigné; es decir, habria renunciado á meterse en tales honduras. Pero es indispensable que un profesor hable, y hable, y hable, no para decir algo, sino para no estar mudo. El señor Rossi dá tres vueltas al rededor de la cuestion, y luégo se echa; y esto basta para que ciertas gentes crean que la ha resuelto.

Es en verdad un mal síntoma para una ciencia, que al desarrollarse segun los principios que le son propios, llegue en un punto dado á ser desmentida por otra; como sucede, por ejemplo, cuando los postulados de la economía política se encuentran en contradiccion con los de la moral, suponiendo que la moral, como la economía política, sea una ciencia. ¿Qué viene á ser el conocimiento humano, si sus afirmaciones se destruyen entre sí, y de qué podremos fiarnos? El trabajo parcelario es una ocupacion de esclavo, pero es el único verdaderamente fecundo; el trabajo no dividido sólo pertenece al hombre libre, pero no cubre sus gastos. Por un lado la economía política nos dice: sed ricos; por otro la moral: sed libres; y el Sr. Rossi, que habla en nombre de las dos, nos dice al mismo tiempo que no podemos ser ni libres ni ricos, puesto que serlo á medias, es no serlo. La *doctrina* del Sr. Rossi, léjos, pues, de satisfacer esa doble tendencia de la humanidad, tiene el inconveniente, para no ser exclusiva, de quitárnoslo todo: es bajo otra forma la historia del sistema representativo.

Pero el antagonismo es mucho más profundo aún

de lo que ha creido el Sr. Rossi. Porque, puesto que segun la experiencia universal, en este punto de acuerdo con la teoría, el salario mengua cuanto más dividido está el trabajo, es óbvio que sometiéndonos á la esclavitud del trabajo dividido, no por esto obtendremos la riqueza; no habremos hecho más que convertir hombres en máquinas, como nos lo demuestran las clases jornaleras de ambos mundos. Y puesto que, por otra parte, sin la division del trabajo la sociedad cae de nuevo en la barbarie, es aún evidente que con sacrificar la riqueza no hemos de llegar á la libertad, como nos lo prueban todas las razas nómadas de Asia y de África. Luego hay necesidad, y requerimiento absoluto de parte de la economía como de la moral, de resolver el problema de la division del trabajo. Ahora bien, ¿á cuántos están de esto los economistas? ¿Qué se le ha respondido á Lemontey, que hace más de treinta años, desarrollando una observacion de Smith, ha hecho resaltar la influencia desmoralizadora y homicida de la division del trabajo? ¿qué investigaciones se han hecho? ¿qué combinaciones se han propuesto? ¿Ha sido la cuestion siquiera comprendida?

Todos los años los economistas, con una exactitud que alabaria yo mucho más si no la viese quedar siempre estéril, dan cuenta del movimiento comercial de los Estados de Europa. Saben cuántos metros de paño, cuántas piezas de seda, cuántos kilógramos de hierro han sido fabricados; cuál ha sido por cabeza el consumo del trigo, del vino, del azúcar, de la carne: no se diria sino que para ellos el *nec plus ultra* de la ciencia es publicar inventarios, y el último término de su combinacion, llegar á ser los interventores generales de las naciones. Jamás tantos materiales reunidos han ofrecido más ancho campo á las investigaciones; y ¿qué se ha encontrado? ¿qué prin-

cipio nuevo ha brotado de esa masa de datos? ¿qué solucion se ha obtenido para tantos y tan antiguos problemas? ¿qué direccion nueva se ha dado á los estudios?

Entre otras cuestiones hay una, la del pauperismo, que parece ya preparada para un juicio definitivo. El pauperismo es hoy el más conocido de todos los fenómenos del mundo civilizado: se sabe sobre poco más ó ménos de dónde procede, cuándo y cómo sobreviene, y cuánto cuesta; se ha calculado en qué proporcion está con los demás grados de civilizacion, y se está convencido al mismo tiempo de la ineficacia de los específicos con que hasta aquí se le ha combatido. Dividido el pauperismo en géneros, especies y familias, es una historia natural completa, una de las más importantes ramas de la antropología. Pues bien, lo que resulta irrefragablemente de todos los hechos recogidos, pero que no se ha visto ni se ha querido ver, y los economistas se obstinan en ocultar con su silencio, es que el pauperismo es constitucional y crónico en las sociedades, mientras subsista el antagonismo entre el capital y el trabajo, y que este antagonismo no puede concluir sino con una negacion absoluta de la economía política. ¿Qué salida de ese laberinto han descubierto los economistas?

Este último punto merece que nos detengamos un momento.

En la sociedad primitiva, como hice observar en el párrafo anterior, la miseria es la condicion universal.

El trabajo es la guerra declarada á esa miseria.

Este se organiza, primero dividiéndose, luégo por medio de las máquinas, despues por la concurrencia, etc., etc.

Trátase ahora de saber si no es de la esencia de esa organizacion, tal como nos la dá la economía política, que al paso que haga cesar la miseria de los

unos, agrave la de los otros de una manera fatal é inevitable. En estos términos hay que proponer la cuestion del pauperismo, y así es como hemos acometido la empresa de resolverla.

¿Qué significan por lo tanto esas eternas habladurías de los economistas sobre la imprevision de los jornaleros, sobre su pereza, su falta de dignidad, su ignorancia, su libertinaje, sus matrimonios prematuros, etc.? Todos esos vicios, toda esa crápula no es más que el manto del pauperismo; mas ¿dónde está la causa, esa primera causa que mantiene fatalmente en el oprobio á las cuatro quintas partes del género humano? La naturaleza, ¿no ha hecho á todos los hombres igualmente groseros, rebeldes al trabajo, lúbricos y salvajes? El patricio y el proletario, ¿no están acaso formados del mismo barro? ¿De qué procede, pues, que despues de tantos siglos, y á pesar de tantos prodigios de la industria, de las ciencias y de las artes, no sean aún ni el bienestar ni la buena educacion patrimonio de todos los hombres? ¿Cómo se explica que en los grandes centros de la riqueza social de París y Lóndres sea tan repugnante la miseria como en los tiempos de César y de Agrícola? ¿Cómo han podido permanecer las masas tan incultas al lado de una aristocracia tan refinada? Se denuncian los vicios del pueblo; pero los de la clase alta no parecen ser menores, y quizá, quizá sean mayores. El pecado original es en todos el mismo: ¿de qué procede, repito, que el bautismo de la civilizacion no haya tenido para todos la misma eficacia? ¿Constituirá acaso el mismo progreso un privilegio, y habrá de andar eternamente en el fango todo el que no posea ni carro ni caballería? Mas ¿qué digo? El hombre totalmente desnudo, ni á mejorar aspira: ha sido tan honda su caida, que hasta se ha apagado la ambicion en su alma.

De todas las virtudes privadas, observa con infinita razon el Sr. Dunoyer, la más necesaria, la que nos procura sucesivamente todas las demás, es el amor al bienestar, es un violento deseo de salir de la abyeccion y la miseria, es esa emulacion y esa dignidad que no permiten que nos contentemos con una situacion inferior á la de nuestros semejantes. Pero ese sentimiento, que tan natural parece, es desgraciadamente mucho ménos comun de lo que se piensa. Pocos cargos hay ménos merecidos por la mayor parte de los hombres, que el que les dirigen los moralistas ascéticos de ser demasiado amigos de sus comodidades; se les podria dirigir el cargo contrario con muchísima más justicia..... En la naturaleza humana hay hasta esto de muy notable, que cuantas ménos luces y recursos se tienen, ménos se experimenta el deseo de adquirirlos. Los más miserables salvajes y los ménos ilustrados de los hombres, son precisamente aquellos á quienes con más dificultad se suscitan necesidades, y con más trabajo se inspira el deseo de salir de su estado; de suerte que es preciso que el hombre se haya procurado cierto bienestar por el trabajo, ántes que sienta con alguna intensidad esa necesidad de mejorar su condicion y perfeccionar su existencia, á que doy el nombre de amor al bienestar. *(De la libertad del trabajo*, tomo II, *página* 80.)

Así la miseria de las clases trabajadoras procede, generalmente hablando, de su falta de corazon é inteligencia, ó como ha dicho en alguna parte el señor Passy, de la debilidad, de la inercia de sus facultades morales é intelectuales. Esta inercia nace de que dichas clases, aún medio salvajes, no experimentan con suficiente viveza el deseo de mejorar su condicion: y esto es lo que hace observar el Sr. Dunoyer. Mas como esa carencia de deseo es á su vez efecto

de la miseria, síguese de ahí que la miseria y la apatía son la una y la otra efecto y causa, y el proletario gira por lo tanto dentro de un círculo.

Para salir de este abismo sería preciso un bienestar, esto es, un aumento progresivo de salario; ó inteligencia y valor, esto es, un desarrollo progresivo de facultades; cosas ambas diametralmente opuestas á la degradacion del alma y del cuerpo, que es el efecto natural de la division del trabajo. La desgraciada suerte del proletariado es, pues, toda providencial, y tratar de cambiarla, al punto á que ha venido la economía política, sería provocar la borrasca revolucionaria.

Porque no sin una razon profunda, tomada de altas consideraciones de la moral, la conciencia humana, manifestándose sucesivamente por el egoismo de los ricos y la apatía de los pobres, niega la retribucion prévia del hombre al que no llena más que el oficio de palanca y de resorte. Si, por algun imposible, viniese el bienestar á caer en suerte al trabajador particulario, se veria surgir algo monstruoso: los trabajadores empleados en los trabajos repugnantes vendrian á ser como esos romanos saciados de las riquezas del mundo, cuya embrutecida inteligencia se habia vuelto incapaz hasta de inventar placeres. El bienestar sin la educacion embrutece al pueblo y le hace insolente, como se ha observado desde la antigüedad más remota. *Incrassatus est, et recalcitravit*, dice el Deuteronomio. Por lo demás, el trabajador particulario se ha juzgado á sí mismo: está contento con que tenga pan, una mala cama en qué dormir, y una borrachera por domingo. Otra condicion cualquiera le sería perjudicial y comprometeria el órden público.

En Lyon, hay una clase de hombres que, gracias al monopolio de que les deja gozar la municipalidad,

cobran un salario superior al de los profesores de facultad y al de los jefes de negociado de los ministerios: hablo de los mozos de cordel. Los precios de embarque y desembarque en ciertos puertos de Lyon, son por las tarifas de las *Rigas*, ó compañías de mozos de cordel, de 30 céntimos de franco por cada 100 kilógramos. A ese precio, no es nada raro que un hombre gane por dia 12, 15 y hasta 20 francos: basta para esto trasportar cuarenta ó cincuenta sacos desde un buque á un almacen cualquiera. Es cosa de pocas horas. ¡Qué condicion tan favorable para el desarrollo de la inteligencia, así para los niños como para sus padres, si por sí misma, y las horas de ócio que procura, fuese la riqueza un principio moralizador! Pero no sucede nada de esto: los mozos de cordel de Lyon son hoy lo que siempre fueron, borrachos, crapulosos, brutales, insolentes, egoistas y cobardes. Es penoso decirlo; pero considero esta declaracion como un deber, porque es verdadera: una de las primeras reformas que hay que hacer entre las clases trabajadoras, es la de reducir los salarios de algunas, al paso que se suba el de otras. No porque recaiga en las últimas clases del pueblo es más respetable el monopolio, mucho ménos si no sirve más que para mantener el más grosero individualismo. La insurreccion de los tejedores de velos encontró á esos mozos de cuerda, y en general á toda la gente de ribera, indiferentes, y más que indiferentes, hostiles. Nada de lo que pasa fuera de los puertos logra interesarles. Bestias de carga formadas de antemano para el despotismo, con tal que se les conserve su privilegio, no se meten jamás en política. Debo, con todo, decir en su descargo, que hace algun tiempo, como las necesidades de la concurrencia hayan abierto brecha en sus aranceles, han empezado á despertarse sentimientos más sociales en esas macizas

é impenetrables naturalezas: algunas rebajas más, sazonadas de un poco de miseria, y pronto las *Rigas* lionesas formarán el cuerpo de preferencia, para cuando haya que tomar castillos por asalto.

En resúmen, es imposible, contradictorio, que en el actual sistema de las sociedades, llegue el proletariado al bienestar por medio de la educacion, ni á la educacion por medio del bienestar. Porque, sin contar que el proletario, el hombre-máquina, es tan incapaz de bienestar como de instruccion, está demostrado por una parte, que su salario tiende siempre ménos á subir que á bajar; y por otra, que la cultura de su inteligencia, áun pudiendo recibirla, le sería inútil; de suerte que está constantemente arrastrado hácia la barbarie y la miseria. Cuanto se ha ensayado en esos últimos años en Francia é Inglaterra, para mejorar la suerte de las clases pobres, ya sobre el trabajo de las mujeres y los niños, ya sobre la primera enseñanza, á ménos que no sea fruto de una secreta idea de radicalismo, se ha hecho contra las afirmaciones de la economía, y en perjuicio del órden establecido. El progreso, para la masa de los trabajadores, es siempre el libro cerrado de los siete sellos; y no se descifrará, á buen seguro, el implacable enigma por medio de contrasentidos legislativos.

Por lo demás, si los economistas, á fuerza de repasar sus viejas rutinas, han perdido hasta la inteligencia de las cosas sociales, no cabe decir que los socialistas hayan resuelto mejor la antinomia de la division del trabajo. Se han detenido, por lo contrario, en la negacion, en la antítesis; porque no es más que esto oponer, por ejemplo, á la uniformidad del trabajo parcial, una pretendida variedad donde pueda cada cual cambiar de ocupacion diez, quince ó veinte veces por dia.

Como si cambiar diez, quince ó veinte veces por dia el objeto de un ejercicio parcial, fuese hacer sintético el trabajo; como si, por consiguiente, veinte fracciones de jornal de un peon, pudiesen dar una cosa equivalente al jornal de un artista. Suponiendo que fuese esa danza industrial practicable, y cabe desde luego asegurar que desapareceria ante la necesidad de hacer responsables de su obra á los trabajadores, y por consiguiente las funciones personales, no cambiaria en nada la condicion física, moral é intelectual del jornalero; podria cuando más, por la disipacion, consolidar su incapacidad, y de consiguiente su dependencia. Así lo confiesan los organizadores, los comunistas y otros. Aspiran tan poco á resolver la antinomia de la division, que admiten todos, como condicion esencial de la organizacion, la jerarquía del trabajo, es decir, la clasificacion de los trabajadores en particularios y en generalizadores ó sintéticos, y que en todas las utopias, es considerada como eje, la distincion de las capacidades, fundamento ó pretexto eterno de la desigualdad de bienes. Reformadores que sólo se hacian ya recomendables por la lógica de sus planes, y que despues de haber declamado contra el *simplismo*, la monotonía, la uniformidad y el particularismo del trabajo, vienen luego proponiendo una *pluralidad* como una SÍNTESIS; inventores tales, digo, están juzgados y deben ser mandados á la escuela.

¿Pero cuál es la solucion de V., señor critico? me preguntará tal vez alguno de mis lectores. Muéstrenos V. esa síntesis que, conservando la responsabilidad, la personalidad, en una palabra, la especialidad del trabajo, ha de reunir la extrema division y la mayor variedad en un todo complexo y armónico.

Tengo la contestacion á mano: Interroguemos los hechos, consultemos la humanidad; no podemos to-

mar guia más seguro. Despues de las oscilaciones del valor, la division del trabajo es el hecho económico que influye de la manera más sensible en los beneficios y los salarios. Este es el primer piquete plantado por la Providencia en el terreno de la industria; este el punto de partida de esa inmensa triangulacion que debe al fin determinar el derecho y el deber para todos y cada uno de los hombres. Sigamos, pues, nuestros indicios, fuera de los cuales no podríamos sino extraviarnos y perdernos:

Tu longè sequere, et vestigia semper adora.

CAPÍTULO IV

SEGUNDA ÉPOCA.—LAS MÁQUINAS

«He visto con profunda pena la CONTINUACION DE LA ESCASEZ en los distritos fabriles del Reino.»

Palabras de la Reina Victoria en su discurso de la Corona.

Si hay algo que merezca hacer reflexionar á los soberanos, es que, espectadores más ó ménos impasibles de las calamidades humanas, se hallan, por la constitucion misma de la sociedad y la naturaleza de su poder, en la absoluta imposibilidad de curar los sufrimientos de los pueblos: les está hasta vedado ocuparse en ellos. Debe permanecer fuera de las atribuciones del poder, dicen de comun acuerdo los teóricos economistas y los representativos, toda cuestion de trabajo y de salario. Desde la elevada esfera en que los ha colocado la religion, los tronos, las dominaciones, los principados, las potencias y toda la celestial milicia, miran, inaccesibles á las tempestades, la tormenta por que pasan las sociedades;

pero no se extiende su poder á los vientos y á las olas. Nada pueden los reyes para la salvacion de los mortales. Y á la verdad, esos teóricos tienen razon: el príncipe ha sido establecido para conservar, no para revolucionar; para proteger la realidad, no para procurar la realizacion de la utopia. Representa uno de los principios antagonistas, y creando la armonía se eliminaria á sí mismo, cosa que sería por su parte soberanamente inconstitucional y absurda.

Pero, como á despecho de las teorías, el progreso de las ideas cambia sin cesar la forma exterior de las instituciones, haciendo contínuamente necesario aquello mismo que el legislador no ha querido ni previsto, y que asimismo, por ejemplo, las cuestiones de tributos se hacen cuestiones de distribucion de la riqueza; las de utilidad pública, cuestiones de trabajo nacional y de organizacion de la industria; las de Hacienda, operaciones de crédito; las de derecho internacional, cuestiones de aduanas y de mercados; queda demostrado que el príncipe, no debiendo intervenir jamás, segun la teoría, en cosas que, sin que la teoría lo haya previsto, se hacen sin embargo cada dia por un movimiento irresistible objeto de Gobierno, no es ni puede ya ser, por más que se haya dicho, sino una hipótesis, una ficcion, como la Divinidad de que emana.

Y como al fin es imposible que el príncipe y los intereses que ha de defender consientan en empequeñecerse y anularse ante los principios que surgen y los nuevos derechos que se crean; síguese de ahí que el progreso, despues de haberse infiltrado insensiblemente en los espíritus, se realiza bruscamente en la sociedad; y que la fuerza, á pesar de las calumnias de que es objeto, es la condicion *sine qua non* de las reformas. Toda sociedad en que esté compri-

mida la fuerza de insurreccion, es una sociedad muerta para el progreso: no hay en la historia verdad mejor demostrada.

Y lo que digo de las monarquías constitucionales, es igualmente cierto respecto de las democracias representativas: en todas partes el pacto social ha atado las manos al poder y conjurado la vida, sin que haya podido ver el legislador que trabajaba contra su propio objeto, ni haya tampoco podido obrar de otro modo.

Deplorables actores de las comedias parlamentarias, monarcas y representantes, hé aquí al fin lo que sois: ¡talismanes contra el porvenir! Se os presenta todos los años las quejas del pueblo, y cuando se os pide el remedio, vuestra sabiduría oculta su rostro. ¿Se hace preciso apoyar el privilegio, es decir, esa consagracion del derecho del más fuerte que os ha creado, y todos los dias cambia? En continente, á la menor señal de vuestra cabeza, una numerosa milicia se agita, corre á las armas, y se pone en órden de batalla. Y cuando se queja el pueblo de que á pesar de su trabajo, y precisamente á causa de su trabajo, le devora la miseria; cuando la sociedad os pide de qué vivir, le recitais actos de misericordia. ¡No teneis energía sino para la inmovilidad, y toda vuestra virtud se vá en aspiraciones! ¡Como el fariseo, en lugar de alimentar á vuestro padre, orais por él! ¡Ah! yo os lo digo, sabemos el secreto de vuestra mision: no existís sino para impedirnos que vivamos. *Nolite ergo imperare*, ¡idos!.....

En cuanto á nosotros, que concebimos bajo un punto de vista completamente distinto la tarea del poder; que queremos que el trabajo especial del Gobierno sea precisamente explorar el porvenir, buscar el progreso, procurar á todos libertad, igualdad, salud, riqueza, continuemos con valor nuestra críti-

ca, seguros de que cuando hayamos puesto al descubierto la causa del mal de la sociedad, el orígen de sus fiebres, el motivo de sus agitaciones, no nos ha de faltar fuerza para aplicar el remedio.

§ I. Del papel que desempeñan las máquinas en sus relaciones con la libertad.

La introduccion de las máquinas en la industria se realiza en oposicion á la ley de division del trabajo, y como para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por esta ley. Para apreciar bien el alcance de ese movimiento y comprender su espíritu, se hacen necesarias algunas consideraciones generales.

Los filósofos modernos, despues de haber recogido y clasificado sus anales, han sido llevados por la naturaleza de sus trabajos á ocuparse tambien de historia: y han visto entónces, no sin sorpresa, que la *historia de la filosofía* era en el fondo lo mismo que la *filosofía de la historia;* han visto además que esos dos ramos de la especulacion, en la apariencia tan diversos, no eran más que la aparicion en la escena de las concepciones de la metafísica, que constituye toda la filosofía.

Ahora bien, si se divide la materia de la historia universal en cierto número de cuadros, tales como matemáticas, historia natural, economía social, etc., se verá que cada una de estas divisiones contiene tambien la metafísica. Y sucederá lo mismo hasta con la última subdivision de la totalidad de la historia: de suerte que la filosofía entera existe en el fondo de toda manifestacion natural ó de la industria, sin hacer acepcion alguna de magnitudes ni de calidades; cabe emplear igualmente bien todos los paradigmas para elevarse á las más sublimes concepciones; y encontrándose los postulados todos de la razon en la más

modesta industria tan bien como en las ciencias más generales, para hacer de todo artesano un filósofo, es decir, un espíritu generalizador y altamente sintético, bastaria enseñarle, ¿qué? su profesion.

Hasta ahora, es verdad, la filosofía, como la riqueza, ha sido reservada para ciertas castas: tenemos la filosofía de la historia, la filosofía del derecho, y áun algunas otras filosofías. Es esta una especie de apropiacion que debe desaparecer, como otras muchas de tan noble orígen. Mas, para consumar esa inmensa ecuacion, es preciso empezar por la filosòfía del trabajo, despues de lo cual podrá cada trabajador emprender á su vez la filosofía de su oficio.

Así, no siendo todo producto del arte y de la industria, y toda constitucion política ó religiosa, del mismo modo que toda criatura orgánica ó inorgánica, sino una realizacion, una aplicacion natural ó práctica de la filosofía, queda demostrada la identidad de las leyes de la naturaleza y de la razon, del sér y de la idea; y cuando, por nuestra parte, establecemos la conformidad constante de los fenómenos económicos con las leyes puras del pensamiento, la equivalencia de lo real y de lo ideal en los hechos humanos, no hacemos más que repetir, para un caso particular, esa demostracion eterna.

¿Qué decimos nosotros, en efecto?

Para determinar el valor, en otros términos, para organizar en sí misma la produccion y la distribucion de las riquezas, la sociedad procede exactamente como la razon al engendrar los conceptos. Empieza por sentar un primer hecho, emite una primera hipótesis, la division del trabajo, verdadera antinomia cuyos resultados antitéticos se desarrollan en la economía social, del mismo modo que hubieran podido deducirse sus consecuencias en el entendimiento; de suerte que el movimiento industrial, siguiendo en

todo la deduccion de las ideas, se divide en una doble corriente, una de efectos útiles, otra de resultados subversivos, todos igualmente necesarios, y todos producto legítimo de la misma ley. Para constituir armónicamente ese principio de doble aspecto y resolver esta antinomia, la sociedad hace surgir otra, que será pronto seguida de otra tercera; y tal será la marcha del genio social, hasta que habiendo agotado todas sus contradicciones,—supongo, pero no está probado, que la contradiccion en la humanidad haya de tener un término,—vuelve de un salto sobre todas sus posiciones anteriores, y en una sola fórmula resuelve todos sus problemas.

Siguiendo en nuestra exposicion ese método del desarrollo paralelo de la realidad y de la idea, encontramos una doble ventaja: ante todo la de salvarnos del cargo de materialismo, dirigido tantas veces á los economistas, para quienes los hechos son verdad sólo por ser hechos, y hechos materiales. Para nosotros, al contrario, los hechos no son materia, porque no sabemos lo que esa palabra significa, sino manifestaciones visibles de ideas invisibles. Bajo este punto de vista los hechos no prueban sino segun la medida de la idea que representan: esta es la razon por que hemos rechazado como ilegítimos y no definitivos el valor útil y el valor en cambio, y más tarde la division del trabajo, por más que para los economistas fuesen todos de una autoridad absoluta.

Por otra parte, no se nos puede acusar de espiritualismo, idealismo ni misticismo; porque, no admitiendo por punto de partida sino la manifestacion exterior de la idea, idea que ignoramos y no existe, ínterin no se refleje en algo, como la luz, que no sería nada si el sol existiese sólo en un vacío infinito; y descartando todo *à priori* teogónico y cosmogónico, toda investigacion sobre la sustancia, la causa, el yo

y el no yo, nos limitamos á buscar las *leyes* del ser y á seguir el sistema de sus manifestaciones hasta donde pueda alcanzar la razon.

A no dudarlo, en el fondo, todo conocimiento se detiene ante un misterio: lo son, por ejemplo, la materia y el espíritu que admitimos como dos esencias desconocidas, *substratum* de todos los fenómenos. Pero esto no es decir que el misterio sea el punto de partida del conocimiento, ni el misticismo la condicion necesaria de la lógica; la espontaneidad de nuestra razon, ántes al contrario, tiende á rechazar perpétuamente el misticismo y á protestar *à priori* contra todo misterio, porque el misterio para ella sólo sirve para ser negado, y la negacion del misticismo es lo único para lo cual no necesita la razon de la experiencia.

En suma, los hechos humanos son la encarnacion de las ideas humanas; así que, estudiar las leyes de la economía social, es establecer la teoría de las leyes de la razon y crear la filosofía. Podemos ahora seguir el curso de nuestras investigaciones.

Hemos dejado, al final del capítulo anterior, al jornalero en lucha con la ley de la division del trabajo: ¿cómo se las va á componer ese infatigable Edipo para resolver este enigma?

En la sociedad, la incesante aparicion de las máquinas es la antítesis, la fórmula inversa de la division del trabajo; es la protesta del genio de la industria contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Una manera de reunir diversas partículas del trabajo que la division habia separado. Toda máquina puede ser definida de este modo: un resúmen de muchas operaciones, una simplificacion de resortes, una condensacion del trabajo, una reduccion de gastos. Bajo todos estos puntos de vista, la máquina es la contraposicion de la division del

trabajo. Luego, por medio de la máquina, no podrá ménos de haber restauracion del trabajador parcelario, disminucion de fatiga para el obrero, baja de precio en los productos, movimiento en la relacion de los valores, progreso hácia nuevos descubrimientos, y aumento del bienestar general.

Así como una nueva fórmula da una nueva fuerza al geómetra, así la invencion de una máquina es una reduccion de mano de obra que multiplica la fuerza del productor; y se puede ya creer que la antinomia de la division del trabajo, si no está enteramente vencida, estará por lo ménos contrabalanceada y neutralizada. Conviene leer en el curso del Sr. Chevalier las innumerables ventajas que resultan para la sociedad de la intervencion de las máquinas; es un cuadro lleno de interés, al cual me complazco en remitir al lector.

Las máquinas, presentándose en la economía política en abierta contradiccion con la division del trabajo, representan la síntesis oponiéndose en el espíritu humano al análisis; y así como, segun veremos pronto, tenemos la economía política entera en la division del trabajo y en las máquinas, así en la análisis y la síntesis tenemos toda la lógica, toda la filosofía. El hombre que trabaja procede necesaria y sucesivamente por medio de la division de funciones y con ayuda de instrumentos; y el que raciocina hace necesaria y sucesivamente síntesis y análisis, ni más ni ménos. No irán nunca más allá ni la razon ni el trabajo. Prometeo, como Neptuno, llega en tres pasos á los límites del mundo.

De estos principios tan sencillos, tan luminosos como axiomas, se deducen consecuencias inmensas.

Siendo esencialmente inseparables en las operaciones intelectuales la análisis y la síntesis, y no adquiriendo por otra parte la teoría el sello de la legi-

timidad sino á condicion de seguir paso á paso la experiencia, síguese de ahí que el trabajo, reuniendo en una accion contínua la análisis y la síntesis, la teoría y la práctica, y reasumiendo por consiguiente, como forma exterior de la lógica, la realidad y la idea, se presenta de nuevo como medio universal de enseñanza. *Fit fabricando faber:* el más absurdo de todos los sistemas de educacion es el que separa la inteligencia de la actividad y divide al hombre en dos entidades imposibles, un abstractor y un autómata. Por esto nos asociamos á las justas quejas del señor Chevalier, del Sr. Dunoyer, y de cuantos piden las reformas de la enseñanza universitaria: en esto tambien se funda la esperanza de los resultados que de reforma tal nos hemos prometido. Si la educacion fuese ante todo experimental y práctica, dejando el discurrir sólo para explicar, resumir y coordinar el trabajo; si se permitiese aprender por los ojos y las manos á quien nada puede aprender por la imaginacion y la memoria, se veria pronto multiplicarse las capacidades con las formas del trabajo; conociendo todo el mundo la teoría de algo, sabria por la misma razon la lengua filosófica, y podria en una ocasion dada, siquiera no fuese más que una sola vez en la vida, crear, modificar, perfeccionar, dar pruebas de inteligencia y de comprension, producir su obra maestra, en una palabra, mostrarse hombre. La desigualdad de las adquisiciones de la memoria no cambiaria en nada la equivalencia de las facultades, y el genio no nos pareceria ya sino lo que es en efecto, la salud del espíritu.

Los ingenios del siglo XVIII han disputado largamente sobre lo que constituye el *genio*, en qué se distingue del *talento*, qué debe entenderse por *espíritu*, etc. Habian trasportado al mundo intelectual las mismas distinciones que en la sociedad separan á

las personas. Habia para ellos genios reyes y dominadores, genios príncipes, genios ministros; luégo espíritus nobles y espíritus plebeyos, talentos cívicos y talentos campesinos. Yacia en lo más bajo de la escala la grosera muchedumbre de los industriosos, clases apenas bosquejadas, excluidas de la gloria de los elegidos. Están aún llenas todas las retóricas de esas impertinencias que el interés monárquico, la vanidad de los letrados y la hipocresía socialista se esfuerzan en acreditar, para la perpétua esclavitud de las naciones y el sosten del actual órden de cosas.

Mas, si está demostrado que todas las operaciones del espíritu se reducen á dos, análisis y síntesis, y son necesariamente inseparables, aunque distintas; si, por una consecuencia forzosa, á pesar de la infinita variedad de los trabajos y de los estudios, el espíritu no hace nunca más que volver á empezar la misma tela, el hombre de genio no es otra cosa que un hombre de buena constitucion, que ha trabajado mucho, meditado mucho, analizado mucho, comparado, clasificado, resumido, concluido; al paso que el sér limitado, que vive sumergido en una rutina endémica, en vez de desarrollar sus facultades, ha matado su inteligencia con la inercia y el automatismo. Es absurdo distinguir como de diferente naturaleza lo que no difiere realmente sino por la edad, y luego convertir en exclusion y privilegio los diversos grados de un desarrollo ó los azares de una espontaneidad que, por el trabajo y la educacion, deben cada dia ir desapareciendo.

Los retóricos psicólogos, que han clasificado las almas humanas en dinastías, razas nobles, familias medias y proletariado, habian observado con todo que el genio no era universal, ántes tenia su especialidad; así que han declarado iguales y soberanos de reinos distintos á Homero, Platon, Fidias, Arquímedes y

César, que les parecian ser todos primeros en su género. ¡Qué inconsecuencia! ¡Como si la especialidad del genio no revelase la ley misma de la igualdad de inteligencias! ¡Como si, por otra parte, lo constante del éxito en los productos del genio no fuese la prueba de que éste obra por principios que le son extraños, y son la garantía de la perfeccion de sus obras, mientras los sigue fiel y exactamente! Esa apoteosis del genio, que han soñado despiertos hombres cuya charla fué siempre estéril, haria creer en la tontería innata de la mayoría de los mortales, si no fuese la más brillante prueba de su perfectibilidad.

Así el trabajo, despues de haber diferenciado las capacidades y preparado su equilibrio por medio de la division de las industrias, completa, si puedo decirlo así, el armamento de la inteligencia por medio de las máquinas. Tanto por los testimonios de la historia, como por el análisis, y á pesar de las anomalías que produce el antagonismo de los principios económicos, se ve que la inteligencia difiere en los hombres, no por su fuerza, claridad, ni extension; sino, en primer lugar, por la especialidad, ó como dice la escuela, por la determinacion cualitativa; y luego, por la educacion y el ejercicio. En el individuo como en el hombre colectivo, la inteligencia, por lo tanto, es más bien una facultad que viene, se forma, se desarrolla, *quæ fit*, que no una entidad ó entelequia que está toda formada, con anterioridad al aprendizaje. La razon, ó llámesela como se quiera, genio, talento, ó industria, es en su punto de partida una virtualidad desnuda é inerte, que crece poco á poco, se fortifica, toma color, se determina, y presenta variaciones infinitas. Por la importancia de sus adquisiciones, en una palabra, por su capital, la inteligencia difiere y diferirá siempre de un individuo á otro; mas como potencia, como que es igual en todos á su orígen, no

puede ménos de serlo tambien al fin, gracias á la influencia del progreso social que va perfeccionando incesantemente sus medios. Sin esto el trabajo seria siempre para los unos un privilegio, y para los otros un castigo.

Mas el equilibrio de las capacidades, cuyo preludio hemos visto en la division del trabajo, no constituye el destino todo de las máquinas: van más allá las miras de la Providencia. Con la introduccion de las máquinas en la economía, se ha dado vuelo á la LIBERTAD.

La máquina es el símbolo de la libertad humana, la insignia de nuestro dominio sobre la naturaleza, el atributo de nuestro poder, la expresion de nuestro derecho, el emblema de nuestra personalidad. Libertad é inteligencia son el hombre todo, porque si descartamos como mística é ininteligible toda especulacion sobre el sér humano, considerado bajo el punto de vista de la sustancia (espíritu ó materia), no nos quedan más que dos categorías de manifestaciones que comprenden, la primera, todo lo que se llama sensaciones, voliciones, pasiones, atracciones, instintos, sentimientos; la segunda, todos los fenómenos clasificados bajo los nombres de atencion, percepcion, memoria, imaginacion, comparacion, juicio, raciocinio, etc. En cuanto al aparato orgánico, léjos de ser el principio ó la base de esos dos órdenes de facultades, se le debe considerar como su realizacion sintética y positiva, como su viva y armónica expresion. Porque, así como de la emision secular que haya hecho el género humano de sus principios antagonistas ha de resultar un dia la organizacion social, así el hombre debe ser concebido como el resultado de dos series de virtualidades.

Así, despues de haberse hecho lógica la economía social, prosiguiendo su obra se hace psicológica. Son

el objeto comun de la economía política y la filosofía, la educacion de la inteligencia y de la libertad, en una palabra, el bienestar del hombre, frases todas perfectamente sinónimas. Determinar las leyes de la produccion y de la distribucion de las riquezas, será demostrar, por medio de una exposicion objetiva y concreta, las leyes de la razon y de la libertad; será crear *à posteriori* la filosofía y el derecho: á donde quiera que nos volvamos, estamos en plena metafísica.

Probemos ahora, con los datos reunidos de la psicología y la economía política, de definir la libertad.

Si cabe concebir la razon humana, en su orígen, como un átomo lúcido y reflector, capaz de representar un dia al universo, pero en su primer instante vacío de imágenes; se puede tambien considerar la libertad, en los primeros instantes de la conciencia, como un punto vivo, *punctum saliens*, como una espontaneidad vaga, ciega, ó más bien indiferente, capaz de recibir todas las impresiones, disposiciones é inclinaciones posibles. La libertad es la facultad de obrar ó de no obrar, que, por medio de una eleccion ó determinacion cualquiera (empleo aquí la palabra determinacion á la vez en un sentido activo y pasivo), sale de su indiferencia y pasa á ser *voluntad.*

Digo, pues, que la libertad, del mismo modo que la inteligencia, es por naturaleza una facultad indeterminada, informe, que recibe su valor y su carácter de las impresiones exteriores; facultad por consecuencia negativa en su principio, pero que poco á poco se determina y se perfila por el ejercicio, esto es, por la educacion.

La etimología de la palabra libertad, tal á lo ménos como yo la entiendo, hará comprender mejor mi pensamiento. La radical es *lib-et*, agrada (en aleman *lieben*, amar); de donde se ha hecho la palabra *lib-eri*, hijos, los que nos son queridos, nombre re-

servado para los hijos de padre de familia; *lib-ertas*, condicion, carácter ó inclinacion de los hijos de raza noble; *lib-ido*, pasion de esclavo, que no reconoce ni Dios, ni ley, ni patria, palabra sinónima de *licentia*, mala conducta. Cuando la espontaneidad se determina útil, generosamente, ó en bien, toma el nombre de *libertas;* cuando, por el contrario, se determina de una manera nociva, viciosa y baja, ó en mal, toma el de *libido*.

Un sabio economista, el Sr. Dunoyer, ha dado de la libertad una definicion que, cotejada con la nuestra, acabará de demostrar su exactitud:

«Llamo libertad, dice, á ese poder que el hombre adquiere de usar más fácilmente de sus fuerzas, *á medida que se emancipa* de los obstáculos que dificultaban en su orígen su ejercicio. Digo, que el hombre es tanto más *libre*, cuanto más *libertado* está de las causas que le impedian servirse de ese poder; cuanto más ha alejado de sí esas causas; cuanto más ha ensanchado y allanado su esfera de accion..... Así, se dice que un hombre tiene el espíritu libre, que goza de una gran libertad de espíritu, no sólo cuando su inteligencia no está turbada por violencia alguna exterior, sino tambien cuando no está ni oscurecida por la embriaguez, ni alterada por las enfermedades, ni en la impotencia por falta de ejercicio.»

El Sr. Dunoyer no ha visto la libertad sino bajo su punto de vista negativo; no la ha visto sino como si fuese sinónima de *destruccion de los obstáculos*. Segun esto, la libertad no seria una facultad en el hombre, no seria nada. Mas no tarda el Sr. Dunoyer, sin dejar de insistir en su definicion incompleta, en mirar la cuestion bajo su verdadero aspecto. Entónces es cuando dice que el hombre, al inventar una máquina, sirve á su propia libertad, no como decimos nos-

otros, porque la determina, sino en el estilo del señor Dunoyer, porque le quita una de sus dificultades. «Así como el lenguaje articulado es un instrumento mejor que el lenguaje por señas, así hay más libertad para expresar el pensamiento é imprimirlo en el entendimiento de los demás por la palabra que por el gesto. Como la palabra escrita es á su vez un instrumento más poderoso que la palabra articulada, hay tambien más libertad para influir en el ánimo de sus semejantes cuando se sabe dar cuerpo á la palabra que cuando sólo se la sabe articular. La prensa es un instrumento dos ó trescientas veces más poderoso que la pluma: hay, por lo tanto, con ella dos ó trescientas veces más libertad para entrar en relaciones con los demás hombres cuando cabe esparcir sus ideas por la imprenta, que cuando sólo cabia publicarlas por la escritura»

No me detendré en poner de relieve todo lo que tiene de inexacto y de ilógico esta manera de representar la libertad. Despues de Destutt de Tracy, último representante de la escuela de Condillac, se ha oscurecido el espíritu filosófico entre los economistas de la escuela francesa, cuyo lenguaje está pervertido por su miedo á la ideología; y al leerles se advierte que la adoracion de los hechos les ha hecho perder el sentimiento de la teoría. Prefiero consignar que el Sr. Dunoyer, y con él la economía política, han sabido ver claramente la esencia de la libertad conciliándola como una fuerza, como una energía ó una espontaneidad de suyo indiferente á toda accion, y por consiguiente susceptible por igual de determinaciones buenas y malas, útiles y nocivas. El señor Dunoyer ha vislumbrado tan perfectamente la verdad, que ha escrito: «En vez de considerar la libertad como un dogma, la presentaré como un *resultado;* en vez de hacer de ella el atributo del hom-

bre, haré de ella el *atributo de la civilizacion;* en vez de imaginar formas de Gobierno para establecerla, expondré de la mejor manera que pueda cómo *nace de todos nuestros progresos.*»

Y añade luego con no ménos razon:

«Se observará fácilmente cuánto difiere este método del de esos filósofos dogmáticos, que no hablan sino de derechos y de deberes; de lo que los Gobiernos tienen la obligacion de hacer y los pueblos el derecho de exigir, etc. No digo sentenciosamente: los hombres tienen el derecho de ser libres; me limito á preguntar: ¿cómo llegan á serlo?»

Por esta exposicion, se puede resumir en cuatro líneas la obra que ha querido hacer el Sr. Dunoyer: es una REVISTA de los obstáculos que *traban* la libertad, y de los medios (instrumentos, métodos, ideas, costumbres, religiones, gobiernos, etc.) que la *favorecen.* Sin las omisiones que tiene la obra del señor Dunoyer, habria sido la filosofía misma de la economía política.

Despues de haber suscitado el problema de la libertad, la economía política nos da de ella una definicion conforme en un todo con la que nos da la psicología y nos sugieren las analogías del lenguaje; y hé aquí cómo poco á poco el estudio del hombre se encuentra trasportado de la contemplacion del yo á la observacion de las cosas reales.

Ahora bien, del mismo modo que las determinaciones de la razon en el hombre han recibido el nombre de *ideas* (ideas sumarias, supuestas *á priori,* ó principios, conceptos, categorías; é ideas secundarias, ó más especialmente adquiridas y empíricas); así las determinaciones de la libertad han recibido el nombre de *voliciones,* sentimientos, hábitos, costumbres. Como luego el lenguaje, simbólico por su naturaleza, haya continuado suministrando los ele-

mentos de la primera psicología, se ha tomado la costumbre de dar á las ideas, como lugar ó capacidad en que residen, la *inteligencia;* y á las voliciones, sentimientos, etc., la *conciencia.* Todas estas abstracciones han sido largo tiempo miradas por los filósofos como cosas reales, sin que advirtiera ninguno de ellos que toda distribucion de las facultades del alma es necesariamente caprichosa, ni que es una mera ilusion su psicología.

Como quiera que sea, si concebimos ahora esos dos órdenes de determinaciones, la razon y la libertad, como reunidos y fundidos por la organizacion en una *persona* viva, racional y libre, comprenderemos al punto que se han de prestar mútua ayuda y ejercer uno sobre otro recíproca influencia. Si, por error ó inadvertencia de la razon, la libertad, ciega por su naturaleza, toma falsos y funestos hábitos, no tardará la razon en resentirse del hecho: en lugar de ideas verdaderas, conformes con las relaciones naturales de las cosas, no conservará más que preocupaciones, tanto más difíciles de desarraigar luego del entendimiento, cuanto más queridas las haya hecho la edad á la conciencia. En un estado tal, la razon y la libertad están amenguadas; la primera está turbada en su desarrollo, la segunda cohibida en su vuelo, y el hombre ha errado su camino, ó, lo que es lo mismo, es á la vez desgraciado y malo.

Así, cuando á causa de una percepcion contradictoria y de una experiencia incompleta, ha declarado la razon, por boca de los economistas, que no habia regla para el valor, y la ley del comercio era la oferta y la demanda, se ha entregado la libertad á los excesos todos de la ambicion, del egoismo y del juego; el comercio no ha sido más que una contínua apuesta, sujeta á ciertas reglas de policía; la miseria ha nacido de las fuentes mismas de la riqueza; el so-

cialismo, tambien esclavo de la rutina, no ha acertado sino á protestar contra los efectos, en vez de levantar la voz contra las causas; y la razon ha debido reconocer al fin, ante el espectáculo de tantos males, que se habia desviado de su camino.

No puede el hombre alcanzar su bienestar sino en cuanto su razon y su libertad marchen de acuerdo sin detenerse jamás en su desarrollo. Ahora bien, como el progreso de la libertad, del mismo modo que el de la razon, es indefinido, y como, por otra parte, estas dos fuerzas están íntimamente ligadas y son solidarias, es preciso deducir de ahí que la libertad es tanto más perfecta cuanto más se determina conforme á las leyes de la razon, que son las de las cosas; y que si esa razon fuese infinita, infinita llegaria á ser tambien la libertad. En otros términos, la plenitud de la libertad está en la plenitud de la razon: *summa lex, summa libertas.*

Estos preliminares eran indispensables para apreciar bien el papel de las máquinas, y hacer resaltar el encadenamiento de las evoluciones económicas. A propósito de esto, recordaré al lector que escribo esta historia insiguiendo, no el órden de los tiempos, sino la sucesion de las ideas. Las fases ó categorías económicas, ya son contemporáneas en sus manifestaciones, ya están intervertidas; y de aquí procede la extrema dificultad que han encontrado en todas épocas los economistas para sistematizar sus ideas; de aquí el caos de sus obras, áun de las más recomendables bajo cualquiera otro punto de vista, como las de A. Smith, J. Bautista Say y Ricardo. Pero las teorías económicas tienen tambien su sucesion lógica y su serie en el entendimiento; y este órden es el que nos lisonjeamos de haber descubierto, y hará á la vez de esta obra una filosofía y una historia.

§ II. Contradiccion de las máquinas.—Origen del capital y del salario.

Por lo mismo que las máquinas disminuyen la fatiga del jornalero, abrevian y disminuyen el trabajo, que de esta suerte va siendo de cada dia más ofrecido y ménos solicitado. Es verdad que poco á poco, como la baja de precios aumenta el consumo, se restablece el equilibrio y son de nuevo llamados los trabajadores; mas como, por otra parte, los adelantos industriales se suceden sin tregua, y hay constantes tendencias á sustituir el trabajo de las máquinas al del hombre, se sigue de aquí, que la hay tambien á suprimir una parte del servicio, y, por lo tanto, á eliminar de la produccion á los obreros. Ahora bien, sucede en el órden económico lo que en el espiritual: no hay salvacion fuera de la Iglesia, ni forma de vivir fuera del trabajo. La sociedad y la naturaleza, igualmente implacables, están de acuerdo para ejecutar este nuevo decreto.

«Cuando una nueva máquina, ó en general un procedimiento expeditivo cualquiera, dice J. B. Say, reemplaza un trabajo del hombre ya en marcha, queda sin él una parte de los brazos industriosos por haber sido útilmente suplido su servicio.—Desempeña, pues, una nueva máquina el trabajo de una parte de los jornaleros, pero no disminuye la cantidad de las cosas producidas, porque todo el mundo se guardaria entónces de adoptarla: no hace sino *cambiar de lugar la renta.* No obstante, los efectos ulteriores hablan todos en fávor de las máquinas; porque es óbvio que si baja el valor en la venta, por la abundancia del producto y lo módico del precio útil, gozará de este beneficio el consumidor, es decir, todo el mundo.»

El optimismo de Say es una infidelidad á la lógica

y á los hechos. No se trata aquí tan sólo de un pequeño número de accidentes desgraciados, ocurridos en un lapso de treinta siglos por la introduccion de una, dos ó tres máquinas; trátase de un fenómeno regular, general y constante. Despues de haber, como dice Say, *cambiado de lugar* la renta por una máquina, lo ha de cambiar por otra, luego por otra, y siempre por otra. mientras queda trabajo que hacer y cambios que efectuar. Así debe ser presentado y considerado el fenómeno; y habremos de convenir entónces en que cambia singularmente de aspecto. El cambio de lugar de la renta, la supresion del trabajo y del salario es un azote crónico, permanente, indeleble, una especie de cólera que ya se presenta bajo la figura de Guttemberg, ya reviste la de Arkwright, ya toma el nombre Jacquard, ya el de James Watt ó el del Marqués de Jouffroy. Despues de haberse cebado por más ó ménos tiempo en el mundo industrial bajo una forma, toma el mónstruo otra; y los economistas, que le creen ya fuera, exclaman: «si no era nada.» Tranquilos y satisfechos, mientras presentan con todo el peso de su dialéctica el lado positivo de la cuestion, cierran los ojos sobre el lado subversivo, salvo siempre el recurso, en cuanto vuelva á hablarse de miseria, de empezar de nuevo sus sermones sobre lo imprevisores y borrachos que son los trabajadores.

«En 1750—esta observacion, del Sr. Dunoyer, da la medida de todas las elucubraciones de la misma especie—en 1750, la poblacion del ducado de Lancaster era de almas. 300.000

»En 1801, gracias al desarrollo de las máquinas de hilados, esta poblacion era ya de. 672.000

»En 1831 era de. 1.336.000

»Ocupaba antiguamente la industria algodonera

sólo 40.000 obreros, y ocupa hoy, despues de la invencion de las máquinas, 1.500.000.»

Añade el Sr. Dunoyer, que en el período en que tomó tan singular extension el número de los jornaleros empleados en esta industria, el precio del trabajo llegó á ser una vez y media mayor de lo que ántes era. Luego, no habiendo hecho la poblacion sino seguir el movimiento industrial, su aumento ha constituido un hecho normal y bajo ningun punto de vista vituperable, ántes un hecho fausto, puesto que se le cita en honra y gloria del desarrollo mecánico. El Sr. Dunoyer, sin embargo, hace de improviso un cambio de frente: habiendo faltado trabajo para tantas máquinas de hilados, hubieron necesariamente de disminuir los salarios, así que la poblacion llamada por las máquinas, se vió por las máquinas abandonada y sin trabajo. El abuso del matrimonio, dice entónces el Sr. Dunoyer, es la causa de la miseria.

Estimulado el comercio inglés por su inmensa clientela, llama jornaleros de todas partes y convida al matrimonio: mientras el trabajo abunda, el matrimonio es cosa excelente, y se citan con gusto sus efectos en interés de las máquinas; mas como la clientela es inconstante, en cuanto falta el trabajo y el salario, se dice á voz en grito que se abusa del matrimonio y se acusa de imprevisores á los jornaleros. La economía política, es decir, el despotismo propietario, jamás puede dejar de tener razon: la culpa es siempre de los proletarios.

Háse citado muchas veces, y siempre con una idea optimista, el ejemplo de la imprenta. El número de personas que hoy mantiene la imprenta, es quizá mil veces mayor de lo que lo era, ántes de Guttemberg, el de los copistas é iluminadores: luego, se dice con aire de satisfaccion, la imprenta no ha perjudicado á

nadie. Podrian citarse infinitos hechos análogos, sin que se pudiese rechazar siquiera uno, pero sin que adelantase tampoco la cuestion ni un paso. Nadie niega, repito, que las máquinas hayan contribuido al bienestar general; pero sostengo en vista de este hecho irrefragable, que los economistas faltan á la verdad cuando dicen de una manera absoluta que la *simplificacion de los procedimientos no ha dado en ninguna parte por resultado la disminucion del número de los brazos empleados en una industria cualquiera*. Lo que deberian decir los economistas, es que las máquinas, del mismo modo que la division del trabajo, en el actual sistema de economía social, son á la vez una fuente de riqueza y una causa fatal y permanente de miseria.

«En 1836, en un taller de Manchester, nueve telares, cada uno de trescientos veinte y cuatro husos, estaban dirigidos por cuatro hilanderos. Doblóse luego la longitud de las cajas de los talleres, y habiéndose puesto en cada uno seiscientos ochenta husos, bastaron dos hombres para dirigirlos.»

Hé aquí en bruto el hecho de la eliminacion del jornalero por la máquina. Por una simple combinacion quedaron descartados de cuatro jornaleros tres: ¿qué importa que á los cincuenta años, doblada la poblacion del globo, cuadruplicada la clientela de los ingleses, y construidas nuevas máquinas, volviesen á tomar los fabricantes otros tantos trabajadores? ¿Pensarán los economistas poderse prevaler del aumento de la poblacion en favor de las máquinas? Renuncien entónces á la teoría de Malthus, y dejen de declamar contra la excesiva fecundidad de los matrimonios.

«No pararon aquí las cosas: pronto una nueva mejora mecánica permitió que un solo obrero hiciese el trabajo que hacian ántes cuatro.»—Nueva reduc-

cion de tres cuartas partes sobre la mano de obra, entre todo, reduccion de quince diez y seisavos sobre el trabajo del hombre.

«Un fabricante de Boston escribe por otra parte: la prolongacion de las cajas de nuestros talleres nos permite que empleemos sólo veinte y seis hilanderos donde en 1837 necesitábamos treinta y cinco.»—Otra diezma de trabajadores: de cada cuatro, una víctima.

Están sacados estos hechos de la *Revista Económica* de 1842, y no hay nadie que no pueda indicarlos análogos. He presenciado la introduccion de las prensas mecánicas en la imprenta, y puedo decir que he visto por mis propios ojos los males que han ocasionado á los prensistas. Hace quince ó veinte años que se las introdujo, y desde entónces acá, unos han ido á la caja, otros han abandonado la profesion, muchos han muerto de miseria: así se verifica la pretendida refundicion de los trabajadores á consecuencia de las innovaciones industriales.—Hace veinte años, ochenta barcos de diferentes clases hacian el servicio de navegacion de Beaucaire á Lyon: todo ha desaparecido ante una veintena de buques de vapor. A no dudarlo, ha ganado en ello el comercio; ¿pero qué ha sido de la marinería? ¿Ha pasado de los buques á los vapores? No; ha ido á donde van todas las industrias vacantes: ha desaparecido.

Por lo demás, los datos que siguen, sacados de la misma fuente, darán una idea más positiva de la influencia que ejercen sobre la suerte de los jornaleros las mejoras industriales.

«El término medio por semana de los salarios en Manchester, es de 12 francos 50 céntimos, ó sean 10 schelines. De 450 obreros, no hay 40 que ganen 25 francos.»—El autor del artículo tiene buen cuidado de hacer observar que un inglés consume cinco ve-

ces más que un francés; y es esto, por lo tanto, como si un obrero en Francia debiese vivir con 2 francos 50 céntimos por semana.

Revista de Edimburgo de 1835: «A una coalicion de obreros, que no querian dejar reducir sus salarios, se debe la caja de Sharpe y Roberto de Manchester; y esta invencion ha sido un rudo castigo para los imprudentes coaligados.»—Esta palabra *castigo*, mereceria ser castigada. La invencion de Sharpe y Roberto de Manchester, debia naturalmente surgir de la situacion: el hecho de haberse negado los obreros á sufrir la rebaja que se les pedia, no ha sido más que su causa determinante. Al ver el aire de venganza que se da la *Revista de Edimburgo*, ¿no se diria, á la verdad, que las máquinas tienen un efecto retroactivo?

Un fabricante inglés, decia por otro lado: «La insubordinacion de nuestros obreros, nos ha hecho pensar en la manera de *pasarnos sin ellos*. Hemos hecho y estimulado todos los esfuerzos de inteligencia imaginables para reemplazar el servicio de los hombres con instrumentos más dóciles, y lo hemos conseguido. La mecánica ha librado el capital de la opresion del trabajo. Donde ahora empleamos un hombre, no es más que provisionalmente, es decir, sólo para mientras se inventa para nosotros el medio de hacer sin él su tarea.»

¡Qué sistema el que lleva á un negociante á pensar con fruicion en que la sociedad podrá pronto pasar sin hombres! *¡La mecánica ha librado el capital de la opresion del trabajo!* Esto es como si el ministerio intentase librar el presupuesto de la opresion de los contribuyentes. ¡Insensato! Si los obreros os cuestan, son tambien vuestros compradores: ¿qué haríais de vuestros productos si, rechazados los jornaleros por vosotros, no los consumiesen? Así las máquinas, despues de haber aplastado á los trabajadores, no

tardan en herir de rechazo á los maestros; porque si la produccion excluye el consumo, se ve pronto obligada á pararse.

«Durante el cuarto semestre de 1841, cuatro grandes quiebras, ocurridas en una ciudad fabril de Inglaterra, han puesto en la calle á 1.720 personas.»— Esas quiebras eran debidas á exceso de produccion, ó lo que es lo mismo, á la insuficiencia de los mercados, ó sea á la miseria de los pueblos. ¡Qué lástima que la mecánica no haya podido tambien librar el capital de la opresion de los consumidores! ¡Qué desgracia que las máquinas no compren los tejidos que fabrican! Habria llegado la sociedad á su ideal, si el comercio, la agricultura y la industria, pudiesen marchar sin que hubiese un hombre en la tierra.

«En una parroquia del Yorkshire, hace nueve meses que los obreros no trabajan sino dos dias por semana.» —Máquinas.

«En Geston, dos fábricas tasadas en 60.000 libras esterlinas, han sido vendidas por 26.000.—Producian mucho más de lo que podian vender.»—Máquinas.

«En 1841, el número de los niños de *ménos* de trece años disminuye en las fábricas, porque los de *más* de trece ocupan sus puestos.»—Máquinas. El obrero adulto se hace de nuevo aprendiz, se hace de nuevo niño: este resultado venia previsto desde la fase de la division del trabajo, durante la cual hemos visto bajar la calidad del obrero á medida que se perfecciona la industria.

Al terminar, el periodista hace esta reflexion: «desde 1836, la industria algodonera está en retroceso, es decir, no guarda ya relacion con las demás industrias; resultado previsto tambien por la teoría de la proporcionalidad de los valores.

Hoy, parecen haber cesado en todos los puntos de

Inglaterra las coaliciones y las huelgas de jornaleros, y los economistas se regocijan con razon de esa vuelta al órden, mejor diremos al sentido comun. Mas, de que los trabajadores no agraven ya en adelante, así cuando ménos lo espero, con sus voluntarias vacaciones la miseria que les crean las máquinas, ¿se sigue que la situacion haya cambiado? Y si en nada ha cambiado la situacion, ¿dejará de ser lo futuro más que la triste copia de lo pasado?

Los economistas se complacen en dar reposo á su espíritu contemplando el cuadro de la felicidad pública: por este signo se les reconoce y se reconocen entre sí. No faltan, sin embargo, entre ellos imaginaciones tristes y enfermizas, siempre dispuestas á oponer á los relatos de una prosperidad creciente, las pruebas de una obstinada miseria.

Así resumia Teodoro Fix la situacion general en Diciembre de 1844:

«La subsistencia de los pueblos no está ya expuesta á esas terribles perturbaciones causadas por las carestías y los casos de hambre, tan frecuentes hasta el comienzo del siglo XIX. Lo variado del cultivo y los adelantos agrícolas han conjurado este doble azote de una manera casi absoluta. En 1791, la produccion total del trigo en Francia estaba valuada en cerca de 47 millones de hectólitros: lo que daba, deducidas las siembras, 1 hectólitro 65 centílitros por habitante. En 1840, está valuada la misma produccion en 70 millones de hectólitros, ó sean 1 hectólitro 82 centílitros por individuo, no estando, sin embargo, cultivada más superficie de tierra de la que lo estaba ántes de la revolucion..... Las materias elaboradas han crecido en proporciones, por lo ménos, tan fuertes como las sustancias alimenticias, y puede decirse que la masa de los tejidos se ha más que doblado y quizá triplicado en cincuenta años. Ha conducido á

este resultado el sucesivo adelanto de los procedimientos técnicos.

»Desde principios del siglo, la vida media ha aumentado de dos ó tres años, indicio irrecusable de un mayor bienestar, ó si se quiere, de una atenuacion de la miseria.

»En el espacio de veinte años, la cifra de las contribuciones indirectas, sin que se las haya agravado en nada, han subido de 540 millones á 720, síntoma de progreso económico, más bien que de progreso fiscal.

»En 1.° de Enero de 1844, la Caja de Depósitos y Consignaciones, debia á las de Ahorros 351 millones y medio, y París figuraba en la suma por 105 millones. La institucion no ha tomado, sin embargo, algun desarrollo, sino desde hace doce años, y es preciso observar que los 351 millones y medio debidos actualmente á las Cajas de ahorros, no constituyen la masa entera de las economías realizadas, puesto que, en determinados momentos, se da otro destino á los capitales acumulados..... En 1843, de 320.000 jornaleros y 80.000 sirvientes que contenia la capital, 90.000 jornaleros habian depositado en la Caja de ahorros 2.547.000 francos, y 34.000 sirvientes 1.268.000.»

Todos estos hechos son completamente ciertos, y la consecuencia que de ellos se deduce en favor de las máquinas, no puede tampoco ser más exacta: han dado en efecto al bienestar general un poderoso impulso. Pero los hechos que vamos á citar no son ménos auténticos, y la consecuencia que de ellos se deducirá contra las máquinas no será tampoco ménos justa, es á saber, que son una incesante causa de pauperismo. Apelo á las cifras del mismo Sr. Fix.

De 320.000 jornaleros y 80.000 sirvientes que residen en París, hay 230.000 de los primeros, y 46.000

de los segundos, total 276.000, que nada ponen en las Cajas de ahorros. No creo que nadie se atreva á sostener que sean 276.000 haraganes y pródigos que se exponen voluntariamente á la miseria. Ahora bien, como entre los mismos que hacen economías los hay pobres y de mediana conducta, para quienes el ahorro no es más que una tregua en el camino del libertinaje y la miseria, decimos que de todos los individuos que viven de su trabajo, cerca de las tres cuartas partes, ó son imprevisores, perezosos y libertinos, puesto que nada ponen en la Caja de ahorros, ó son demasiado pobres para realizar economías. No hay otra alternativa. Pero, á falta de caridad, no permite el sentido comun que se acuse en masa á los trabajadores; forzoso es, por lo tanto, atribuir la falta á nuestro régimen económico. ¿Cómo no ha visto el Sr. Fix que sus cifras se volvian contra sí mismas?

Se espera que con el tiempo, todos ó casi todos los trabajadores estén inscritos en las Cajas de ahorros. Sin esperar al testimonio del tiempo, podemos ver desde luego si es fundada la esperanza.

Segun el Sr. Vée, alcalde del 5.° distrito de París, el número de las familias pobres inscritas en los registros de las oficinas de beneficencia, es de 30.000; lo cual nos da 65.000 individuos. El padron hecho á principios de 1846, ha dado hasta 88.474. — Y las familias pobres, pero no inscritas, ¿cuántas son? — Otras tantas. Pongamos, pues, 180.000 pobres, no dudosos, aunque no oficiales. — Y los que viven en la penuria con apariencias de comodidad, ¿cuántos son aún? — Dos veces tanto: total en París, 360.000 personas que viven con escasez.

«Se habla del trigo, dice otro economista, el señor Leclerc; pero ¿no hay acaso poblaciones inmensas que no prueban el pan? Sin salir de nuestra misma

patria, ¿no hay poblaciones que viven exclusivamente de maíz, de alforfon, de castañas?.....»

El Sr. Leclerc denuncia el hecho: interpretémosle. Si, como no es dudoso, se deja sentir el aumento de poblacion, principalmente en las grandes ciudades, es decir, en los puntos en que se consume más trigo, es obvio que ha podido aumentar el término medio por cabeza sin que haya mejorado la condicion general. Nada hay tan engañoso como un término medio.

«Háblase, continúa diciendo el mismo, del aumento del consumo indirecto. Se intentaria en vano legitimar la falsificacion parisiense: existe, tiene sus maestros, sus hombres hábiles, su literatura, sus tratados didácticos y clásicos. Poseia Francia vinos exquisitos: ¿qué se ha hecho de ellos? ¿qué se ha hecho de esa brillante riqueza? ¿Dónde están los tesoros creados desde Probo, por el genio nacional? Y sin embargo, cuando se consideran los excesos á que da lugar el vino, donde quiera que esté caro, donde quiera que no éntre en el régimen regular; cuando en París, capital del reino de los buenos vinos, se ve al pueblo saciándose de un yo no sé qué falsificado, adulterado, nauseabundo, execrable á veces, y áun á las personas acomodadas bebiendo en sus casas, ó aceptando sin chistar en las fondas de fama, vinos llamados tales, de sabor indefinible, de color violáceo, de una insipidez, de una pobreza, de una miseria, capaces de hacer estremecer al más pobre campesino de Borgoña ó de Turena; ¿cabe dudar de buena fe de que los líquidos alcohólicos no sean una de las más imperiosas necesidades de nuestra naturaleza?.....»

He citado entero este pasaje, porque resume para un caso particular todo lo que habria que decir sobre los *inconvenientes* de las máquinas. Sucede, relativa-

mente al pueblo, con el vino lo que con los tejidos, y en general con todos los artículos y mercancías creadas para el consumo de las clases pobres. El pensamiento es siempre el mismo: reducir, por cualesquiera procedimientos, los gastos de fabricacion, para sostener con ventaja la concurrencia contra los compañeros más afortunados ó más ricos, y tambien para servir á esa innumerable clientela de desheredados que no pueden poner precio á nada desde el momento en que su cualidad es buena. Producido por las vias ordinarias, el vino cuesta demasiado caro para la masa de los consumidores; corre peligro de quedar en las bodegas de los vendedores. El fabricante de vinos, ya que no puede hacer mecánico el cultivo, elude la dificultad buscando medio de poner el precioso líquido al alcance de todo el mundo, con ayuda de ciertas mezclas. Ciertos salvajes, en tiempo de carestía, comen tierra; el obrero civilizado bebe agua. Malthus fué un gran genio.

En lo que toca al aumento de la vida media, reconozco la sinceridad del hecho; pero declaro al mismo tiempo defectuosa la observacion. Expliquémonos. Supongamos una poblacion de diez millones de almas: si, por la causa que se quiera, la vida media viniese á aumentarse de cinco años para un millon de individuos, continuando en cebarse la mortalidad, del mismo modo que ántes, sobre los otros nueve millones, resultaria, distribuyendo este aumento sobre la totalidad, que la vida media habria aumentado para cada uno en seis meses. Sucede con la vida media, pretendido indicio del bienestar medio, lo que con la instruccion media: no cesa de subir el nivel de los conocimientos, sin que por esto deje de haber hoy en Francia tantos bárbaros como en tiempo de Francisco I. Los charlatanes que se proponian explotar los ferro-carriles metieron gran ruido con la im-

portancia que, segun ellos, tenia la locomotora para la circulacion de las ideas; y los economistas que andan siempre al acecho de esas bagatelas de la civilizacion, no dejaron de repetir esta insigne tontería.— ¡Como si las ideas para propagarse tuviesen necesidad de locomotoras! ¿Quién impide que las ideas circulen desde el Instituto á los arrabales de Saint-Antoine y Saint-Marceau, ni á las estrechas y miserables calles de la Cité y del Marais, ni á ninguno de los puntos donde habita todavía esa multitud áun más desprovista de ideas que de pan? ¿De qué procede que entre un parisiense y un parisiense, á pesar de los *omnibus* y del correo interior, haya una distancia tres veces mayor que en el siglo XIV?

La influencia subversiva de las máquinas sobre la economía social y la condicion de los trabajadores se ejerce de mil maneras, que se encadenan y se atraen recíprocamente: á ella son debidos en gran parte la falta de trabajo, la reduccion de los salarios, la produccion excesiva, el hacinamiento, la alteracion y la falsificacion de los productos, las quiebras, la privacion para los obreros de la industria que ejercieron, la degeneracion de la especie, y finalmente, las enfermedades y la muerte.

Ha observado el mismo D. Teodoro Fix, que de cincuenta años acá, habia disminuido de algunos milímetros la estatura del hombre en Francia. Esta observacion vale la de hace poco: veamos sobre quién recae esa disminucion.

En un dictámen leido en la Academia de Ciencias morales sobre los resultados de la ley de 22 de Marzo de 1841, Leon Faucher se expresaba en estos términos: « Los jornaleros jóvenes están pálidos, son débiles y de pequeña estatura, y tan tardos en sus pensamientos como en sus movimientos. A los catorce ó quince años no están más desarrollados que los ni-

ños de nueve á diez años en el estado normal. En cuanto al desarrollo de su entendimiento y su conciencia, los hay que á los trece años no tienen siquiera idea de Dios, ni han oido hablar jamás de sus deberes, habiendo tenido por primera escuela de moral la negra cárcel.»

Esto vió Leon Faucher con gran disgusto de Cárlos Dupin, y esto declaró irremediable por la ley de 22 de Marzo. Y no hay, por cierto, para qué nos enojemos de la impotencia del legislador: el mal procede de una causa tan necesaria para nosotros como el sol; y en el lodazal en que estamos sumergidos, no harian más que empeorar la situacion así nuestras iras como nuestros paliativos. Sí, mientras hacen la ciencia y la industria tan maravillosos progresos, á ménos que cambie de repente el centro de gravedad de la civilizacion, es indispensable que vaya menguando la inteligencia y el bienestar del proletario. Mientras se alarga y mejora la vida para las clases acomodadas, es fatal que empeore y se acorte para los menesterosos. Esto es lo que resulta de los escritos de los hombres que mejor piensan, quiero decir, de los más optimistas.

Segun el Sr. de Morogues, hay en Francia 7.500.000 hombres que no disponen sino de 91 francos por año, ó sea 25 céntimos por dia. *¡Cinco sueldos! ¡cinco sueldos!* ¿Hay, pues, algo de profético en ese odioso estribillo?

En Inglaterra (excluidas Escocia é Irlanda), la contribucion para los pobres era:

1801 — 4.078.891	lib. est. para una poblacion de			8.872.980
1818 — 7.870.801		—	—	11.978.875
1833 — 8.000.000		—	—	14.000.000

El progreso de la miseria ha sido, por lo tanto, más rápido que el de la poblacion: ¿qué son ya en presencia de este hecho las hipótesis de Malthus?—Y

es con todo indudable que en la misma época habia aumentado el término medio del bienestar: ¿qué significan, por lo tanto, las estadísticas?

La relacion de mortalidad para el primer distrito de París es de un habitante por cincuenta y dos, y para el duodécimo el de uno por veinte y seis. Cuenta, pues, este último, un pobre por cada siete habitantes, al paso que el otro no cuenta más que uno por veinte y ocho. Esto no obsta para que la vida media haya aumentado en París, como Fix ha observado perfectamente.

En Mulhouse, las probabilidades de la vida media son de veinte y nueve años para los hijos de las clases acomodadas, y sólo de DOS para los de las clases jornaleras:—en 1812, era la vida media en la misma localidad de veinte y cinco años, nueve meses y doce dias, mientras que en 1827 no era ya más que de veinte y un años y nueve meses. Y, sin embargo, la vida media aumenta para toda la Francia. ¿Qué quiere decir esto?

El Sr. Blanqui, no pudiendo explicarse á la vez tanta prosperidad y tanta miseria, exclama en alguna parte: «El aumento de produccion no es aumento de riqueza..... Por lo contrario, se difunde más la miseria á medida que se concentra la industria. Preciso es que haya algun vicio radical en un sistema que no da seguridad alguna ni para el capital ni para el trabajo, y parece multiplicar las dificultades de los productores, al mismo tiempo que les obliga á multiplicar sus productos.»

No hay aquí vicio radical alguno. Lo que pasma al Sr. Blanqui es pura y simplemente lo que la Academia de que forma parte pide que se determine: son las oscilaciones del péndulo económico, del VALOR, que dan alternativa y uniformemente sobre el mal y el bien, mientras no haya dado la hora de la ecua-

cion universal. Si se me permite otra comparacion, la humanidad en su marcha es como una columna de soldados, que, habiendo empezado á marchar al mismo paso, y en un mismo instante, á los acompasados redobles del tambor, pierden poco á poco sus distancias. Todo adelanta: pero se prolonga sin cesar la distancia de la cabeza á la cola, siendo un efecto necesario del movimiento que haya rezagados y extraviados.

Pero conviene penetrar áun más en la antinomia. Las máquinas nos prometian un aumento de riqueza y han cumplido su palabra, pero dándonos de un mismo golpe un aumento de miseria.—Nos prometian tambien la libertad, y voy á probar que nos han traido la esclavitud.

He dicho que la determinacion del valor, y con ella las tribulaciones de la sociedad, empezaban en la division de las industrias, sin la cual no podia existir ni cambio, ni riqueza, ni progreso. El período que en estos momentos recorremos, el de las máquinas, se distingue por un carácter particular: el SALARIADO.

El salariado desciende en línea recta del empleo de las máquinas, es decir, para dar á mi pensamiento toda la generalidad de expresion que reclama, de la ficcion económica por la que el capital se hace agente de produccion. El salariado, por fin, posterior á la division del trabajo y al cambio, es el correlativo obligado de la teoría de la reduccion de los gastos, cualquiera que sea el modo como esta reduccion se obtenga. Esta genealogía es demasiado interesante para no detenernos á decir sobre ella algunas palabras.

La primera, la más sencilla, la más poderosa de las máquinas, es el *taller*.

La division no hacia más que separar las diversas partes del trabajo, dejando que cada uno se entregara

á la especialidad que más le gustase: el taller agrupa á los trabajadores segun la relacion de cada parte con el todo. Esta es, en su forma más elemental, el equilibrio de los valores, que los economistas han declarado de imposible hallazgo. Ahora bien, por medio del taller va á aumentarse la produccion y al mismo tiempo el déficit.

Ha observado uno, que dividiendo la produccion y sus diversas partes, y haciendo ejecutar cada una de ellas por un obrero aparte, podia obtener una multiplicacion de fuerza, cuyo producto fuese de mucho superior á la suma de trabajo que da el mismo número de obreros, cuando no está dividido el trabajo.

Cogiendo el hilo de esa idea dijo, para sus adentros, que formando un grupo permanente de trabajadores acomodados al objeto especial que se proponia, habia de obtener una produccion más sostenida, más abundante y ménos costosa. No es, por lo demás, indispensable que los obreros estén reunidos en el mismo local: no depende esencialmente la existencia del taller de este contacto; resulta sí de la relacion y de la proporcion de las diferentes partes del trabajo y del pensamiento comun que les dirige. La reunion en un mismo lugar puede, en una palabra, ofrecer ventajas que no son para despreciadas; pero no constituye el taller.

Hé aquí pues la proposicion que hace el especulador á los que desea por colaboradores: os *garantizaré* para siempre la colocacion de vuestros productos si quereis tomarme por comprador ó por intermedio. El trato es tan evidentemente ventajoso, que la proposicion no puede dejar de ser aceptada. El jornalero encuentra en ella trabajo contínuo, precio fijo y seguridad, y el empresario, por su parte, mayor facilidad para la venta, puesto que produce con ménos gasto y puede bajar algun tanto los precios, obteniendo al fin

beneficios más considerables á causa de la mayor extension de sus negocios. Ni podrá haber nadie, inclusos el público y los magistrados, que no felicite al autor de la proposicion, por haber aumentado la riqueza social con sus combinaciones, ni nadie tampoco que no le vote una recompensa.

Mas, desde luego, quien dice reduccion de gastos, dice reduccion de servicios, no á la verdad dentro del nuevo taller, pero sí para los trabajadores que han quedado fuera, y tambien para muchos otros cuyos servicios accesorios serán, andando el tiempo, ménos solicitados. Así toda formacion de taller corresponde á una disminucion de trabajadores, asercion que por contradictoria que parezca, es tan verdadera respecto del taller como de la máquina.

Convienen en ello los economistas; pero repiten aquí su cantinela de siempre, que despues de trascurrido cierto tiempo, habiendo aumentado la demanda del producto á proporcion de la rebaja del precio, concluirá el trabajo por ser á su vez más solicitado que ántes. CON EL TIEMPO se restablecerá á no dudarlo el equilibrio; pero, lo repito, no se restablecerá el equilibrio en un punto que no esté roto en otro; porque el trabajo, del mismo modo que el espíritu inventivo, no se detiene nunca. Y ¿qué teoría podria justificar esas perpétuas hecatombes? «Cuando se haya reducido, decia el Sr. Sismondi, á la cuarta ó á la quinta parte de lo que hoy es el número de los braceros, no habrá tampoco necesidad sino de la cuarta ó quinta parte de sacerdotes, médicos, etc. Cuando se les haya eliminado del todo, cabrá tambien pasar sin el género humano.» Esto sucederia efectivamente, si para poner el trabajo de cada máquina en relacion con las necesidades del consumo, es decir, para restablecer la proporcion continuamente destruida de los valores, no se hiciese necesario crear in-

cesantemente nuevas máquinas, abrir nuevos mercados, y, por consiguiente, multiplicar los servicios y desalojar otros brazos. De suerte que por un lado la industria y la riqueza, y por otro la poblacion y la miseria, marchan, por decirlo así, en dos hileras y tirando siempre la una de la otra.

He presentado al empresario, en los albores de la industria, tratando de igual á igual con sus camaradas, que han venido más tarde á ser sus *jornaleros*. Es á la verdad sensible que esa igualdad primitiva haya desaparecido rápidamente, debido á la ventajosa posicion del maestro y á la dependencia de los asalariados. En vano la ley concede á todos y á cada uno el derecho de hacerse empresario á su vez, así como tambien la facultad de trabajar solo y vender directamente sus productos. La hipótesis hace impracticable este último recurso, puesto que el taller ha tenido por objeto destruir el trabajo aislado. En cuanto al derecho de tener taller propio y establecerse, sucede con la industria lo que con la agricultura: lo de saber trabajar es lo de ménos; lo que importa es llegar á tiempo, porque la lonja como la tierra es del primero que la ocupa. Cuando un establecimiento ha conseguido desarrollarse, ensanchar sus bases, lastrarse con capitales, y asegurarse una buena parroquia; ¿qué ha de poder contra una fuerza tan superior un jornalero que no tiene más que sus brazos? Así, no por un acto arbitrario del soberano poder, ni por una usurpacion fortuita y brutal, se habian establecido en la Edad media los gremios y las veedurías: la fuerza de las cosas las habia creado mucho tiempo ántes de haberles dado una consagracion legal los edictos de los reyes, no siendo extraño que despues de la reforma de 1789 las veamos reconstituidas á nuestra vista con una energía cien veces más espantosa. Abandónese el trabajo

á sus propias tendencias, y se tendrá de seguro reducidas á servidumbre las tres cuartas partes del género humano.

Pero no está aquí todo. La máquina ó el taller, despues de haber degradado al trabajador dándole un maestro, acaba de envilecerle, haciéndole bajar del rango de artesano al de peon.

En otro tiempo la poblacion de las orillas del Saona y del Ródano se componia en gran parte de marineros dedicados todos á conducir barcas á fuerza, ya de caballos, ya de remos. Hoy, establecidos en toda la línea los remolcadores de vapor, como los marineros no pueden vivir ya de su profesion, ó pasan holgando las tres cuartas partes de la vida, ó se hacen fogoneros.

Cuando no la miseria, la degradacion: tal es la triste suerte á que conducen las máquinas al obrero. Porque sucede con una máquina lo que con una pieza de artillería: todos los que ésta ocupa, si se exceptúa el capitan, son meros *sirvientes*, esclavos.

Desde el establecimiento de las grandes fábricas han desaparecido del hogar doméstico una multitud de pequeñas industrias: ¿se cree acaso que los obreros á 50 y 75 céntimos sean tan inteligentes como sus abuelos?

«Despues de hecho el ferro-carril de París á San German, dice el Sr. Dunoyer, se ha establecido entre el Pecq y una multitud de localidades más ó ménos próximas un número tal de ómnibus y de coches, que contra toda prevision la línea férrea ha aumentado en una proporcion considerable el empleo de los caballos.»

¡Contra toda prevision! No hay más que un economista que pueda dejar de prever estos casos. Multiplicad las máquinas, y aumentais el trabajo penoso y repugnante: este apotegma es tan seguro como el

más seguro entre los que datan del diluvio. Acúseseme, si se quiere, de malevolencia para con la más bella invencion de nuestro siglo: nada obstará para que diga que el principal resultado de los ferro-carriles, despues de la servidumbre de la pequeña industria, será crear una poblacion de trabajadores degradados, camineros, barrenderos, cargadores, descargadores, carretoneros, guardas, porteros, pesadores, engrasadores, limpiadores, fogoneros, bomberos, etc. Cuatro mil kilómetros de ferro-carriles darán á la Francia otros 50.000 siervos: no serán sin duda esas gentes para las que pida el Sr. Chevalier escuelas profesionales.

Se dirá tal vez que habiéndose aumentado á proporcion la masa de los trasportes mucho más que el número de los jornaleros, la diferencia redunda toda en pró del ferro-carril, y en suma hay progreso. Cabe hasta generalizar la observacion y aplicar el mismo raciocinio á todas las industrias.

Mas precisamente lo general del fenómeno es lo que hace resaltar el esclavizamiento de los obreros. En la industria el primer papel es para las máquinas, el segundo para el hombre: todo el ingenio desplegado por el trabajo embrutece al fin al jornalero. ¡Qué gloriosa nacion la nuestra, cuando de 40 millones de habitantes cuente hasta 35 de gañanes, covachuelistas y criados!

Con la máquina y el taller el derecho divino, es decir, el principio de autoridad, penetra en la economía política. Capital, Maestría, Privilegio, Monopolio, Comandita, Crédito, Propiedad, etc., tales son en el lenguaje económico los diversos nombres de ese no sé qué que en otra parte se llama Poder, Autoridad, Soberanía, Ley escrita, Revelacion, Religion, por fin, Dios, causa y principio de todas nuestras miserias y de todos nuestros crímenes, que cuanto

más tratamos de definir, tanto más se nos escapa.

¿Será, pues, imposible que en el actual estado de la sociedad, el taller con su organizacion gerárquica y las máquinas, en vez de favorecer exclusivamente los intereses de la clase ménos numerosa, ménos trabajadora y más rica, sean empleados de manera que redunden en bien de todos?

Esto vamos á examinar.

§ III. Preservativos contra la desastrosa influencia de las máquinas.

Reduccion de mano de obra, es sinónimo de baja de precio, y por consecuencia de aumento de cambios, puesto que el consumidor compra siempre más si paga ménos.

Pero reduccion de mano de obra, es tambien sinónimo de restriccion del mercado, puesto que si el comprador gana ménos, comprará tambien ménos. Así sucede en efecto. La concentracion de fuerzas en el taller, y la intervencion del capital en la produccion bajo el nombre de máquinas, engendran á la vez la excesiva produccion y la miseria; azotes más espantosos que el incendio y la peste, que todo el mundo ha visto desarrollarse en nuestros dias, en la más vasta escala, y con voraz intensidad. Es, empero, imposible que retrocedamos: conviene producir, producir siempre y producir barato; sin esto, la existencia de la sociedad estaria gravemente comprometida. El trabajador, que para salvarse del embrutecimiento con que le amenazaba el principio de division, habia creado tantas maravillosas máquinas, se encuentra por sus propias obras ó inhabilitado ó subyugado. ¿Qué medios se proponen contra esa alternativa?

El Sr. Sismondi, con todos los hombres de ideas patriarcales, quisiera que se abandonase la division

del trabajo con las máquinas y las fábricas, y volviese cada familia al sistema de indivision primitiva, es decir, al *cada uno en su casa*, *cada uno para sí*, en la acepcion más literal de la palabra. —Pero esto es retroceder, y por lo tanto imposible.

El Sr. Blanqui vuelve á la carga con su proyecto de participacion del obrero en los beneficios y el establecimiento en comandita de todas las industrias en provecho del trabajador colectivo. —He demostrado ya que este proyecto comprometia la fortuna pública sin mejorar de una manera ostensible la suerte de los trabajadores; y el mismo Sr. Blanqui parece haberse adherido á la misma opinion. ¿Cómo conciliar, en efecto, esta participacion del obrero en los beneficios con los derechos de los inventores, empresarios y capitalistas, de los cuales unos tienen que reembolsarse de fuertes anticipos y de largos y penosos esfuerzos, otros han de exponer sin cesar su fortuna ya adquirida y correr solos los riesgos de empresas muchas veces muy aventuradas, y en que los terceros, por fin, no podrian sobrellevar una reduccion en el tipo de sus intereses sin perder en cierto modo sus ahorros? ¿Cómo, en una palabra, hacer compatible la igualdad que se quisiera establecer entre los trabajadores y los maestros, con la preponderancia que no es posible quitar á los jefes de los establecimientos, á los comanditarios ni á los inventores, preponderancia que implica claramente para ellos el goce exclusivo de los beneficios? Decretar por una ley la participacion de los jornaleros en los beneficios de los maestros, seria decretar la disolucion de la sociedad: los economistas lo han comprendido tan bien, que han terminado por convertir en una súplica á los maestros lo que en un principio habian concebido como un proyecto. Ahora bien, ínterin el hombre asalariado no goce de otro provecho

que el que le deje el empresario, puede contar con una indigencia eterna: no está en manos de los actuales dueños del trabajo que otra cosa suceda.

Además, la idea, por otra parte muy laudable, de asociar á los obreros con los maestros, tiende á esta conclusion comunista evidentemente falsa en sus premisas. El último fin de las máquinas es hacer al hombre rico y feliz sin que tenga necesidad de trabajar. Puesto, pues, que los agentes naturales deben hacerlo para nosotros todo, las máquinas han de pertenecer al Estado, y el objeto del progreso es el comunismo.

Examinaré en su lugar la teoría comunista.

Pero creo deber anticipar desde luego á los partidarios de esta utopia que la esperanza en que se mecen, á propósito de las máquinas, no es más que una ilusion de economistas, algo como el movimiento contínuo, que se busca siempre y no se encuentra nunca, porque se pide á quien no puede darlo. Las máquinas no andan solas: para tenerlas en movimiento es indispensable organizar á su alrededor un servicio inmenso, de tal suerte, que al fin el hombre, creándose tanta más tarea cuanto más se surte de instrumentos, más que en distribuir el producto de las máquinas se ha de ocupar en alimentarlas, es decir, en renovar incesantemente su motor, no siendo esto para él pequeño trabajo. Ahora bien, ese motor no es el aire, ni el agua, ni el vapor, ni la electricidad, sino el trabajo, es decir, el mercado, el consumo.

Un ferro-carril suprime en toda la línea que recorre, el trasporte por ruedas, las diligencias, los guarnicioneros, los silleros, los carreteros, los posaderos: aprecio el hecho un instante despues del establecimiento del camino. Supongamos que el Estado por medida de conservacion ó por principio de

indemnizacion hace á los industriales despojados por el ferro-carril, propietarios ó explotadores de las vías: quedando reducidos los precios de trasporte de un 25 por 100 (sin esto ¿á qué el camino?), se encontrará disminuida en una cantidad igual la renta ó sean los beneficios de sus industriales, lo que equivale á decir que una cuarta parte de las personas que ántes vivian del trasporte por ruedas se encontrarán, á pesar de la munificencia del Estado, literalmente sin recursos. Para hacer frente á este déficit no tendrán más que una esperanza, y esta será la de que aumente en un 25 por 100 la masa de los trasportes verificados por la línea, ó la de que encuentren ocupacion en otras categorías industriales; cosa que se presenta desde luego imposible, puesto que tanto por la hipótesis, como por el hecho, todos los destinos están ocupados, la proporcion es la misma en todas partes, y la oferta basta á la demanda.

Conviene, sin embargo, si se quiere que aumente la masa de los trasportes, que se dé un nuevo estímulo al trabajo de las demás industrias. Admitiendo ahora que se emplee en este aumento de produccion á los trabajadores cesantes por causa de la via férrea, y sea su distribucion en las diversas categorías del trabajo de tan fácil ejecucion como lo prescribe la teoría, se estará áun léjos de haber vencido la dificultad. Porque siendo el personal de la circulacion al de la produccion como 100 es á 1000, para obtener la misma renta que ántes con una circulacion una cuarta parte ménos cara, ó en otros términos, una cuarta parte más poderosa, será preciso reforzar tambien la produccion una cuarta parte, es decir, añadir á la milicia agrícola é industrial, no ya 25, cifra que indica la proporcionalidad de la industria de carruajería, sino 250. Mas para llegar á este resultado será indispensable crear máquinas, y lo que peor

es, hombres, lo cual retrotrae la cuestion al mismo punto. Así contradiccion sobre contradiccion: no sólo falta el trabajo al hombre á causa de la máquina, sino que tambien falta á la máquina el hombre á causa de su debilidad numérica y la insuficiencia de su consumo; de suerte que mientras se espera que se restablezca el equilibrio, hay á la vez falta de trabajo y de brazos, falta de productos y falta de mercados. Y lo que decimos del ferro-carril es cierto respecto de todas las industrias: se persiguen siempre el hombre y la máquina, sin que el primero pueda alcanzar nunca el reposo, ni la segunda verse satisfecha.

Cualesquiera que fuesen, por lo tanto, los progresos de la mecánica, áun cuando se inventasen máquinas cien veces más maravillosas que la *mule-jenny*, el telar para calcetas y la prensa de cilindro; áun cuando se descubriesen fuerzas cien veces más poderosas que el vapor; léjos de emancipar esto la humanidad ni de procurarla ocios, ni de hacerle gratuita la produccion de los objetos, no haria más que multiplicar el trabajo, provocar el aumento de poblacion, agravar la servidumbre, hacer más cara la vida, y ahondar el abismo que separa la clase que manda y goza de la que obedece y sufre.

Supongamos ahora vencidas todas estas dificultades; supongamos que los trabajadores que deja el ferro-carril disponibles basten para ese aumento del servicio que reclama el alimento de la locomotora. No habiéndose efectuado la compensacion de una manera brusca, no habrá quien sufra; al contrario, aumentará ántes el bienestar de cada cual por el beneficio que obtenga la via férrea sobre el trasporte por ruedas. ¿Quién, pues, se me preguntará, impide que pasen las cosas con esa regularidad y precision? ¿Ni qué cosa más fácil para un gobierno inteligente, que

verificar de este modo todas las transiciones industriales?

He llevado la hipótesis tan léjos como era posible, á fin de manifestar por una parte el objeto á que la humanidad se dirige, y por otra, las dificultades que ha de vencer para alcanzarlo. En lo que á las máquinas concierne, está seguramente dentro del órden providencial que se realice el progreso de la manera que acaba de decirse; pero lo que estorba la marcha de las sociedades y las lleva de Scila á Caribdis, es justamente el hecho de no estar organizadas. No hemos llegado, pues, sino á la segunda de sus evoluciones, y hemos encontrado ya en nuestro camino dos abismos, al parecer insuperables: la division del trabajo y las máquinas. ¿Cómo conseguir que el trabajador parcelario, si es hombre de inteligencia, no se embrutezca, y si está ya embrutecido, vuelva á la vida intelectual? ¿Cómo, en segundo lugar, crear entre los trabajadores esa solidaridad de intereses sin la que el progreso industrial cuenta sus pasos por sus catástrofes, cuando esos mismos trabajadores están profundamente divididos por el trabajo, el salario, la inteligencia y la libertad, es decir, por el egoismo? ¿Cómo, por fin, conciliar lo que los progresos ya verificados hacen inconciliable? Apelar á la mancomunidad y á la fraternidad, seria anticiparnos: no hay nada de comun ni puede existir fraternidad entre criaturas tales como las que ha formado la division del trabajo y el servicio de las máquinas. Por ahora, á lo ménos, no hemos de buscar por este lado solucion alguna.

Pues bien, se dirá; puesto que el mal está aún más en las inteligencias que en el sistema, insistamos en la enseñanza, trabajemos por la educacion del pueblo.

Para que sea útil la instruccion, para que pueda

ser recibida, es ante todo indispensable que sea libre el educando, así como ántes de sembrar una tierra cualquiera, se la mulle con el arado y la quitan las espinas y la grama. El mejor sistema de educacion, por otra parte, áun en lo relativo á la moral y á la filosofía, seria el de la educacion profesional. Ahora bien, ¿cómo se ha de poder conciliar esta educacion con la extremada division del trabajo y el servicio de las máquinas? ¿Cómo el hombre, que por efecto de su trabajo se ha hecho un esclavo, es decir, un mueble, una cosa, ha de volver á ser persona por medio del mismo trabajo, ó sea continuando en el mismo ejercicio? ¿Cómo no se ve que esas ideas chocan entre sí, y si por acaso el proletario, cosa punto ménos que imposible, pudiera llegar mañana á adquirir cierto grado de inteligencia, se serviria desde luego de ella para trastornar la sociedad y cambiar todas las relaciones civiles é industriales? Y no se tome por vana exageracion lo que estoy diciendo. La clase jornalera en París y en las grandes ciudades, es muy superior por sus ideas á lo que era hace veinticinco años; y quiero que se me diga si no es decidida y enérgicamente revolucionaria. Lo llegará indudablemente á ser cada dia más, á medida que adquiera las ideas de justicia y de órden, á medida, sobre todo, que vaya comprendiendo el mecanismo de la propiedad.

El lenguaje, permítaseme que vuelva una vez más á las etimologías, el lenguaje, digo, me parece que ha expresado con bastante limpieza la condicion moral del trabajador, despues que ha sido, por decirlo así, *despersonalizado* por la industria. En latin, la idea de servidumbre implica la de subalternacion del hombre á las cosas; y cuando más tarde el derecho feudal declaró al siervo *pegado á la gleba*, no hizo más que traducir por una perífrasis el sentido

literal de la palabra *servus* (18). La razon espontánea, oráculo de la misma fatalidad, habia por lo tanto condenado al obrero subalterno, ántes de haberle declarado indigno la ciencia. Despues de esto, ¿qué han de poder los esfuerzos de la filantropía para unos séres que la Providencia ha rechazado?

El trabajo es la educacion de nuestra libertad. Sintieron profundamente esta verdad los antiguos cuando distinguieron las artes serviles de las artes liberales. Porque á tal perfeccion, tales ideas; á tales ideas, tales costumbres. Todo toma en la esclavitud el carácter de la bajeza: los hábitos, los gustos, las inclinaciones, los sentimientos, los placeres: hay en ella una subversion universal. ¡Ocuparse de la educacion de las clases pobres! Esto es crear en esas almas degeneradas el más atroz antagonismo; esto es inspirarles ideas que el trabajo les haria insoportables, afecciones incompatibles con lo grosero de sus costumbres, placeres cuyo sentimiento está en ellos embotado. Si pudiese semejante cosa realizarse, en vez de hacer del trabajador un hombre, se habria hecho un demonio. Estúdiense esas fisonomías que pueblan las cárceles y los presidios, y dígasenos si no pertenecen en su mayor parte á hombres á quienes ha encontrado demasiado débiles y ha desmoralizado y muerto la revelacion de la belleza, de la elegancia, de la riqueza, del bienestar, del honor, de la ciencia, de todo lo que constituye la dignidad del hombre.

«Cuando ménos, dicen los ménos audaces, convendria fijar los salarios, redactar para cada industria aranceles que fuesen aceptados por oficiales y maestros.»

El Sr. Fix es quien ha presentado esta hipótesis salvadora, y contesta victoriosamente:

«Esos aranceles se han hecho en Inglaterra y otras partes, y se sabe ya lo que valen; no bien han

sido en todas partes aceptados, cuando los han quebrantado maestros y oficiales.»

Las causas de esa violacion de los aranceles son fáciles de comprender: lo son las máquinas, y las incesantes combinaciones de la industria. Conviénese en un arancel en un momento dado, y de pronto sobreviene una nueva invencion, que da á su autor medio de hacer bajar el precio de la mercancía. ¿Qué han de hacer los demás productores? O han de dejar de fabricar despidiendo á sus jornaleros, ó les han de proponer una rebaja de salario. No les queda otro partido que tomar, en tanto que descubran á su vez un procedimiento por medio del cual, sin rebajar los salarios, puedan producir con más baratura que sus rivales; lo cual equivaldria aún á otra supresion de obreros.

El Sr. Leon Faucher parece que se inclina al sistema de las indemnizaciones. Dice:

«Concebimos que por un interés cualquiera el Estado, que representa el voto general, imponga el sacrificio de una industria.»—Se entiende que la impone siempre, por el mero hecho de conceder á cada cual la libertad de producir y de protegerla y defenderla contra todo ataque.—«Pero esta es una medida extrema, una experiencia siempre peligrosa que debe ir acompañada de todos los miramientos posibles para con los individuos. El Estado no tiene el derecho de quitar á una clase de ciudadanos el trabajo de que viven, sin haber ántes provisto de otro modo á su subsistencia, ó haberse cerciorado de que encontrarán en una nueva industria el empleo de su inteligencia y de sus brazos. En todos los países civilizados es un principio inconcuso que el gobierno no puede, ni áun por causa de utilidad pública, apoderarse de una propiedad particular sin haber prévia y debidamente indemnizado al propietario. Ahora bien, el trabajo nos

parece una propiedad tan legítima y tan sagrada como un campo ó una casa, razon por la cual no comprendemos que se le expropie sin indemnizacion de ningun género...

»Por tan quiméricas tenemos las doctrinas que ven en el gobierno el proveedor universal de trabajo para la sociedad, como nos parece justo y necesario que no se perturbe el trabajo en nombre de la utilidad pública sin una compensacion ó transicion, ni se inmolen individuos ni clases á la razon de Estado. El poder, en las naciones bien constituidas, tiene siempre tiempo y dinero para atenuar esos sufrimientos parciales. Precisamente porque la industria no emana de él, precisamente porque nace y se desarrolla bajo el libre é individual impulso de los ciudadanos, está obligado el gobierno á ofrecerle una especie de reparacion ó indemnizacion desde el momento en que perturbe su marcha.»

No se dirá que no hable el Sr. Leon Faucher á las mil maravillas: mas, diga lo que quiera, pide la organizacion del trabajo. Hacer que *no se verifique trastorno alguno en el trabajo sin una compensacion ó transicion ni sean jamás inmolados individuos ni clases á la razon de Estado*, es decir, al progreso de la industria y de la libertad de empresa, ley suprema del Estado, es indudablemente constituirle, de la manera que determinen luego las futuras leyes, en *proveedor del trabajo para la sociedad* y en guardian de los salarios. Y como, segun hemos dicho repetidas veces, el progreso industrial, y por consecuencia, el trabajo de descomposicion y recomposicion en la sociedad es contínuo, no se trata de encontrar una transicion particular para cada una de las innovaciones que ocurran, sino un principio general, una ley orgánica aplicable á todos los casos posibles que produzca efectos por sí misma. ¿Se

halla el Sr. Leon Faucher en estado de formular esta ley y conciliar los diversos antagonismos que hemos descrito? No, puesto que se fija con preferencia en la idea de una indemnizacion. *El poder,* dice, *en las naciones bien organizadas, tiene siempre tiempo y dinero para amortiguar esos sufrimientos parciales.* Siento decirlo por ver cuán generosas son las intenciones del Sr. Faucher: esas intenciones me parecen radicalmente impracticables.

El poder no tiene más tiempo ni más dinero que el que saca á los contribuyentes. Indemnizar con el impuesto á los industriales desalojados por los nuevos inventos, seria condenar al ostracismo esas mismas invenciones é imponer el comunismo por medio de las bayonetas; lo cual no es resolver el problema. Es inútil insistir más en la indemnizacion por el Estado. La indemnizacion, aplicada segun las ideas del señor Faucher, ó conduciria al despotismo industrial, á algo parecido al gobierno de Mehemet-Alí, ó degeneraria en una contribucion de pobres, es decir, en una vana hipocresía. Para bien de la humanidad, vale más no indemnizar, y dejar que el trabajo busque por sí mismo su constitucion eterna.

Los hay que dicen: Lleve el gobierno á los trabajadores desocupados á donde no se halle aún establecida la industria privada, esto es, á los trabajos que no están al alcance de las empresas individuales. Tenemos montes por repoblar, cinco ó seis millones de hectáreas de tierra por descuajar, canales por abrir, y finalmente, mil cosas de utilidad inmediata y general por emprender.

« Perdónennos nuestros lectores, contesta á esto el Sr. Fix; no podemos ménos de hacer intervenir aquí el capital. Esas tierras, exceptuando algunas de las concejiles, están incultas, porque cultivadas no producirian beneficio alguno ni cubririan probablemente

los gastos de cultivo. Están esas tierras poseidas por propietarios que tienen ó no el capital necesario para beneficiarlas. En el primer caso, el propietario se contentaria muy probablemente, si las cultivase, con un pequeñísimo beneficio, y renunciaria tal vez á lo que se llama la renta de la tierra; pero ha encontrado que emprendiendo ese cultivo perderia su capital de fundacion, y le han demostrado otros cálculos suyos que la venta de los productos no cubriria sus gastos. Examinado todo bien, esas tierras permanecerian, pues, incultas, porque el capital que en ellas se emplease, no produciria nada y se perderia por completo. Si otra cosa sucediese, todos esos terrenos serian al punto reducidos á cultivo; las economías que toman hoy otro rumbo, irian necesariamente hasta cierto punto á colocarse en empresas territoriales, porque el capital no tiene afecciones ni atiende más que á intereses, y busca siempre el empleo que sea á la vez más seguro y más lucrativo.»

Este razonamiento, muy bien motivado, equivale á decir que no ha llegado aún para Francia la hora de reducir á cultivo sus baldíos, así como no ha llegado para los cafres y los hotentotes la de los ferro-carriles. Porque, como he dicho en el capítulo II, la sociedad empieza siempre por lo más fácil, lo más seguro, lo más necesario y lo ménos costoso, y sólo poco á poco logra utilizar las cosas que son relativamente ménos productivas. No ha hecho otra cosa el género humano desde que se agita sobre la haz del globo: el cuidado es para él siempre el mismo, el de asegurar su subsistencia sin dejar de ir nunca descubriendo. Para que la reduccion á cultivo de que se habla no sea una especulacion ruinosa, una causa de miseria, en otros términos, para que sea posible, es indispensable que multipliquemos aún más nuestros capitales y nuestras máquinas, descubramos nuevos

procedimientos, dividamos mejor el trabajo. Ahora bien, solicitar del gobierno que tome una iniciativa tal, es imitar á los campesinos, que al acercarse la tempestad se ponen á orar á Dios y á invocar el santo de su devocion. Los gobiernos, no se repetirá nunca bastante, son los representantes de la divinidad, he estado por decir, los ejecutores de las celestiales venganzas: nada pueden por nosotros. ¿Podria el gobierno inglés, por ejemplo, dar trabajo á los que se refugian en los workhaus? Aun cuando pudiese, ¿se atreveria? *¡Ayúdate, y Dios te ayudará!* este acto de desconfianza popular para con la divinidad, nos dice lo que podemos esperar del poder... nada.

Llegados á la segunda estacion de nuestro calvario, en vez de entregarnos á estériles contemplaciones, mostrémonos cada vez más atentos á las lecciones del destino. La garantía de nuestra libertad está en el progreso de nuestro suplicio.

CAPÍTULO V.

TERCERA ÉPOCA.—LA CONCURRENCIA.

Entre la hidra de cien cabezas de la division del trabajo y el dragon indómito de las máquinas, ¿qué será de la humanidad? Lo ha dicho un profeta hace más de dos mil años: Satanás mira á su víctima, y está encendida la guerra, *Aspexit gentes, et dissolvit.* Para preservarnos de dos azotes, el hambre y la peste, la Providencia nos envia la discordia.

La concurrencia representa esa era de la filosofía en que habiendo una semi-inteligencia de las antinomias de la razon engendrado el arte del sofista, se confundieron los caractéres de lo falso y lo ver-

dadero, y no hubo ya en lugar de doctrinas sino las seductoras justas del ingenio. Así el movimiento industrial reproduce de una manera fiel el movimiento metafísico : la historia de la economía social está toda en los escritos de los filósofos. Estudiemos esa fase interesante, cuyo más pronunciado carácter es privar del juicio, tanto á los que creen, como á los que protestan.

§. I.—Necesidad de la concurrencia.

El Sr. D. Luis Reybaud, novelista de profesion, economista por azar, premiado por la Academia de Ciencias morales y políticas á causa de sus caricaturas anti-reformistas, y hoy uno de los escritores de más antipatía por las ideas sociales; el Sr. D. Luis Reybaud, digo, haga lo que quiera, no está por eso ménos profundamente imbuido de esas ideas mismas: la oposicion que hace con tanto estruendo no está ni en su corazon ni en su entendimiento, sino en los hechos.

En la primera edicion de sus *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conmovido el Sr. Reybaud por el espectáculo de los dolores sociales, tanto como por el valor de esos fundadores de escuelas que creyeron poder reformar el mundo con una explosion de sentimentalismo, habia dicho formalmente que de todos sus sistemas quedaba y sobrenadaba el principio de ASOCIACION. El Sr. Dunoyer, uno de los jueces del Sr. Reybaud, le consagra estas palabras, tanto más lisonjeras para el Sr. Reybaud, cuanto que son ligeramente irónicas:

«El Sr. Reybaud, que ha expuesto con tanta exactitud y talento en un libro premiado por la Academia francesa, los vicios de los tres principales sistemas reformistas, está por el principio que les es comun y

les sirve de base, la asociacion.—La asociacion es á sus ojos, así lo declara, *el más gran problema de los tiempos modernos*. Está llamada, dice, á resolver el de la distribucion de los frutos del trabajo. Si para la resolucion de ese problema nada puede la autoridad, *lo podria* la asociacion *todo*. El Sr. Reybaud habla aquí como un escritor del falansterio.....»

El Sr. Reybaud habia adelantado demasiado, como puede verse. Dotado sobradamente de buen sentido y buena fe para no ver el precipicio, sintió pronto que se extraviaba y empezó á retroceder. No que yo le impute á crímen ese cambio de frente. El Sr. Reybaud es de esos hombres á quienes no se debe sin injusticia hacer responsables de sus metáforas. Habria hablado ántes de reflexionar, y se retractó; ¡qué cosa más natural! Si debiesen los socialistas quejarse de álguien, deberia ser del Sr. Dunoyer, que habia provocado la abjuracion del Sr. Reybaud con tan singular cumplimiento.

El Sr. Dunoyer no tardó en advertir que sus palabras no habian caido en saco roto. Cuenta para gloria de los buenos principios, que «en una segunda edicion de los *Estudios sobre los Reformadores*, el Sr. Reybaud habia modificado por sí mismo lo que podian ofrecer sus expresiones de absoluto. En lugar de lo podria *todo*, ha escrito podria *mucho*.»

Era esta, como hacia muy bien observar el mismo Sr. Dunoyer, una modificacion importante, pero que permitia aún al Sr. Reybaud escribir al mismo tiempo: «Esos síntomas son graves: pueden considerarse como los pronósticos de una organizacion confusa, en la cual ha de buscar el trabajo un equilibrio y una regularidad de que carece... En el fondo de todos estos esfuerzos se oculta un principio, la asociacion, que se haria mal en condenar por algunas irregulares manifestaciones.»

Por fin, el Sr. Reybaud se ha declarado altamente partidario de la concurrencia, lo cual quiere decir que ha abandonado decididamente el principio de asociacion. Porque si por asociacion no se ha de entender más que las formas de sociedad determinadas por el Código de Comercio, cuya filosofía nos han dado compendiosamente el Sr. Troplong y el Sr. Delangle, no vale la pena de que distingamos á los socialistas de los economistas; es decir, á un partido que busca la asociacion de otro que pretende que la asociacion existe.

No vaya nadie á imaginar que porque el Sr. Reybaud ha dicho atolondradamente sí y nó sobre una cuestion, de que no tiene aún una idea clara, le coloque entre esos especuladores de socialismo, que despues de haber lanzado al mundo una mistificacion, empiezan luego á declararse en retirada so pretexto de que perteneciendo la idea al dominio público, no tienen ya más que dejarla seguir su marcha. El Sr. Reyband, á mi modo de ver, pertenece más bien á la categoría de los engañados, que cuenta en su seno tantos hombres honrados y personas de tanto ingenio. Será siempre el Sr. Reybaud á mis ojos el *vir probus dicendi peritus*, el escritor concienzudo y hábil que ha podido muy bien dejarse sorprender, pero no dice nunca sino lo que ve y lo que siente. El Sr. Reybaud, por otra parte, una vez colocado en el terreno de las ideas económicas, podia estar tanto ménos de acuerdo consigo mismo, cuanto que tiene clara inteligencia y justo raciocinio. Voy á hacer un curioso experimento á la vista de mis lectores.

Si pudiese ser oido del Sr. Reybaud, le diria: «Decídase V. por la concurrencia y hará V. mal: decídase usted en contra de la concurrencia y hará V. mal tambien: lo que significa que tendrá V. siempre razon.

Tras esto, si convencido de que no ha faltado V. ni en la primera edicion de su libro ni en la cuarta, acierta V. á formular su opinion de una manera inteligible, le tendré á V. por un economista de tanto genio como Turgot y A. Smith, pero le prevengo á V. que entónces se parecerá V. á ese último, á quien V. no conoce probablemente mucho: será usted igualitario. ¿Acepta V. la apuesta?»

A fin de preparar mejor al Sr. Reybaud para esa especie de reconciliacion consigo mismo, empezaré por manifestarle que esa versatilidad de juicio, que otro cualquiera en mi lugar le echaria en cara con injuriosa acrimonia, es una traicion, no del escritor, sino de los hechos cuya interpretacion ha tomado á cargo.

En Marzo de 1844, el Sr. Reybaud publicó sobre los granos oleaginosos, materia interesante para la ciudad de Marsella, su patria, un artículo en que se declaraba calurosamente por la libre concurrencia y el aceite de sésamo. Segun los datos que el autor habia recogido y parecen auténticos, da el sésamo de 45 á 46 por 100 de aceite, mientras que el aceite de amapola y el colza no dan más que de 25 á 30, y la aceituna sólo de 20 á 22. El sésamo por esta razon no es del gusto de los fabricantes del Norte, que han pedido y alcanzado la prohibicion de su entrada. Los ingleses, empero, están al acecho, prontos á apoderarse en cuanto puedan de ese precioso ramo de comercio. Prohíbase la entrada de la semilla, dice el Sr. Reybaud, y nos entrará el aceite en forma de jabon ó de cualquier otro modo, habiendo perdido el beneficio que su fabricacion nos habria procurado. El interés de nuestra marina exige, por otra parte, la proteccion de su comercio: se trata nada ménos que de 40.000 toneladas de grano, lo cual supone el empleo de 300 buques y 3.000 marinos.

Estos hechos son concluyentes: 45 por 100 de aceite en lugar de 25; calidad superior á la de todos los aceites de Francia; baja de precio en un artículo de primera necesidad; economía para los consumidores; 300 buques, 3.000 marinos: esto nos daria la libertad de comercio. Luégo, ¡vivan la concurrencia y el sésamo!

Despues, á fin de asegurar mejor tan brillantes resultados, arrebatado el Sr. Reybaud por su patriotismo, y siguiendo directamente su idea, observa, á nuestro modo de ver juiciosamente, que el gobierno debe en adelante abstenerse de todo tratado de reciprocidad para los trasportes, y pide que nuestra marina ejecute tanto las importaciones como las exportaciones de nuestro comercio... «Lo que se llama reciprocidad, dice, es una pura ficcion cuyas ventajas redundan sólo en favor de la parte cuya navegacion es más barata. Ahora bien, como en Francia los elementos de la navegacion, tales como la compra del buque, los salarios de la tripulacion, y los gastos de armamento y avituallamiento, se elevan á una cifra excesiva y superior á la de las demás naciones marítimas, todo tratado de reciprocidad equivale para nosotros á un tratado de abdicacion, y en lugar de consentir en un acto de conveniencia mútua, nos resignamos á sabiendas, ó sin saberlo, á un verdadero sacrificio.»—Aquí, el Sr. Reybaud hace resaltar las desastrosas consecuencias de la reciprocidad... Consume Francia 500.000 pacas de algodon, y nos las traen á nuestros muelles los americanos; emplea enormes cantidades de carbon de piedra, y nos las trasportan los ingleses; nos entregan sus hierros y sus maderas los mismos suecos y noruegos, sus quesos los holandeses, sus cáñamos y sus trigos los rusos, sus arroces los genoveses, su aceite los españoles, sus azufres los sicilianos, todos los artículos del Mediterráneo y del Mar Negro los griegos y los armenios.»

Un estado tal de cosas es evidentemente intolerable, porque vendrá á inutilizar nuestra marina mercante. Apresurémonos, pues, á entrar en el taller marítimo, del que tiende á excluirnos el bajo precio de la navegacion extranjera. Cerremos nuestros puertos á los buques de las demás naciones, ó por lo ménos impongámosles un fuerte tributo. ¡Abajo, pues, la concurrencia y las marinas rivales!

¿Empieza á comprender el Sr. Reybaud que sus oscilaciones económico-socialistas son mucho más inocentes de lo que habia creido? ¿Qué reconocimiento no me deberá por haber tranquilizado su conciencia, tal vez alarmada?

La reciprocidad de que tan amargamente se queja el Sr. Reybaud, no es más que una forma de la libertad comercial. Declarad plena y enteramente libres las transacciones, y será rechazado nuestro pabellon de la superficie de los mares, como lo serian del continente nuestros aceites. Luego, pagaremos nuestros aceites más caro, si insistimos en fabricarlos nosotros mismos; más caro nuestros artículos coloniales si nosotros queremos trasportarlos. Para alcanzar la mayor baratura posible, seria preciso que despues de haber renunciado á nuestros aceites, renunciásemos á nuestra marina: tanto valdria renunciar desde luego á nuestros paños, á nuestros lienzos, á nuestros percales, á nuestros hierros; y luégo, como una industria aislada cuesta áun demasiado cara, á nuestros vinos, á nuestros trigos, á nuestros forrajes. Cualquiera que sea el partido que se tome, el privilegio ó la libertad, se llega siempre á lo imposible, á lo absurdo.

Existe, á no dudarlo, un principio de conciliacion; pero ese principio, como no sea del más perfecto despotismo, ha de derivar de una ley superior á la libertad misma; y esa ley es precisamente la que no

ha definido todavía nadie, y la que pido á los economistas me formulen si verdaderamente poseen la ciencia. Porque yo no puedo tener por sabio al que con la mejor buena fe y con todo el ingenio de mundo me predica sucesivamente, en sólo quince líneas de distancia, la libertad y el monopolio.

¿No es evidente, y de una evidencia inmediata é intuitiva, que LA CONCURRENCIA DESTRUYE LA CONCURRENCIA? ¿Hay en la geometría un teorema más cierto ni más concluyente que éste? ¿Cómo, pues, bajo qué condiciones, en qué sentido puede entrar en la ciencia un principio que es la negacion de sí mismo? ¿Cómo puede llegar á ser una ley orgánica de la sociedad? Si la concurrencia es necesaria; si, como dice la escuela, es un postulado de la produccion, ¿cómo llega á ser tan devastadora? Y si su más seguro efecto es perder á los que arrastra tras sí, ¿cómo llega á ser útil? Porque los *inconvenientes* que tras sí lleva, del mismo modo que el bien que procura, no son accidentes que procedan de la obra del hombre; derivan lógicamente del principio los unos y el otro, y subsisten frente á frente y con el mismo derecho... Por de pronto, la concurrencia es tan esencial al trabajo como la division, puesto que es la division misma presentada de nuevo bajo otra forma, ó por mejor decir, elevada á la segunda potencia; la division, digo, no ya como en la primera época de las evoluciones económicas adecuada á la fuerza colectiva, y por consiguiente, absorbedora de la personalidad del trabajador en el taller, sino dando por lo contrario origen á la libertad, y haciendo de cada subdivision del trabajo como una especie de soberanía donde el hombre se presenta en toda su fuerza é independencia. La concurrencia, en una palabra, es la libertad en la division y en todas las partes divididas: empezando por las funciones más generales,

tiende á realizarse hasta en las operaciones inferiores del trabajo parcelario.

Aquí los comunistas presentan una objecion. Conviene, dicen, distinguir en todo el uso del abuso. Hay una concurrencia útil, laudable, moral; una concurrencia que engrandece el corazon y el pensamiento; una noble y generosa concurrencia, la emulacion; y esta emulacion, ¿por qué no habia de tener por objeto el provecho de todos? Hay otra concurrencia funesta, inmoral, antisocial, una concurrencia envidiosa que aborrece y mata: el egoismo.

Así habla el comunismo, así se expresaba hace cerca de un año en su profesion de fe social el periódico *La Reforma*.

Por mucho que me repugne hacer la oposicion á hombres cuyas ideas son en el fondo las mias, no puedo aceptar semejante dialéctica. *La Reforma*, creyendo conciliarlo todo, con una distincion más gramatical que real, no ha hecho más que adoptar, sin saberlo, las doctrinas del justo medio, es decir, la peor especie de diplomacia. Su manera de argumentar es exactamente la misma que la de Rossi, relativamente á la division del trabajo: consiste en oponer la una á la otra la concurrencia y la moral, á fin de que recíprocamente se limiten, del mismo modo que Rossi pretendia detener y restringir por medio de la moral las inducciones económicas, trinchando por aquí y cortando por allá, segun la oportunidad se lo exigia. He refutado á Rossi dirigiéndole esta sencilla pregunta: ¿cómo es posible que la ciencia esté en desacuerdo consigo misma, la ciencia de la riqueza con la ciencia del deber? Otro tanto pregunto á los economistas: ¿cómo es posible que un principio, cuyo desarrollo es visiblemente útil, sea al mismo tiempo funesto?

La emulacion, se dice, no es la concurrencia. Por

de pronto, observo que esa pretendida distincion no recae sino sobre los efectos divergentes del principio, lo cual ha hecho creer en la existencia de dos principios que la generalidad confundia. La emulacion no es otra cosa que la concurrencia; y puesto que nos lanzamos á las abstracciones, por ellas entraré de buena gana. No hay emulacion sin objeto, como no hay sin objeto pasion que se despierte; y como el objeto de toda pasion es necesariamente análogo á la pasion misma, la mujer para el amante, el poder para el ambicioso, el oro para el avaro, una corona para el poeta; así el objeto de la emulacion industrial es necesariamente el provecho.

No, replica el economista; el objeto de la emulacion del trabajador debe ser la utilidad general, la fraternidad, el amor.

Pero la sociedad misma, puesto que en vez de fijarse en el hombre privado, de quien se trata en este momento, no se quiere ocupar sino del hombre colectivo, la sociedad, digo, no trabaja sino con el objeto de enriquecerse: el bienestar, la felicidad son el único fin á que tiende. ¿Cómo podria dejar de ser verdad, respecto del individuo, lo que lo es respecto de la sociedad, cuando despues de todo la sociedad es el hombre, cuando en cada hombre vive la humanidad entera? ¿Cómo sustituir al objeto inmediato de la emulacion, que en la industria es el bienestar personal, ese motivo lejano y casi metafísico que se llama bienestar público, sobre todo, cuando no existe el uno sin el otro, cuando el uno al otro se engendran?

Los economistas, en general, se hacen una ilusion extraña. Fanáticos por el poder de la fuerza central, y en el caso particular de que se trata por el de la riqueza colectiva, pretenden hacer surgir como por rechazo el bienestar del trabajador que la ha creado,

como si el individuo fuese posterior á la sociedad, y no la sociedad al individuo. Este caso no es, por lo demás, el único en que veremos á los socialistas dominados, sin saberlo, por las tradiciones del régimen contra el cual protestan.

Pero ¿á qué insistir más? Desde el momento en que el economista cambia el nombre de las cosas, *vera rerum vocabula*, confiesa implícitamente su impotencia, y se aparta y desiste del pleito. Por esto, me limitaré á contestarle: Negando la concurrencia, abandona V. su tésis; no cuente V. ya más con que sigamos discutiendo. Examinaremos en otra ocasion hasta qué punto debe el hombre sacrificarse por el interés de todos: por de pronto, se trata de resolver el problema de la concurrencia, es decir, de conciliar la más alta satisfaccion del egoismo con las necesidades sociales: déjenos V. en paz con sus moralidades.

La concurrencia es indispensable para la constitucion del valor, es decir, para el principio mismo de la distribucion de la riqueza, y por consecuencia para el advenimiento de la igualdad. Mientras un artículo constituye la especialidad de un solo fabricante, su valor real es un misterio, tanto por ocultarlo el productor, como por la incuria ó ignorancia que puede éste tener para hacer bajar su precio natural hasta sus últimos límites. Así, el privilegio de la produccion es una pérdida real para la sociedad; y una verdadera necesidad, tanto la publicidad de la industria, como la concurrencia de los trabajadores. No puede sustraerse á esta ley ninguna de las utopias imaginadas é imaginables.

No me propongo, por cierto, negar que no puedan ni deban ser garantidos el trabajo y el salario: tengo hasta la esperanza de que no está lejana la época de esta garantía; pero sostengo que la garantía del salario es imposible sin el conocimiento exacto del va-

lor, y que este valor no puede ser descubierto más que por la concurrencia, de ningun modo por instituciones comunistas ni por un decreto del pueblo. Porque hay aquí algo de más poderoso que la voluntad del legislador y la de los ciudadanos, y es la absoluta imposibilidad para el hombre de cumplir con su deber desde el momento en que se encuentra descargado de toda responsabilidad para consigo mismo; y la responsabilidad para consigo mismo en materia de trabajo, implica necesariamente concurrencia respecto de los demás hombres. Ordénese que desde 1.° de Enero de 1847 queden garantidos para todo el mundo el trabajo y el salario, y sufrirá al punto una inmensa relajacion la ardiente actividad de la industria: el valor real caerá rápidamente muy por debajo del valor nominal; la moneda, á pesar de su busto y de su timbre, sufrirá la suerte de los asignados; el comerciante pedirá más para dar ménos, y nos encontraremos un círculo más adentro del infierno de la miseria, cuyo tercer recinto es la concurrencia.

Aun cuando admitiese con algunos socialistas que el atractivo del trabajo pueda un dia servir de alimento á la emulacion sin idea alguna ulterior de ganancia, ¿de qué podria servirnos esta utopia en la fase que vamos estudiando? No estamos aún siño en la tercera época de la evolucion económica, en la tercera edad de la constitucion del trabajo, es decir, en un período en que es imposible que el trabajo sea atractivo; porque el atractivo del trabajo no puede ser efecto sino de un gran desarrollo físico, moral é intelectual en los trabajadores. Ahora bien, ese desarrollo, esa educacion de la humanidad por la industria, es precisamente el objeto tras el cual vamos al través de las contradicciones de la economía social. ¿Podria, por lo tanto, servirnos el atractivo del tra-

bajo de principio ni de palanca, cuando es, áun para nosotros, el objeto y el fin?

Mas si es indudable que el trabajo, por ser la más alta manifestacion de la vida, de la inteligencia y de la libertad, lleva consigo su atractivo, niego que ese atractivo pueda jamás ser totalmente separado de un pensamiento de utilidad, y por lo tanto, de un retroceso hácia el egoismo; niego, digo, el trabajo por el trabajo, como niego el estilo por el estilo, el amor por el amor y el arte por el arte. El estilo por el estilo ha producido en nuestros dias la literatura al vapor y la improvisacion sin ideas; el amor por el amor conduce á la pederastía, al onanismo y á la prostitucion; el arte por el arte lleva á las imitaciones chinescas, á la caricatura y al culto á lo raro. Cuando el hombre no busca ya en el trabajo sino el placer, pronto deja de trabajar y juega. La historia rebosa de hechos que acreditan esta degradacion. Los juegos ísthmicos, olímpicos, píticos y nemeos de Grecia, ejercicios de una sociedad que lo producia todo por medio de sus esclavos; la vida de los espartanos y de sus modelos los antiguos cretenses; los gimnasios, las palestras, los hipódromos y las agitaciones del agorá entre los atenienses; las ocupaciones que da Platon á los guerreros en su *República* y están perfectamente acomodadas al gusto de su siglo; por fin, las justas y los torneos de nuestras sociedades feudales; todas estas invenciones y otras muchas que paso en silencio, desde el juego de ajedrez, inventado se dice en el sitio de Troya por Palamedes, hasta las cartas iluminadas para Cárlos VI por Gringonneur, son ejemplos de lo que viene á ser el trabajo desde el punto y hora en que no le sirve de estímulo un motivo serio de utilidad. El trabajo, el verdadero trabajo, el que produce la riqueza y nos da la ciencia, necesita demasiado de re-

gularidad, de perseverancia, de sacrificio, para ser por mucho tiempo amigo de la pasion, de suyo fugitiva, inconstante y desordenada; es una cosa demasiado elevada, demasiado ideal, demasiado filosófica para que pueda llegar á ser exclusivamente placer y goce, es decir, misticismo y sentimiento. La facultad de trabajar que distingue al hombre del bruto, tiene su orígen en las más altas profundidades de la razon: ¿cómo habia de poder llegar á ser en nosotros una simple manifestacion de la vida, un acto voluptuoso de nuestra sensibilidad?

Y si se va ahora á la hipótesis de una trasformacion de nuestra naturaleza, que ni tiene antecedendentes históricos, ni hay aquí nada que nos traduzca y revele, diré que esto no es más que un sueño ininteligible para los mismos que la defienden, una interversion del progreso, un mentís dado á las leyes más ciertas de la ciencia económica; y por lo tanto, me limito por toda respuesta á descartarlo de la discusion.

Permanezcamos en el terreno de los hechos, puesto que sólo los hechos tienen significacion y pueden servirnos de algo. Hízose la revolucion francesa para conseguir tanto la libertad industrial como la libertad política; y aunque Francia en 1789 no habia visto todas las consecuencias del principio cuya realizacion pedia, digámoslo altamente, no se ha engañado en sus actos ni en sus esperanzas. El que tratase de decir otra cosa, perderia á mis ojos el derecho á ser crítico; no disputaria jamás con un adversario que erigiese en principio el error espontáneo de veinticinco millones de hombres.

A fines del siglo XVIII, cansada Francia de privilegios, quiso sacudir á toda costa el entorpecimiento á que le habian condenado los gremios, y levantar la dignidad del obrero dándole la libertad. Urgia en

todas partes emancipar el trabajo, estimular el ingenio, hacer responsables de sus obras á los industriales, suscitándoles mil competidores y haciendo pesar sobre ellos las consecuencias de su negligencia, de su mala fe y de su ignorancia. Desde ántes del 89 estaba Francia madura para la transicion: Turgot tuvo la gloria de obligarla á hacer la primera travesía.

Si la concurrencia no hubiese sido uno de los principios de la economía social, un decreto del destino, una necesidad del alma humana, ¿por qué en vez de *abolir* los gremios y las veedurías no se habria pensado en *repararlo* todo? ¿Por qué en lugar de una revolucion no se habria hecho una simple reforma? ¿Por qué esta negacion, si una modificacion bastaba, tanto más cuando eso estaba dentro de las ideas conservadoras de que participaba la misma clase media? Explíquenme si pueden esa unanimidad de la nacion el comunismo y la democracia casi socialista, que acerca del principio de la concurrencia representan sin pensarlo el sistema del justo medio, la idea anti-revolucionaria.

Añádase á esto que los sucesos vinieron á confirmar la teoría. A partir del ministerio de Turgot, empezó á notarse en toda la nacion un aumento de actividad y de bienestar considerable. Así la prueba pareció tan decisiva, que obtuvo el asentimiento de todas las Asambleas: la libertad de la industria y del comercio figura en nuestras constituciones al nivel de la libertad política. A esa libertad, por fin, debe Francia desde hace sesenta años los progresos de su riqueza.

Despues de este hecho capital, que prueba de una manera tan victoriosa la necesidad de la concurrencia, permítaseme que cite otros tres ó cuatro, que aunque ménos generales, pondrán más de relieve la influencia del principio que defiendo.

¿Por qué está tan prodigiosamente atrasada entre nosotros la agricultura? ¿De qué procede que en tan gran número de localidades reinen aún la rutina y la barbarie sobre el más importante ramo del trabajo nacional? Entre las numerosas causas que podria citar, veo en primer término la falta de concurrencia. Los labradores se arrancan unos á otros los pedazos de terreno; pero se hacen la concurrencia sólo en el estudio del notario, no en los campos. Y si se les habla de emulacion, de bien público, ¡qué estupefactos no se quedan! Métase el rey en sus negocios, dicen (para ellos, el rey es sinónimo del Estado, del bien público, de la sociedad), y nosotros arreglaremos los nuestros. Esta es su filosofía y su patriotismo. ¡Ah! ¡si el rey pudiese suscitarles concurrentes!... Desgraciadamente es imposible. Al paso que en la industria nace la concurrencia de la libertad y la propiedad, en la agricultura la libertad y la propiedad son un obstáculo para la concurrencia. Retribuido el labrador, no segun su trabajo y su inteligencia, sino segun la calidad de la tierra y el favor de Dios, no piensa al dedicarse al cultivo sino en pagar los ménos salarios y hacer los ménos anticipos que pueda. Seguro de vender siempre sus productos, busca más la manera de reducir sus gastos que la de mejorar la tierra y la calidad de sus frutos. Siembra, y hace lo demás la Providencia. La única especie de concurrencia que conoce la clase agrícola, es la de los arrendamientos; y no es posible negar que en Francia, en Beocia, por ejemplo, no haya dado beneficiosos resultados. Mas como el principio de esta concurrencia es, por decirlo así, de segunda mano, y no emana directamente de la libertad y la propiedad de los cultivadores, desaparece con la causa que le produce, de tal manera, que para ocasionar la decadencia de la industria agrícola en muchas localida-

des ó á lo ménos para detener sus progresos, bastaria quizá convertir los colonos en propietarios.

Otro ramo del trabajo colectivo que en estos últimos años ha dado lugar á vivos debates, es el que concierne á las obras públicas... «Para dirigir la construccion de una carretera, dice muy bien el señor Dunoyer, valdria quizá más echar mano de un peon de albañil ó de un postillon, que de un ingeniero acabadito de salir de la Escuela de caminos.» No hay nadie que no haya tenido ocasion de apreciar la exactitud de estas palabras.

En uno de nuestros más hermosos rios, célebre por la importancia de su navegacion, habia que construir un puente. Advirtieron los ribereños desde que se comenzaron los trabajos, que los arcos iban á ser demasiado bajos para que pudiesen pasar por ellos los buques durante las avenidas, y se lo hicieron observar al ingeniero encargado de construirlos. *Los puentes*, contestó éste con soberbia dignidad, *se hacen para los que pasan por encima, y no para los que pasan por debajo.* Esto ha pasado ya en el país á ser un proverbio. Mas como es imposible que la tontería lleve razon hasta el fin, el gobierno ha sentido la necesidad de retocar la obra de su ingeniero, y á la hora en que escribo se están realzando los arcos del puente. Si los negociantes interesados en el paso de la via navegable hubiesen estado encargados de la construccion á su costa y riesgo, ¿se cree que habria habido necesidad de retocar el puente? Podria escribirse un libro con las grandes cosas del mismo género hechas por los sabios ingenieros de caminos que acaban de salir de la escuela: como son inamovibles, no se hallan estimulados por la concurrencia.

Citan como prueba de la capacidad industrial del Estado, y por consiguiente de la posibilidad de abolir en todo la concurrencia, la administracion de

IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29





